CARAS Y CARETAS



Alvear.—Este disco me fastidia. Hágalo cambiar.



MESTIZA, por V. Irolli. — El eximio artista italiano ha trasladado a su notable obra de arte toda la gama de los exuberantes colores contenidos en su rica paleta. La lámina que regalamos mide 60 x 42 centímetros. Este cuadro no se vende a ningún precio; se reserva para los fieles consumidores del Jabón de Sales Naturales de "La TOJA".

UN AROMA DISCRETO

como el que distingue al

JABÓN DE SALES NATURALES DE LA TOJA

anuncia una persona delicada, mientras que los fuertes perfumes no señalan sino la vulgaridad de quien los emplea.

Estamos Regalando Cuadros Artísticos.

Deseamos demostrar a los consumidores del Jabón de Sales Naturales de "LA TOJA" nuestro agradecimiento por el formidable apoyo que viene prestando a tan genuino producto.

Aun cuando ello represente un esfuerzo, no superado por nadie, que sepamos, enviaremos, como regalo, el cuadro reproducido aquí, a toda persona que nos remita tres etiquetas del Jabón de "LA TOJA" — para acreditar su calidad de consumidor — acompañadas de 30 centavos en estampillas de correo, para gastos de embalaje y franqueo por certificado. El envío del cuadro será hecho siempre por correo. No atenderemos personalmente el canje.

El cuadro mide 60 por 42 centímetros, con artístico "passe-partout". No lleva ninguna leyenda de propaganda. Puede ir directamente de nuestra casa a la sala más distinguida.

Lo remitiremos el mismo día en que se nos pida.

POLLEDO Y CÍA.

BMÉ. MITRE, 1352 BUENOS AIRES

EL CABELLO DE LAS SEÑORAS queda absolutamente afinado y vaporoso con el Jabón de Sales de "LA TOJA", y el lavado de cabeza convertido en una operación fácil y agradable.

LOS CONTAGIOS por contactos con personas enfermas se evitan con un buen lavado con Jabón de Sales de "LA TOJA". Se salvan, así, los riesgos en hoteles, trenes, vapores, etc. Llévelo en sus viajes.

NO HAY OTRO TAN BARATO como el Jabón de Sales de "LA TOJA", y ello es debido a la potencia financiera de sus fabricantes que, en la enorme venta, llevan su utilidad. En otras manos costaría tres veces más.



PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

CAPITULO I

LUNA DE MIEL Y UN CADAVER A LA ORILLA

Reverly besó a su esposa otra vez. Los tiernos y húmedos ojos de ella despedían un brillo singular de felicidad. Ambos eran gentiles y dichosos. El amor no les parecía una cosa solemne y mojigata; al contrario, disfrutaban de su mutuo cariño con alborozo de buen gusto, con libertad de personas educadas y de fina sensibilidad, rientes como la juventud que representaban.

Los labios de la mujer entreabriéronse en una deliciosa sonrisa después de saborear el dulce contacto de los de su marido.

— Vas a perder el tren — le amenazó mimosa.

— Los trenes fueron construídos para las personas, no las personas para los trenes — contestó el hombre.

— Un concepto original — bromeó la amada. — Pero el tren siguiente tarda dos horas en salir y ello retardaría tu regreso de Nueva York.

— Eso es cierto; tu lógica me ha convencido; te doy la razón, querida mía. Me voy. Corro. Vuelo.

Pero sus palabras se contradijeron con sus movimientos. De nuevo la abrazó. Un observador perspicaz hubiera acaso advertido en su aspecto cierta reserva inconsciente, como de persona que, sin saberlo, piensa en algo que no es del caso.

Las mejillas de ella se colorearon ligeramente y sus labios iniciaron ese temblorcillo nervioso que nace de algún pensamiento y precede a alguna frase importante.

— Bent; tú nunca me has preguntado acerca de aquella contestación que te di en el club.

— Jamás tuve tal curiosidad.

— Lo sé, pero yo debo explicarte. Padre...

Reverly hizo un gesto de impaciencia.

— Ruth; perderé el tren.

— Pero tienes derecho a saber — insistió ella. — Nosotros debemos atenernos a nuestros recíprocos derechos. Tú me pediste en matrimonio y yo te contesté que no aceptaba, y desde entonces no has intentado preguntarme el porqué de mi negativa... después de la muerte de Jim, se entiende.

El hombre, con otro gesto, dió a conocer que no le agradaba el asunto.

— Naturalmente. Yo sabía que ningún caballero deja su fortuna a una joven sin que intervenga en ello el amor. Esto se comprendía desde luego. También comprendí la razón por la cual no podías aceptarme como esposo aquella noche en el club, porque acababas de aceptar la proposición de Jim, según supe después.

— Justamente media hora antes de que tú me hablaras — aclaró ella. — Padre...

— Escúchame Ruth — le interrumpió él: — Yo creo que te vengo adorando desde siempre, toda mi vida, así lo siento y lo he sentido. Nuestras familias mantenían una estrecha y antigua amistad. Conozco a tu padre desde hace treinta años o cerca, así es que tú no necesitas decirme por qué él se apresuraba a que te casaras con Jim.

Sonrió la mujer tiernamente y las lágrimas asomaron a sus ojos.

— ¡Pobre papá! Pero no vayas a pensar que se me impuso con tiranía. Simplemente me dijo que sus negocios se hallaban harto comprometidos y que Jim le había prestado, en diversas ocasiones, sumas importantes. Lo demás lo dejaba a mi discreción. Yo quizá no debí ser tan consecuente; mi debilidad me hizo apurarme para ayudarlo en sus dificultades.

Reverly habló con marcada impaciencia, un tanto irritado.

— Mira, Ruth: tu padre hallábase comprometido. Armstrong fué grande y generoso con él. Muy bien. Tú me querías ya, pero yo, con mi carácter reservado, ni una palabra de amor te dije hasta aquella noche. Te lo digo con brutalidad a fin de que no nos ocupemos más del asunto. Luego un simpático caballero, amigo y protector de tu padre, llega y te pide en matrimonio y tú aceptas. Minutos después se me ocurre a mí, por fin, hacerte la misma proposición y tú me das una negativa. Aquella misma noche el pobre Jim muere en un fatal accidente. Pasa un año y yo por segunda vez te declaro mis intenciones y tú me contestas entonces con el ansiado «sí». Y ahora, transcurridos dos meses de casados, sientes recelos retrospectivos por no haberme explicado antes todas las circunstancias aquéllas... Mi querida Ruth: aunque te hubieras comprometido cien veces, por una o por otra razón, no me hubiera importado. No recuerdo haber hecho más seria confesión en toda mi existencia.

Nuevamente la besó.

— Eres una ingenua — continuó diciendo, ahora con tono de buen humor. — ¡Si yo te contara, ya que tú, en cierto modo, me obligas, las atenciones

que recibí en mi último viaje a Europa, por parte de una dama cuyo padre ocupa un trono!...

— ¡Ah! Tú quieres burlarte de mí — sonrió ella.

— Si hubieras oído las cosas que la princesa me decía...

— ¡Presuntuoso!

— ¿Quién no lo es teniendo una mujercita como tú? Bueno: ahora adiós.

Y Reverly, no sin otro cariñoso y estrecho apretón, se dirigió hacia la puerta.

Asomóse la mujer a la ventana para verle partir; le observó hasta el momento en que penetraba en el interior del automóvil y con la mano extendida fuera de la ventanilla le indicaba al chófer la dirección, perdiéndose luego a la vuelta de la calle.

Considerábalo ella como un hombre que ponía en todas sus acciones un no sé qué impresionante y nervioso. Indudables eran sus actividades, su viril carácter, que manifestaba aun en los detalles más insignificantes; y si para cualquier superficial observador resultaba siempre una persona nerviosa, para su mujer era un atractivo conquistador de afectos femeninos. Lo amaba intensamente.

Retiróse de su observatorio al mismo tiempo que pensaba: «Probablemente existen millares de recién casadas cuyos pensamientos son tan tontos como los míos ahora, de ocho a diez de la mañana, cuando nuestros maridos se ausentan del hogar.

Pocos minutos después oía el ruido del tren que partía para la gran urbe, llevándose a su adorado.

Consultó su reloj de pulsera, una preciosa joya salpicada de brillantes. Las diez y cuarto. Poco antes de las dos su marido se apearía en la estación de Pennsylvania. Deseó con toda el alma que no llegara tarde a las entrevistas que lo habían sacado de su hogar de Beaulieu, y que lograra arreglar satisfactoriamente todos sus negocios para que pudiera estar de regreso a las seis de la tarde.

De pronto se dirigió apresurada, con aires de mujer de su casa, al saloncillo en el que actuaba de ama, entendiéndose con todas las cosas afectas al servicio. La lavandera no se portaba bien, poniendo ciertos pretextos; el chófer andaba en líos con el jardinero, a quien no le devolvía ciertos útiles... Puso en orden y en paz estos y otros detalles domésticos y cerca de las doce se metió en su *budoir*. Había de asistir al almuerzo del club y luego jugar su partida de «bridge», y antes que todo esto escribir algunas cartas. A su marido le gustaba vivir socialmente y eran frecuentes las reuniones en la casa, de lo que ella mostrábase ligeramente celosa.

Tomó la pluma y se dispuso a trazar los primeros renglones cuando, al contemplar por la ventana el luminoso día — mediaba mayo — sintió ganas de adelantar su salida para disfrutar del benigno ambiente de la calle.

Sus pensamientos revoloteaban alrededor de Reverly. Desde hacía trece años, cuando solamente contaba trece de edad, venía adorándole. El le llevaba ocho años y, sin embargo, por su animoso espíritu, hallábase en la primera juventud. Luego recordó los malos negocios de su padre, un caballero, sí, pero un extravagante y mal administrador, de un carácter irascible, que perdiera, en tontas especulaciones, dos fortunas heredadas y que, para salvar la tercera, hubo de aceptar la generosidad de Jim Armstrong. Fué entonces cuando el viejo le dijo que su protector la amaba. Joven e ingenua, queriendo condescender con su progenitor, consintió mecánicamente en el enlace propuesto.

La promesa fué hecha en el club aquella noche de baile; y cuando Jim Armstrong, a quien le pareció demasiado fresco el aire, salió del salón para dirigirse a la casa de ella y traerle un abrigo, Ruth Balfour se alegró de su ausencia, durante la cual fué cuando Reverly se acercó a ella y le hizo proposiciones matrimoniales, recibiendo una negativa. ¿Por qué no se lo habría propuesto media hora antes?

Transcurrieron dos horas y Armstrong no regresaba. La señora Overholt, su vecina, la acompañó hasta la puerta. Ya en su casa, se enteró por la servidumbre que Jim, en efecto, había pedido un abrigo para ella, que se lo entregaron y que regresara hacia el club, situado en la cima verdosa de la loma. El resto era horroroso. Después de una noche entera de indagaciones por todas partes, un grupo de veraneantes, al siguiente día, descubrieron el cuerpo de Jim al pie de un risco, a milla y media de distancia del club. Por qué tomó el muerto tal dirección y cómo cayó desde lo alto del peñasco, resultaron dos puntos que nadie se explicaba. Por otra parte, toda suposición acerca de un suicidio era ridícula en extremo, al recordar su temperamento optimista, su fortuna y su próximo enlace. Por estas circunstancias a ninguno se le ocurrió mencionar siquiera tal posibilidad.

En el borde de aquel risco ocurría que, muchas veces, sentábanse, para disfrutar de la soledad y de la vista del Atlántico, algunas parejas enamoradas, sobre todo a las primeras horas de la noche, cuando la luna poetizaba el paraje. Ahora bien; la piedra más elevada del risco ya no estaba, habiendo sido precipitada al abismo, siendo de suponer que, al sentarse sobre ella Jim, una mala postura, un movimiento violento y en falso, fuera la causa de su mortal caída. Esta teoría resultó indiscutible, pero no tanto para Ruth, que se preguntaba el *porqué* y el *cómo*. El que pudiera esclarecer estos dos puntos podría leer en el libro del Destino.

Muy poco después recibía una carta de un abogado en la que se le participaba ser heredera única de la considerable fortuna de su prometido. No dejó de extrañarla, conmoviéndola un poco, el detalle de que el testamento lo otorgara a su favor dos años hacía, lo que demostraba que el amor del muerto no naciera a últimas fechas.

Al rememorar aquellos sucesos, sus ojos se nublaron por las lágrimas, agradecida al hombre que tan delicada, tan discreta y tan generosamente la quisiera.

Sus pensamientos volvieron a la actualidad, a su conversación matinal con Bent, al que, no sin experimentar alguna vacilación, confesara su compromiso con Jim. No era nada vergonzoso, pero habíale mortificado guardar tal secreto.

Sumida en estas femeninas reflexiones y gozando interiormente de su felicidad, se levantó del asiento: alzó sus brazos con amplio ademán, como si pretendiera abrazar al universo, haciéndolo copartícipe de su dicha, y exclamó con apasionado acento:

— ¡Soy dichosísima!

En este preciso instante, Agnes, la criada, dió dos golpecitos a la puerta. Era una muchachota fresca, chata y rubicunda, acaso un poco rústica. Apareció con un gesto no muy plácido, como disgustada del recado.

— Un caballero desea verla a usted, señora — anunció.

Por unos momentos, Ruth contempló a su mucama sin comprender, mirándola vagamente. En seguida, reponiéndose ante los ojos curiosos de la sirvienta, inquirió.

— ¿Quién es?

— No sé; no ha querido dar su nombre.

— ¿Un gentleman?

— Bueno; no parece un agente comercial ni tampoco un vendedor callejero. Al menos, no le he visto muestras. Parece de buenas maneras, viste correctamente y sus uñas brillan limpias.

Rióse Ruth, cortando con un ademán una descripción más detallada.

— Dígale que espere. Voy a cambiarme en seguida de ropa.

Al cabo de veinte minutos, ya arreglada para salir, entraba en la sala de recibir dirigiéndose a un caballero y rogándole le disculpara la tardanza.

El visitante, sonriendo con amabilidad, contestó que no tenía prisa.

— Mi nombre es Lacy, señora Raverly — dijo.

Ruth le examinó con curiosidad. Había que concederle la razón a la mucama: el hombre no era ni un agente comercial ni un baratillero de los que infectan las ciudades, importunando en todos los hogares; era un personaje más bien pequeño, de mediana edad y escasos cabellos, con unos ojos azules que relucían tras de los gruesos cristales de los lentes, de figura no muy robusta y de suaves modales. Pálido y de aspecto débil, parecía que se hallaba convaleciente de alguna enfermedad.

— ¿Quiere usted tener la bondad de sentarse? — le suplicó ella.

— Gracias, con todo gusto.

Se sentó, con meticuloso cuidado, en el borde de una silla, colocando sus manos bien cuidadas sobre sus rodillas.

A Ruth le dió la impresión de un cernícalo suspendido de una rama y pronto a remontar al vuelo a la primera alarma... una persona de sensibilidad casi enfermiza, incapaz de la menor ofensa.

Lo miró con cortesía, aguardando una explicación que justificara la visita. Sin embargo, el visitante no se apresuraba. Sacó un pañuelo del bolsillo del saco y lo paseó nerviosamente por sus labios, dándose ligeros toquecitos. Luego, con sumo cuidado, se despojó de los lentes y limpió los cristales. Ruth se dió cuenta de que sus ojos eran más oscuros de lo que supusiera al principio, y que aparecían tiernos y cansados. Nuevamente se lo figuró como a un pajarraco nervioso.

CAPITULO II

UN PERSONAJE EXTRAÑO QUE OFRECE DIEZ MIL DOLARES POR UNA CARTA

— Muy caluroso el día — dijo al fin. — Hermoso lugar este pueblo. Yo he visitado más de medio mundo, señora Reverly, y creo que New England es la más deliciosa comarca de todas.

— A nosotros también nos gusta mucho — asintió ella, deseando animarle a que se explicara.

Siempre he tenido la intención de adquirir una villita como ésta, pues envidio a la gente que puede vivir fuera del estrépito de la ciudad y disfrutar de la estación veraniega cerca de una bonita playa. Yo pienso que bañarse en el mar resulta más placentero que otra cosa. Por supuesto, hay mucha gente que disfruta nadando y no por el ejercicio que ello supone. Habría que decir algo acerca de tal creencia y yo tengo mi punto de vista. ¿Qué opina usted, señora Reverly?

Sus ojos, que habíanse paseado en redondo por la habitación, detuviéronse unos momentos para fijarse en el rostro de Ruth, la cual tuvo la sensación de una mirada en extremo blanda y también de que el desconocido intentaba ocultar con la charla la nerviosidad que le atormentaba. Hallábase cohibido, incómodo, atacado de una inquietud visible. Durante unos segundos concibió la poco agradable idea de hallarse ante un demente que, intentando distraerla para sorprenderla, aguardaba la oportunidad para saltar sobre ella. Pero un nuevo y rápido examen la hizo rectificar. No; de seguro se trataba de una persona que tenía algo, para él, importante que proponer y que no acertaba con las palabras decisivas y convenientes.



...una mala postura, un movimiento violento y en falso, fueron la causa aparente de su mortal caída al precipicio.

— ¿Quiere usted tener la bondad de explicarme el objeto de su visita, Mr. Lacy?

Otra vez las manos pálidas y pulcras del aludido posáronse blandamente sobre sus rodillas. Temblaban. No obstante, su voz adquirió una entonación firme.

— ¡Oh, sí, señora Reverly! Usted me dispensará. Cuando frecuento lugares agradables, me vuelvo distraído. Comprendo que la estoy reteniendo demasiado. Mejor será que vuelva esta tarde — terminó diciendo al darse cuenta de que su interlocutora llevaba el sombrero puesto.

Ruth le miró con creciente asombro.

— Yo creo que sería preferible me dijera ahora, de una vez, qué desea — le dijo con notoria frialdad.

— Es que... son varios asuntos los que quisiera ventilar con usted, señora Reverly.

— Hable — sonó seca la voz de la dama.

— Acerca de Jim Armstrong — puntualizó.

Su mirada enfocó recta y serena el rostro de la dama y ésta comprendió, al sentirla, que, a pesar de sus nerviosismos, el personaje que tenía enfrente desplazaba una poderosa voluntad, pretendiendo leerle sus pensamientos.

— Continúe.

Hallábase ella un tanto desconcertada ante la variedad de aspectos que iba registrando en el visitante y de nuevo la asaltó el temor de encararse con un insano u otro sujeto peligroso.

Esperó unos momentos antes de obtener contestación, lo que acabó por alarmarla. El hombre, haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza, como si hablara de conformidad consigo mismo, no tenía prisa alguna.

— Realmente, Mr. Lacy, deseo saber qué quiere. Tengo una cita y...

— Volveré otra vez — interrumpió el visitante levantándose.

Ella sintióse invadida por la cólera y por la impaciencia.

— Si ahora no me dice lo que desea...

Alzó él una de sus manos como implorando tolerancia.

— Perdóneme. Comprenda usted; yo pensé que se acordaría de mi nombre.

— No — replicó Ruth con acento cortante.

La cabeza del extraño personaje penduleó con movimiento de sorpresa.

— Es singular. Yo tenía entendido que Jim me habría nombrado docenas de veces delante de usted. En fin; ojos que no ven, corazón que no siente. Cuando un hombre vive a diez mil millas de distancia, hasta sus más íntimos amigos le olvidan. Sin embargo, nos hemos carteado regularmente.

— Le recuerdo que tengo prisa, Mr. Lacy — interrumpióle ella con tono apremiante.

— Perfectamente. Todo lo que yo quiero es una carta que yo escribí a Mr. Armstrong hace poco más de un año.

— ¿Una carta que le ha escrito usted? — exclamó Ruth de sorpresa en sorpresa.

Sonrió con desmayo el hombre, limpiándose los labios con el pañuelo.

— Sí, señora Reverly. Una carta escrita desde Africa del Sur y firmada con mi nombre, Frank Lacy. Usted, siendo la única heredera de Mr. Armstrong, probablemente recordará ahora mi nombre — explicó casi patéticamente.

Varias semanas se ocupara Ruth de los negocios del difunto testador, poniendo en orden sus documentos, de todos los cuales se incautara, y aunque estaba segura de haberlos examinado todos, también lo estaba de que no aparecía tal carta ni tal nombre entre los papeles, y su memoria era buena.

— No recuerdo tal carta, no existe tal carta en mi poder — remarcó ella con ganas evidentes de despacharlo.

— Acaso no la recuerde usted de momento, pero si hace memoria confío mucho en que recordará. Hágame el favor, yo no tengo prisa.

Y otra vez se sentó al borde de la silla.

La dama lo miró con irritante e incrédula mirada.

— Ya le advertí que tenía una cita a la que ya llego tarde y le repito que no poseo carta alguna firmada con su nombre.

No pareció inmutarse Mr. Lacy, inconmovible ante la mal contenida rabia de la dama. Una paciente resignación desprendíase de su actitud. Desde su asiento dijo:

— Puede ser que la carta se haya extraviado en apariencia o que alguien la haya tomado.

— Yo sola he sido la ejecutora testamentaria de Mr. Armstrong y la que revisó todos sus documentos. No hay tal carta, y, en todo caso — agregó con sorda irritación: — si usted escribió una carta a Mr. Armstrong, usted sabrá porqué y para qué. ¿A qué viene ahora refrescar su memoria?

— Yo no lo hice por eso — deploró él: — yo quiero la carta.

Vaciló antes de decir a pequeños tirones de su voluntad:

— Yo he olvidado algo que consta en la carta.

Una pequeña pausa en que parecía reconocer lo inocente de su explicación y lo original de su ruego.

— Bueno; no tiene importancia ni viene al caso el porqué deseo esa mi carta, señora Reverly. Estoy dispuesto a pagar por ella...

— ¿Pagar qué? — interrumpió ceñuda ella.

— Diez mil dólares — respondió el hombre. — Aquí los traigo en mi cartera. Mano a mano se los entrego contra la carta.

— Yo creo que está usted loco — dijo ella.

— Bueno; he aquí una oportunidad para que se gane usted diez mil dólares a costa de mi locura; — replicó el visitante con el aspecto más cuerdo del mundo.

— Pero ya me canso de decirle que no tengo su carta — otra vez protestó la dama.

— Seguramente; ya lo he oído; — fué la réplica, no exenta de cierto tinte irónico, del hombre; — pero diez mil dólares, señora Reverly, aguzarán su memoria. Usted no se figura lo que me interesa recobrarla. ¿Por qué no devolvérmela entonces?

— Si usted no está loco, al menos es en extremo impertinente — gritóle ella.

— Palos y piedras podrán romperme los huesos — dijo imperturbable el reclamante; — pero las palabras no me hieren.

De nuevo a Ruth se le antojó un pajarraco próximo a elevarse. Dirigiéndose al botón del timbre, iba ella a oprimirlo cuando Lacy le gritó avanzando unos pasos:

— Un momento, señora Reverly; deténgase. No hay necesidad de encolerizarse. Puede ser que yo esté equivocado.

— Estoy segura de ello — habló ella con tono rajante.

El la miró con astuta fijeza. Todos sus sordos nerviosismos habíanse desvanecido para ser reemplazados por un sensible azoramiento.

— Si usted no procede un poco diferente, yo pensaré que acaso usted haya pensado... bueno; no importa esto. Usted me asegura que la carta no se hallaba entre los efectos de Mr. Armstrong. Muy bien; pero, entonces, ¿dónde está?

— Le repito que no lo sé.

— Pero la carta «estaba en él» la noche que murió — soltó Lacy sin titubeos.

Por unos momentos, ante tamaña afirmación, Ruth se quedó suspensa. Luego su faz tornóse blanca.

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó roncamente.

El personaje la miró en silencio.

— ¿Qué «puedo» dar a entender? — preguntó a su vez con ligero retintín.

— ¿Cómo sabe usted que la carta?...

— Usted puede apostar hasta su último centavo que si la carta no estaba en su caja ni entre sus documentos, estaba en alguno de sus bolsillos.

— ¿Qué carta era esa? Insisto que se explique con absoluta claridad — ordenó la mujer en el colmo de la perplejidad y de la exasperación.

Mr. Lacy la contempló con cierto particular despliegue de sus labios.

— Siento mucho no complacer a una dama, pero, tan lejos como yo puedo ver su ignorancia en el asunto, no pienso que sea necesario explicarlo. Después de todo, se trata de un asunto privado con Mr. Armstrong, y no hay razón alguna para que yo cuente mis cosas a nadie. Usted no tiene la carta. Ya estoy convencido de ello.

— Y yo estoy convencida de que tengo derecho a conocer lo que quieren decir sus insinuaciones.

— No estoy yo seguro tampoco de lo que ellas significan — replicó Lacy. — Solamente le digo que si tal carta vale para mí diez mil dólares, valdrá lo menos tanto para otras personas.

Un repentino pensamiento pareció detener sus palabras.

— ¿Armstrong no guardaba, como de costumbre, una regular suma sobre sí cuando fué encontrado su cadáver? Pero seguramente no. El nunca vendía... Bueno, excúseme por haberla retrasado, señora Reverly.

— Pero yo insisto en que usted se explique.

— Me perdona otra vez, pero yo creo que ya no queda nada que hablar entre ambos... excepto — y sus ojos fulguraron tras los lentes — si usted puede hacer algo, pensando cómo la carta no ha sido encontrada. Me hace figurar algunas opiniones, porque si un hombre posee una fortuna y muere accidentalmente y esa fortuna desaparece...

Ruth se le encaró con brusquedad:

— ¿Qué está usted diciendo? — gritó.

— Que el accidente de Armstrong fué demasiada coincidencia — dijo.

— ¿Insinúa usted que no fué «precisamente» una desgracia?

— Bueno. Suponga que lo supongo. ¿Qué?

— ¿Cómo qué? Si usted tiene alguna razón para creer que Jim fué...

Calló ante la palabra que le venía a los labios.

— ¿Asesinado? — completó él. — Es llegar a una fuerte conclusión con ligeros detalles. Sin embargo, ¡ocurren tantas cosas extraordinarias! El asesinato viene cultivándose desde que el mundo es mundo y los asesinos no llevan trazas de acabarse. ¿Qué va usted a hacer?

Ruth detúvose en el centro del salón y lo miró por encima del hombro.

— Voy a telefonear al departamento de policía para que venga un detective.

Mr. Lacy meneó la cabeza contrariado.

— Hará usted una tontería—opúsose implorante.

— ¿Por qué?

— Bueno; supóngase que Armstrong no ha sido muerto en un accidente casual, sino que fué asesinado. Su aviso a la policía acarrearía la excitación pública, y la resonancia del grito de alarma pondría en guardia a los presuntos asesinos, que ahora nada temen. ¿Por qué no me deja el asunto a mi cuidado?

— No haré tal cosa, llamaré a la policía y la informaré de cuanto usted me ha dicho.

— Yo sostendré que es mentira, y les contaré otra historia imposible de probar, y les haré creer que padece usted de un ataque de insolación a pesar de que estamos todavía en el mes de mayo.

— Entonces insisto en que me diga el contenido de la carta — gritó ella.

El personaje le enseñó los dientes en una compleja sonrisa.

— ¿Iba yo a ofrecerle a usted diez mil dólares por la carta si yo conociera su contenido?

— Entonces usted me ha mentido.

— Yo le traje un fácil y redondo negocio — contestó.

— Yo no sé lo que hacer — murmuró Ruth desconcertada.

— En la duda, abstente—le aconsejó el personaje.



— ¡Debería tirarte por la ventana, animal! — gritó Dick.

CAPITULO III

VACILACIONES
LA ALEGRIA JUVENIL DEL PRIMO DICK

Era el primer lunch de la temporada con que se inauguraban las reuniones. Las señoras del Beaulieu Club comenzaban a celebrar entretenidas veladas a las que asistía la señora de Reverly como persona importante de la vecindad.

Ruth jugó al «bridge» distraída, equivocándose con tanta frecuencia, que sus compañeras de partida se burlaban de ella.

— ¡Ah! — le dijo humorísticamente una amiga:— espere usted a que transcurran dos años de matrimonio, y entonces su imaginación volará, no como una golondrina, sino como ave de corral.

Ella sonreía al escuchar esas y otras inocentes bromas.

Terminado el lunch y la partida de aquel medio día, Ruth se dirigió a su «cottage». Un poco vacilante, iba pensando, con cierta impresión de miedo,

en que acaso le aguardaría una funesta sorpresa al penetrar en sus habitaciones. Se repuso. No, no quería dejarse invadir por un ataque de histerismo, y se burló de sus absurdas aprensiones. Sin embargo, al sentarse a su escritorio, todavía la importunaban desagradables presentimientos. Intentó continuar la carta que comenzara en la mañana, pero sus pensamientos no le obedecían, yéndose en dirección al visitante de pocas horas antes.

¿Qué quería decir Lacy? Era un embustero, eso resultaba evidente. Deducíase, por sus nebulosas explicaciones, que la famosa carta no había sido escrita por él aunque «valía» para él diez mil dólares. Una persona que desea obtener una carta no escrita por él ni para él debe traerse alguna intrincada y turbia combinación. No es que ella asegurara que todo embustero es necesariamente un ladrón, pero hay muchas probabilidades. Y el míster Lacy había mentido atrozmente, injuriosamente. Llegaba a la conclusión de que el extraño personaje fuera amigo de Armstrong, al que era presumible que le escribiera con frecuencia. Y, sin embargo, abrigaba la seguridad de que la carta que pretendiera comprar no era suya. ¿Y cuál era la oculta y tremenda significación de que Jim no había muerto a consecuencia de un fortuito accidente? Durante su estancia en el club y ahora en su recámara estuvo dándole vueltas a la original entrevista.

Se puso a analizar la conducta de Lacy, concentrándose con fuerte voluntad. ¿Por qué un hombre la visitaba temeroso? Probablemente bajo la sugestión de que posteriores circunstancias le resultaran peligrosas, lo que se advertía en sus reticencias. Esto era una lógica respuesta. Otro punto obscuro: el hombre era presa de gran nerviosidad, como si temiera que su entrevista terminara en fracaso, y cuando vió sus intenciones malogradas, acabaron sus nerviosismos para ser reemplazados por una burlona insolencia. Esta cuestión aparecía nebulosa, mientras que la primera era natural en apariencia. Lacy, sin duda alguna, habíase mostrado miedoso al principio... miedoso de que ella conociese el contenido de la carta, idea que a Ruth le hizo fruncir el ceño.

Por algún tiempo siguió planteándose el problema desde todos los ángulos... El visitante aseguraba que la carta fuera recibida por Armstrong; que estaba en su posesión, entre los efectos o las ropas del muerto; Ruth hallábase segura de que el discutido documento no obraba en su poder. Luego, aunque no lo creía, estremecíase ante la idea sugerida por Lacy, de que Jim muriera asesinado.

Grandes eran sus deseos de que Bent estuviera en casa.

La habitación iba cubriéndose de la obscuridad de la noche. Con gesto nervioso dió la llave a la luz eléctrica, pero ciertas sombras no querían disiparse de su vista. Una vez y otra vez sintió el impulso de telefonear al departamento de policía de la cercana villa y relatar su entrevista con Lacy, pero ya aquella mañana se detuviera ante la amenaza del hombre, que consideraba ridícula tal llamada. Molesta y perpleja, Ruth hubiera querido con toda el alma consultar el caso con su marido antes de proceder en cualquier forma.

Agnes, anunciándole que la cena estaba servida, la sacó de sus angustias momentáneamente.

Iba ya a tomar su sopa después de la ensalada de frutas, cuando la puerta de enfrente se abrió con violencia, y antes de que la criada se diera cuenta, un muchachón penetró en el comedor. Vestía calzones cortos, saco holgado y sombrero flexible.

Sonrióle Ruth como si no se hallara entristecida por sus agudas preocupaciones.

— Llegas a tiempo — díjole. — Es decir, si todavía no has cenado.

— ¡Admirable «girl»! — contestóle: — adivinaste en la primera parte. ¿Por qué me preguntas cosas inútiles? Comeré cuanto quieras, aunque supongo que preferirías tener a tu lado al «vinagrete» de tu esposo. ¡Ah! Compadezco a los recién casados.

— Dick, tus modales y tus frases son más atroces cada día.

— Gracias a los cielos mi apetito también crece todos los días — replicó el joven con risueño desenfado.

Y acercándose a ella le estampó un ruidoso beso cerca de la boca.

— Aprende a recibir ósculos de hombre, no como los...

— Hueles que apestas a tabaco de pipa — interrumpióle ella con un mohín expresivo. — Yo sí que compadezco a tu futura.

— Di que estás celosa de ella. Sabes perfectamente que, porque soy tu primo hermano, me he podido salvar de tus ardides. A propósito: ¿qué estás comiendo?

— Deberías haberte peinado antes de venir a verme.

— Escúchame y no te pongas moños. Hace cinco minutos que mi madre, echándome una fría mirada, me dijo lo mismo. ¿Y sabes lo que le contesté? Pues la tomé en los brazos, la alcé como una pluma y la coloqué sobre el armario y no la bajé mientras no me dijo siete veces: «¡Anda, lindo, por favor!» ¿Comprendes? Ten cuidado que no haga contigo igual. Bueno; dile a la sirvienta que me traiga aprisa la comida.

Agnes, que lo contemplaba con franca admiración, desapareció para servirle nuevos platos.

— Cada día te vuelves más áspero, Dick — le reconvino cordialmente su prima.

— ¡Qué poco agradecida eres! Por que tenía hambre y además por que mamá me dijo que te hiciera compañía, pues supo que Bent se había ido a Nueva York. ¡Y todavía me regañas!

Ruth lo miró fraternalmente.

— Sí, sí; eres un buen muchacho; pero es el deber de toda señora aconsejar a los solteros para que hagan buenos maridos. Estoy cumpliendo con mi deber.

— Y el deber de todo soltero es distraer a las esposas cuyos maridos se hallan ausentes. Gracias por la cena, primita.

Aún afligida por sus pensamientos, Ruth alegrábase de que Dick hubiera llegado tan oportunamente. Mostrábase orgullosa de él, y Bent, su marido, profetizaba al alegre muchacho un brillante porvenir en su carrera de arquitecto, que, muy adelantado ya, estudiaba en la universidad, disfrutando ahora de vacaciones.

Es verdad que, por algunos minutos, consiguiera olvidar interiores congojas, pero de nuevo tornaron los sucesos del mediodía a martirizarla.

— Esta tarde he tenido una fuerte sacudida — confesóle el primo mientras tomaban los postres.

— ¿Qué te sucedió? — le preguntó Ruth con interés, recordando que también ella tenía que contar algo angustioso.

— ¿Tú conoces el punto denominado Dyce's Head? ¿Conoces el risco y el precipicio donde?...

Hizo una ligera pausa que ella cortó.

— ¿Donde se mató Jim? Por supuesto que sí — respondió sin titubear.

— He visto a un hombre trepar por allí, subiendo y bajando con tal riesgo, que verdaderamente daba horror presenciar su temeridad. Yo he andado a catorce mil pies de altura con unos compañeros alemanes, haciendo equilibrios por unos peñascos, pero aquéllo era nada comparado con la serenidad

de este hombre. No creo que haya nadie en Beaulieu que sea capaz de trepar como él. Un bárbaro, te digo.

Un escalofrío sacudió el corazón de Ruth. No necesitaba preguntar quién era el audaz trepador. Algo, ella sabía qué, buscaba en el fondo del abismo.

— ¿Quién resultó ser? — preguntó, sin embargo.

— Que me manden ayunar si lo reconocí — aseguró su primo. Pequeño, pero de cuerpo robusto, con la cara más blanca que la leche. Yo me acerqué a la cima del peñón y le pregunté por qué diablos arriesgaba la pelleja, y me contestó, torciendo la cabeza como si fuera un pajarraco, que para dar lugar a que algunos ociosos se metieran en lo que no les importaba. No puedo imaginarme quién sería.

Sonó el teléfono. Dick se apresuró a atender.

— Yo contestaré, no te molestes — dijo.

En seguida regresó de la próxima pieza.

CAPITULO IV

OTRA VEZ EL EXTRAÑO PERSONAJE SE TROPIEZA CON RUTH.

Dick se mesaba los cabellos con los dedos; sus ojos revelaban gran asombro.

— Me parece que no tengo nada de psíquico ni de psicólogo, querida. Yo sé que dos y dos son cuatro, pero lo que me has contado me desconcierta. Los enigmas están fuera de mi comprensión. Apenas puedo entender lo que me has dicho. Acaso se trate de un lunático, porque para arriesgarse por Dyce's Head, arriba y abajo, es necesario haber perdido la cabeza.

— ¿Lo crees así? — preguntó ella con acento de alivio.

El joven se encogió de hombros con ademán impaciente.

— Podemos cerciorarnos de ello en veinte minutos. Voy a comunicarme con el «sheriff». Si es un demente que se escapó del asilo, se telegrafiará inmediatamente al jefe de guardianes.

Se levantó apresuradamente para ir al teléfono, pero Ruth le detuvo. Absurdos y sin fundamento resultaban sus recelos, pero:

— No, no llames — exclamó.

— ¿Por qué?

— El hombre no me ha hecho ninguna injuria y, por otra parte, la publicidad de estos asuntos no es agradable.

— ¿Y es agradable acaso tener a un loco por vecino, que entra y sale en las casas ajenas? Si estuviera aquí Bent opinaría como yo.

— ¡Quién sabe! Es posible que también le repugnara que se llamase la atención pública.

El muchachón hizo un amplio movimiento con sus anchas espaldas.

— No quiero hacer nada que tú no quieras, pero pienso que es una tontería tuya. Ese hombre es un demente. ¿Cómo, si no lo fuera, se expondría a romperse todas las costillas y algo más?

Comprendía ella lo razonable del argumento, pero recordaba el gesto de desesperación de Lacy cuando ella intentara hablar por teléfono.

— Bueno, no quiero que se haga nada, Dick. Ese hombre no me ha hecho nada malo.

— Excepto dejarte medio muerta del susto — exclamó el joven. — Sin embargo, es asunto tuyo y no deseo contrariarte. En fin, me voy, que ya es tarde. Adiós, querida, y un millón de gracias por la cena.

En cuanto se fué, dando grandes zancadas, a

— Un telegrama para tí. El operador me lo ha leído antes de saber con quién hablaba, pero no te apures, que la cosa no tiene importancia... o acaso sí. Tu maridito que te avisa haber salido con urgencia para Wáshington y que no regresará hasta mañana. Toda una pequeña tragedia ¿no? — dijo burlándose.

De repente sintió ella la imperiosa necesidad de confiar a alguien sus ansiedades del día. Le resultaba imposible esperar a que Bent regresara.

— Oye: conozco a la persona que has visto trepar por el risco y puedo adivinar porqué arriesgaba su vida.

El joven Balfour detúvose extrañado ante ella. Vió su palidez y su conmoción, y la broma que, como siempre, le salía a flor de labios, expiró antes de externarse para preguntar con mucha seriedad:

— Cuéntame.



— ¿No sabe usted — exclamó Ruth — que yo soy la primera persona interesada en que el asesino sea capturado?

Ruth le pareció que tenía razón y hasta se avergonzó de sus angustias.

A la mañana siguiente la soledad volvió de nuevo a angustiarla. No tenía ganas de ir a jugar a los campos de golf y se alegró de que, cuando, casi mecánicamente y por no estar sola, se dirigió hacia allá, no hubiera apenas nadie de sus amistades. Desde aquel sitio se divisaba el mar y no lejos extendíase el paraje desde cuya cima peñascosa se precipitara el cuerpo de Armstrong. Desde el día de la tragedia no visitara aquel lugar, y sintió vehementes deseos de recorrerlo. Subióse al automóvil y lo hizo rodar, y pocos minutos después llegaba a corta distancia del precipicio. Arriba las rocas y abajo el pedregoso y cortante sitio donde se estrellara Jim. No sin nerviosa agitación, bajóse del asiento y se puso a caminar despacio y pensativa, contemplando lo abrupto del terreno y el oleaje del mar. Se figuró, estremeciéndose, una figura humana cayendo y rebotando con siniestros choques contra los salientes de los peñascos... Perlitas de sudor bañaban su frente y su respiración hízose jadeante. Bajando los ojos, distinguió un pequeño objeto que relumbraba, y al cogerlo y observarlo, se dió cuenta de que era la mitad de un gemelo de oro de los que se usan en los puños de la camisa, el cual, por lo sucio y enmohecido, denotaba haber estado a la intemperie durante meses. Siguió caminando triste y pensativa y a muy pocos metros vió, destacándose entre un grupo de árboles, al extraño visitante de la víspera, a Mr. Lacy.

Su primer impulso, muy femenino, fué sacudirse y arreglarse el traje corto de sport, que se arrugara y empolvara en la excursión; luego detúvose inquieta, sin advertir que se le había deslizado de las manos el pedacito de botón encontrado, y en seguida se puso en movimiento de un modo inconsciente. Mr. Lacy, al aproximarse a ella, se quitó el sombrero y saludó con una sonrisilla irónica.

— ¿Hermosa vista, eh, señora Raverly? Conozco el lugar; ayer lo visité con detención; tengo buenas razones, de acuerdo con mis ideas, para visitarlo, pero lo que no puedo comprender es su interés en pasear alrededor del precipicio.

— ¿Acaso es necesario que usted comprenda las razones o el capricho que me han movido a pasear por aquí? — contestó altiva la dama.

Mr. Lacy sonrió como podría sonreir un conejo.

— Ayer no estaba usted convencida de que Armstrong poseyera la carta de que yo le hablé en su casa. Hoy viene usted por aquí buscando «algo» que pudo saltar de los bolsillos del muerto — dijo con suavidad intencionada.

— No he tenido tal intención — se apresuró a exclamar ella.

— Si usted no anduvo a la busca de la carta, ¿cómo explicar aquí su presencia?

— ¿Y por qué está usted aquí? ¿Por qué trepó ayer por el risco? — inquirió Ruth a su vez.

Torció el hombre la cabeza a un lado; sus ojos brillaron tras los dobles cristales de los lentes.

— Justamente como tuve el gusto de decirle — replicó. — Yo no estaba bastante loco para pensar que iba a encontrarme la carta. Yo buscaba algo más.

— ¿Algo más qué? — preguntó ella.

— ¡Oh! Sería necesario explicarle — dijo Lacy cuyos ojos fosforescían y cuyos labios parecían haberse adelgazado: — Yo andaba en busca de la evidencia.

— ¿Qué clase de evidencia? — no pudo menos de preguntar la dama.

— La evidencia del asesinato — silbó el hombre mientras parecía divertirse contemplando la intensa emoción que se reflejaba en el rostro de Ruth. — Y puede ser que encuentre lo que quiero, es decir, si usted u otra persona no me venden la carta que necesito.

— Usted habla, me parece, como si yo tuviera la carta — arguyó la mujer, añadiendo con reconcentrada vehemencia: — Y le daré a usted más de lo que esa evidencia que busca significa. Por que si Mr. Armstrong ha sido asesinado ¿no comprende que yo soy la primera interesada en que se castigue al asesino?

Calmosamente la miró Mr. Lacy.

— Yo no sé nada, excepto que la muerte es cierta y los impuestos difíciles de cubrir — replicó. — Haga memoria y recuerde lo que le he dicho: si yo consigo la carta de usted o de «otra persona cualquiera», no me interesaré en evidencia alguna.

Resultaba un hombre «imposible», desconcertante. Ruth así lo pensó, dando la razón a Dick. Bastoneando con su palo de jugar al gol , sin decir una palabra, alejóse del hombre.

Ya en su habitación, cuando se despojaba de sus atavíos deportistas, algo rebotó en el suelo desprendido de sus ropas. Era el pedazo de gemelo que sin duda quedara sujeto en algún pliegue de la falda. Lo recogió, colocándolo encima de su mesita.

Sentóse ante el espejo para arreglar su cabellera; el ejercicio y el aire del mar prestáronle rosados colores a sus mejillas. Nunca había estado tan segura de su belleza.

Mientras procedía a su tocado, tomó una firme resolución. En cuanto almorzara, se metería en el automóvil para entrevistarse con el bueno de John Gerlach, que, además de ser carpintero, desempeñaba las funciones de «sheriff» de aquella villa. Si Lacy sabía algo acerca de la muerte de Armstrong, obligaríasele a que lo confesara.

Contradictorios y confusos, sus pensamientos batallaban en su cerebro, impulsándola en distintas determinaciones. Cuando acudió a tomar su lunch, todavía no lograra ponerse de acuerdo consigo misma respecto a la conducta que debería seguir.

Al sentarse a la mesa apareció Agnes, la criada, para annuciarle que su primo Dick la esperaba en el hall con otro caballero.

Comprendió Ruth entonces porqué su pariente no entrara, como de costumbre, huracanado y alborotador.

La razón era a causa de su acompañante, un joven talludo de rostro entre taciturno y cariacontecido, de pómulos salientes y de ojos hundidos, el cual vestía de la más estrafalaria y llamativa manera del mundo, embutido en un traje blanco y negro bastante estrecho y luciendo una corbata de rabioso color vino tinto. Además, exhibía, en el dedo anular de su mano izquierda, un enorme diamante amarillo. Una leopoldina del peor gusto colgaba de uno de los bolsillos de su chaleco de «chamois» amarillo. El contraste entre sus prendas de vestir y el aspecto burdo de su rostro resaltaba a la vista.

Ruth, que tenía imaginación, lo comparó a uno de esos empleados de empresas fúnebres que, después de muchos años de usar uniformes negros, se desquitan de tales limitaciones en los días de asueto, poniéndose entonces las prendas que ofrezcan las más fuertes combinaciones coloristas.

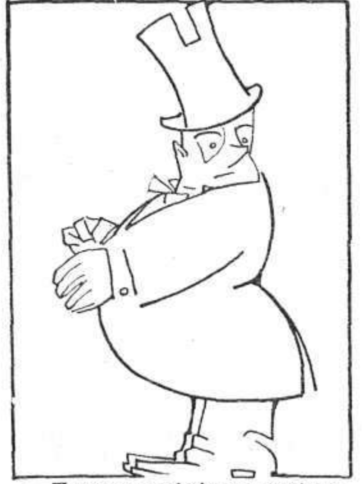
— Ruth — habló su primo casi con tono solemne: — permíteme que te presente al más grande detective del mundo, mi amigo Pat Doyle.

— No el más grande — dijo el presentado después de saludar; — no el más grande, señora Raverly. Existe un noble «manchú» en Shanghai que me puede enseñar muchas cosas en el oficio.

CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO.

DICHO Y HECHO, POR MACAYA

TODO LO QUE INVENTARAN ALGUNOS SENADORES PARA NO ASISTIR A LAS SESIONES DE PRORROGA



—Tengo que asistir a un entierro.



—El sastre dice que vaya a probarme el chaleco. ¡Cómo voy hacer esperar al sastre!



—Lo primero es lo primero: tengo que comprarme un rancho.



—Me han nombrado socio honorario del Club «El perro del hortelano». Iré a ver a ese simpático perro.



—Estoy atareadísimo; ¡estoy aprendiendo a tocar el serrucho!



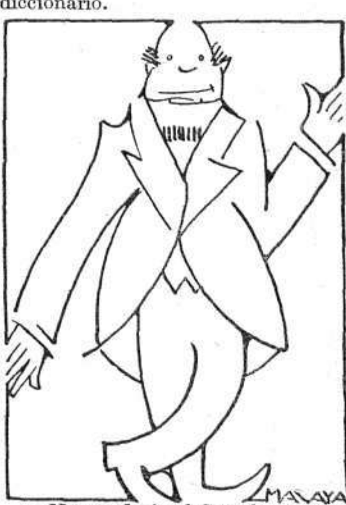
—A mí me gusta hablar correctamente. Yo no voy al senado hasta que no aparezca la nueva edición del diccionario.



—Estoy obligado a ir a una reunión social, al comité y a un partido de box. No le queda a uno tiempo para nada.



—¡Cómo voy a votar la intervención a Córdoba, si ignoro la manera de hacer los alfajores!



—No puedo ir al Senado, porque soy amigo... de don Hipólito. Debo ir al Senado, porque soy amigo de Alvear. Y a mí me gusta quedar bien con los amigos.

EL IDIOMA ESPERANTO

A pesar de la activa propaganda hecha por los cultivadores del idioma esperanto, éste aún no ha conseguido introducirse en el gran público; y su historia y modalidades permanecen ignoradas por la mayor parte de la gente.

El esperanto es una especie de lengua internacional creada por el Dr. Lázaro Luis Zamenhof, de la Polonia rusa, que publicó su primer libro al respecto en el año 1887.

Gracias a una combinación científica de las raíces y prefijos de todas las lenguas modernas, el doctor Zamenhof creó su idioma, estableciendo al propio tiempo una serie de reglas gramaticales destinadas a obtener una mayor simplificación de sintaxis.

No existe, como en inglés, más que un solo artículo determinado, y el indefinido se suprime: para todos los casos y géneros se usa «*la*». Los sustantivos terminan siempre en *o* y para formar el plural se añade *j*. El adjetivo termina en *a* y el adverbio en *e*, y no hay más que una sola conjugación para los verbos, que son todos regulares. El alfabeto consta de 28 letras y en él predominan las latinas, pues es de observar que en la construcción de su idioma el Dr. Zamenhof ha dado preferencia a la lengua latina.

En la actualidad, el esperanto ha progresado enormemente, y las sociedades fundadas con fines de propaganda se cuentan por millares en Europa y en América.

Relátase, sobre el particular, que un admirador y cultivador entusiasta del esperanto, mostraba sumo empeño en convencer a Anatole France de que dicho idioma era capaz de interpretar las apariencias más fugaces del pensamiento y que estaba en situación de competir ventajosamente con las demás lenguas naturales. El maestro no se dejaba convencer, y, al final de la polémica, arguyó:

—Vamos a ver, mi querido capitán: supongamos que le regalan a Vd. una muñequita admirable. Sus ojazos muy grandes y muy dulces están sombreados por unas pestañas muy largas y divinamente rizadas. Tendrá la boquita de un carmín delicioso e imitará la carne de las cerezas. Tendrá por cabellos rayos de sol hilados. Reirá y hablará. Le llamará a Vd. «rico mío». ¿Llegará Vd. a amarla? Supongamos también que en una isla desierta se encuentra mucho tiempo a solas con ella y que de pronto se le presenta una verdadera mujer, incluso muy fea, pero, en fin, una verdadera mujer de carne y hueso: ¿será a la muñeca a la que Vd. dedique sus madrigales?... Pues su esperanto es la muñeca. La lengua natural es la verdadera mujer.

PENSAMIENTOS

En cada molécula del universo existe la contradicción.

El fastidio es el castigo de los caracteres perezosos y de los corazones fríos.

LUIS VIDART.

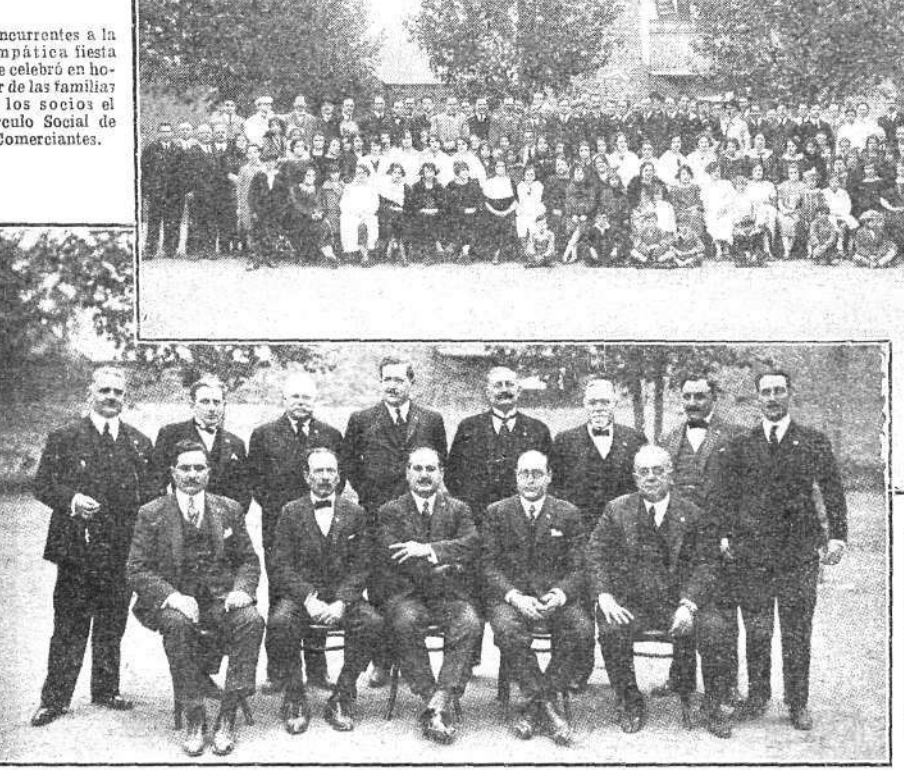
Sr. Fernando E. Centeno



Nombrado gobernador del Chaco por el poder ejecutivo.

La designación del señor Fernando E. Centeno para desempeñar el alto cargo de que ha sido investido, es objeto de unánimes y sinceros aplausos en los círculos políticos y en el territorio en que ejercerá sus funciones, donde se fundan grandes esperanzas en el desarrollo de su gestión administrativa y política.

Círculo Social de Comerciantes



Concurrentes a la simpática fiesta que celebró en honor de las familias de los socios el Círculo Social de Comerciantes.

Comisión directiva que organizó el festival, señores: Ballestrasse, Faletty, Larroca (presidente), Viacava, Heinemann, (de pie): Rolondaro, Greco, Metelli, Daloso, Podestá, Ferretti, Picardi y Maisterrena.

DISCOS DOBLES NACIONAL

"PRACTICANTE"
TANGO de ANTONIO de BASSI

EDICION EXCLUSIVA
de los últimos grandes éxitos.

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Disco doble «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.25

18080
(A — **El Ramito.** Tango canción. Solo Gardel. Peñaloza-Filiberto-Teisseire.
(B — **Celeste y Blanco.** Tango milonga. Solo Gardel. Teisseire-Kolben.

ROBERTO FIRPO
ORQUESTA TIPICA
Discos dobles «NACIONAL», de 25 Ctms., a $ 3.—

6213
(**Desolación.** Tango. Acomp. de serrucho. A. R. Avilés.
(**Mi Llanto.** Tango. A. R. Avilés.

6214
(**Las Quejas.** Tango. Vanzina-Pacheco.
(**03.** Tango milonga. M. Larrosa.

6219
(**PRACTICANTE.** Tango. Antonio de Bassi.
(**Una Sonrisa.** Tango. S. Castriota.

FRANCISCO CANARO
ORQUESTA TIPICA Y JAZZ-BAND

6917
(**My Sun.** (Sol mío). Shimmy. Jazz-Band. J. Willys.
(**Iain't Nobody's Darling.** Shimmy. Jazz-Band. R. King.

6933
(**Midinette.** Tango. Orq. Típica. Rafael Tuegols.
(**Mentirosa.** Tango. Orq. Típica. Anselmo Aieta.

6934
(**La Maja.** Pasodoble. Jazz-Band. José Padilla.
(**El Regreso.** Tango. Orq. Típica. A. Bianchi.

ORQUESTA TIPICA "PACHO"
(Juan Maglio)

7405
(**La Cortada.** Tango. A. Ciaccio.
(**Bordoneando.** Tango. V. Sipulla.

ELEUTERIO YRIBARREN
AMERICAN JAZZ-BAND

8004
(**By the Shalimar.** Fox-Trot. Ted. Koehler.
(**Si Vous Aime les Fleurs.** Shimmy. V. Scotto.

IGNACIO CORSINI
(Con 2 guitarras IRIARTE-CORREA)

2
(**Como una Flor.** Vals. Roldán-Castriota.
(**Cariño Eterno.** (Irene). Tango. Iriarte-Caruso.

Catálogo general de discos dobles "Nacional". Acaba de editarse. - Solicítelo. - Se remite gratis.

FOTOGRAFIA EN 6 HORAS

REVELACIONES Y COPIAS PARA AFICIONADOS
APARATOS - DROGAS - ACCESORIOS

MAX GLÜCKSMANN

CALLAO Y Bmé MITRE - BUENOS AIRES - FLORIDA Y LAVALLE

Nuevos Discos Nacional

ROSARIO
CORDOBA 1048



MONTEVIDEO
18 de JULIO 966





OTRA DISERTACION SOBRE LA MISMA PALABRA

En un artículo anterior habíamos quedado en que tratándose de mujeres debe decirse abogada. ¿Queréis creer que ya estoy arrepentido? Ahora me parece que debe decirse abogadesa.

Estuve meditando sobre si esto, más bien que una mudanza de opinión, no sería una simple mudanza de palabra. Pero resulta que son las dos cosas a un tiempo. Mudo de palabra porque mudo de opinión. Mudo de opinión porque mudo de palabra. Es como cuando nace el hijo primogénito. Cuando nace el hijo... ¡nace el padre! Nacen los dos a un tiempo.

He mudado de opinión, pues. ¿A qué se debe? Antes de escribir, pensar, es el precepto de los sabios. Pero de ellos solamente. Otros lo piensan cuando ya no hay más remedio. ¿Se deberá a esto? De todos modos, cualquiera que sea la causa, mudo de opinión, pero es para progresar. Y esto no es una mera disculpa, sino un plausible justificativo. ¿Qué sería de nosotros si no progresáramos? Y abogadesa representa un progreso considerable sobre abogada.

Me veo, pues, en el caso de hacer una segunda disertación sobre la misma palabra. *Non bis in idem*. Nunca segundas partes fueron buenas. Es verdad. Pero en este caso particular eso no consulta el progreso del mundo.

Abogadesa, sí. Y no abogado ni abogada. ¿Cómo no se nos ocurrió desde el principio? La culpa es vuestra. Vosotros limitabais la cuestión a abogado y abogada. No la hubierais limitado, y quizá hubiésemos llegado más pronto a la palabra abogadesa. Por lo demás, no estábamos mal, sino que ahora estamos mejor. Repito que lo que hacemos es progresar. Entre abogado y abogada, claro que abogada. Pero abogadesa es mejor que abogada. Doctora Fulana de Tal, abogadesa. He ahí algo que está perfectamente bien, y que suena mejor que abogada.

Porque eso tiene la palabra abogadesa. Convence por sí sola, sin necesidad del concurso de la gramática microscópica, de reciente creación.

Hay dos maneras de colocar una palabra. Una, llevarla al cerebro por vía del oído, y otra, llevarla al oído por vía del cerebro. Cuando el oído la acepta sin dificultad, el cerebro la acepta sin discusión. En materia de palabras, el oído es el paladar del cerebro. Pero cuando el oído no la acepta de plano, hay que convencer primeramente al cerebro. Hay que decirle algo: «Créelo, son aprensiones del oído; esto está bien por razones superiores a la eufonía». Es lo que pasó con la palabra abogada. En cambio, la palabra abogadesa es de las que se van ellas solas al cerebro por vía del oído.

La desinencia «esa» es a veces mejor que la «a» para la formación del femenino. Se dice abadesa. ¿Por qué no se dice abada? Porque abada es la hembra del rinoceronte, nos responden. Pamplinas. Porque es más eufónico. La hembra del pavo se llama pava, y esto no nos impide llamarle pava también a la del agua. Los españoles me observarán que en este sentido, pava es un argentinismo. Pero eso sería otra cuestión. Por lo demás, mudad de ejemplo, y punto concluído. En lugar de pava, poned pata. Pata es la pata de la pata, y también toda la pata.

A los españoles hay que tenerles respeto, porque son nuestros abuelos, pero no hay que hacerles demasiado caso. A una muchedumbre de pavos, ellos le llaman... ¡una pavada! Cuando nosotros decimos papa, ellos nos corrigen: patata. ¿Por qué? Para evitar cuestiones con el Santo Padre. No se fijan en que nosotros lo pronunciamos con p minúscula. Papa, que aunque en este caso esté escrito con mayúscula, debe pronunciarse con minúscula, es un americanismo autóctono, y los españoles reconocen que es el nombre primitivo de la patata. ¿De dónde salió patata? Ya os habréis fijado en que los catalanes pronuncian un poco a la alemana. Pues bien, según versiones de origen malagueño, los catalanes confundieron una vez papas con batatas, y les llamaron «les patates». Y de allí habría salido patata.

Había quedado pendiente si nos decidiríamos a decir diputada, y si nos atreveríamos a decir concejala. ¿Diremos también diputadesa, como abogadesa? Si empezamos hoy por decir diputadesa, la ley del progreso puede arrastrarnos mañana a decir concejalesa. Parece que sería horrible. E iba a añadir: «Hay en el lenguaje cosas que al parecer no tienen compostura. ¿Cuál de los dos es peor: concejala o concejalesa?» Pero tienen razón los padres y doctores de la Iglesia cuando nos mandan no cerrar nuestros corazones a la esperanza. Y tiene razón el que dijo: «Gato escaldado, del agua fría huye».

¿Por qué habríamos de limitar la cuestión a concejala y concejalesa? ¿Y concejalina?

E N R I Q U E M . R U A S



GEMELOS

para **CAMPO, MARINA, CARRERAS.**

GEMELO PRISMATICO "ZEISS" Modelo Telex, 6 aumentos.. $ m/n **110.-**

GEMELO PRISMATICO "GOERZ" 6 aumentos. Modelo Helinox, gran campo.................... $ m/n **160.-**

ANTEOJOS Y LENTES

Exactamente los que su médico receta.

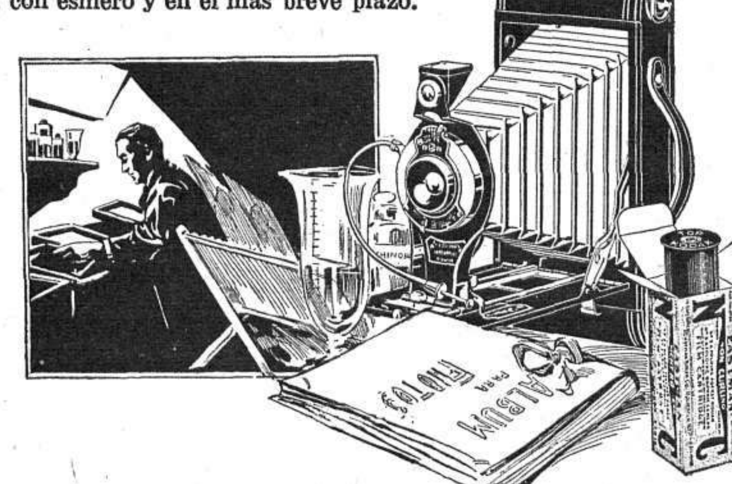
Aparatos y Artículos para Fotografía

En nuestros talleres fotográficos ejecutamos con especial atención todo trabajo de fotografía para aficionados, con esmero y en el más breve plazo.

Revelación

Impresión

Ampliaciones







PRIMER INSTITUTO ÓPTICO OCULÍSTICO

LUTZ, FERRANDO Y CIA.

FLORIDA, 240. BUENOS AIRES.

CABILDO, 1916. BELGRANO. **ALMIRANTE BROWN, 1067. BOCA.**

SUCURSALES: ROSARIO.—CORDOBA.—TUCUMAN.—LA PLATA.—MAR DEL PLATA.



Señor Gerardo Polo, cuya reciente designación para la secretaría del Consejo de Educación, ha sido unánimemente aplaudida, dado el ascendiente que goza entre el magisterio provincial. — Corrientes.



Señor Lisandro M. Albarracín, fundador de la Sociedad Protectora de Sordo-Mudos, háse acogido a los beneficios de la jubilación. El señor Albarracín, próximamente emprenderá un viaje por Europa para visitar los institutos de Sordo-Mudos, llevando la representación de la Asociación Argentina.



Doctor Pascual Luis Aloise, distinguido médico argentino, que efectuará una provechosa jira de estudio por las clínicas europeas. El doctor Aloise, cuya labor es justamente apreciada en nuestros círculos médicos, a su regreso dará a conocer los nuevos métodos de investigación científica utilizados en el extranjero.



Señor Osvaldo M. Canessa, joven pianista que ha dado una brillante serie de audiciones musicales, revelando poseer excelentes facultades artísticas.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DEL JEFE

1.° No mintáis. Las mentiras me quitan el tiempo y a vosotros os hace perderlo. Podéis abrigar la seguridad de que a la larga os descubriré.

2.° Dedicad vuestra atención a vuestro trabajo, no al reloj. El mucho trabajo hace que los días parezcan cortos.

3.° Prestadme mayores servicios de los que espero y os pagaré más de lo que esperáis. Muy bien puedo aumentaros el sueldo si vosotros me aumentáis las utilidades.

4.° Con vosotros mismos tenéis contraída una gran deuda que os impide contraer deudas con ninguna otra persona.

5.° La falta de honradez no es nunca un accidente. Los hombres buenos, al igual de las mujeres virtuosas, huyen de la tentación cuando ésta se les presenta.

6.° No os metáis en los negocios ajenos, y con el tiempo tendréis un negocio por vuestra propia cuenta.

7.° No hagáis nunca nada que os degrade ante vuestros propios ojos.

8.° Nada me importa a mí lo que hagáis en la noche. Pero si disipáis vuestras energías por la noche, al día siguiente apenas podéis desempeñar la mitad de vuestro trabajo, serán pocos los días que duraréis en mi servicio.

9.° No me digáis lo que me guste, sino lo que deba saber. No necesito un ayuda de cámara que me halague la vanidad, sino un hombre que me ayude a ganar más dinero.

10. No os pongáis de mal humor si os hago alguna reconvención. Si sois hombres que valgan la pena de ser corregidos y enseñados, seréis dignos de permanecer a mi lado. Yo nunca pierdo el tiempo cortándoles pedazos pequeños a las manzanas podridas.


¡VIGÍLA!
En la guerra y en la vida el secreto del éxito consiste en ver lejos y actuar pronto. La precaución ha ganado siempre más batallas que el valor ciego y ha logrado mejores triunfos que el talento desprevenido. ¿De qué sirve al guerrero tomar fortalezas si no sabe custodiarlas? ¿De qué sirve al hombre haber adquirido riquezas, honores, y bienestar si no está al acecho para defenderlos? Tratándose del incomparable tesoro de la salud, la Naturaleza está siempre gritando al hombre: ¡Vigíla!. Y no sólo lo ha dotado del instinto de conservación, sino que le ayuda en su tarea defensiva dándole ciertas voces de alarma. Así, por ejemplo, el escalofrío, el malestar, el dolor de cabeza, etc., son el aviso de que un resfriado, un catarro o un ataque de influenza o gripe se aproxima. En ese preciso momento es cuando deben darse al organismo las fuerzas que necesita para defenderse, tomando dos tabletas de CAFIASPIRINA. Su acción es de tan alta eficacia que en pocos momentos cesan aquellos síntomas, vuelve la sangre a circular normalmente y se experimenta una exquisita sensación de alivio, fuerza y bienestar. Para los dolores de cabeza en general y, especialmente, para los causados por el abuso de las bebidas alcohólicas; para los dolores de muela y oído; las neuralgias y el reumatismo, no hay nada que se compare a la CAFIASPIRINA. Absolutamente inofensiva para el corazón. Se vende en tubos de 20 tabletas y SOBRES ROJOS de una dosis. Ambos empaques están identificados por la Cruz Bayer.
BAYER
BAYER

De Avellaneda



Miembros del "Centro Comercial e Industrial" que concurrieron al banquete con que se celebró el 20.º aniversario de la fundación de esta entidad.

CÓMO SE HACÍA ANTAÑO LA GUERRA

En el año de 1746, estando Inglaterra en guerra abierta con España, zarpó de Jamaica para Londres la fragata inglesa «Elizabeth», capitán Guillermo Edwards, con un rico cargamento, y sufrió en el golfo tan recio temporal que, haciendo agua por todas partes, no tuvo más remedio que entrar en el puerto de La Habana para salvar las vidas de la gente. El capitán fué al momento a tierra a ver al gobernador, a quien le contó la causa de haber entrado en el puerto, y le dijo que, en consecuencia, entregaba el buque y se rendían él y su gente como prisioneros de guerra, suplicando solamente que se les diese buen trato. «No señor» — respondió el gobernador español; «si os hubiéramos apresado en la mar en buena guerra o acercándoos a nuestras costas con intenciones hostiles, entonces hubiera sido buena presa vuestro buque y prisionera la gente; pero cuando, combatidos por las tormentas, venís a nuestros puertos para salvar vuestras vidas, nosotros, como hombres, nos juzgamos obligados por las leyes de la humanidad, que son preferibles a las de la guerra, a suministrar consuelos a nuestros semejantes que necesitados nos los piden, y los españoles tendríamos por vergonzoso el aprovecharnos de la ventaja que nos dé la desgracia de nuestros enemigos. Por consiguiente, podéis descargar vuestro buque, carenarle, y hacer las ventas precisas para sufragar los gastos; después os daré un salvoconducto hasta pasar la Bermuda; y si después de eso fueraís apresado, entonces seréis buena presa; pero ahora sólo sois extranjeros, y un extranjero tiene derecho a la protección de los demás hombres».

La fragata partió después de La Habana y llegó a Londres bien.



LA cosa comenzó de un modo harto sencillo.

Una mañana no recibí ni aun siquiera una carta. Jamás me había ocurrido cosa semejante, y quedé suspenso y atónito. Me agradaba el correo, lo consideraba como una de las pocas posibilidades imprevistas que quedan en la vida. Todos los días esperaba el correo con una impaciencia casi febril, sobre todo cuando aguardaba una contestación importante. Leía toda mi correspondencia con una gran avidez, ya fuesen cartas de mujeres lejanas que piden amores en la actualidad imposibles, ya de entusiastas desconocidos que tratan de penetrar en nuestra vida, ya de descubridores y profetas provinciales que te obligan a aceptar o rechazar sus majaderías, ya de insignificantes mercachifles y parientes de tercer grado. El cortar mi correo cotidiano, que en aquellos tiempos era voluminoso e importante, había llegado a convertirse en uno de mis mayores placeres. Aquella mañana no recibí ni una sola carta. Tampoco tuve periódicos. La impresión fué penosa, pero breve. Supuse que era sencillamente un retraso y que al día siguiente recibiría muchas más cartas que de costumbre.

Para distraerme y pasear mi enojo, salí de casa. La ciudad era exactamente igual a la del día anterior. En las calles había las mismas casas y en los comercios los mismos comerciantes de la víspera vendían idénticos objetos a compradores indeterminados. Las inscripciones de costumbre seguían también sin la mudanza más pequeña. Los carros que se arrastraban sobre el empedrado no diferían en nada de los que había visto siempre. Los hombres que corrían de una parte y de la otra estaban vestidos como de ordinario. Por primera vez experimenté cierta suerte de encarcelamiento ante esta continuidad de cosas absolutamente iguales. Pero reflexioné de pronto que mi impresión era sencillamente estúpida y no supe darme razón alguna para encontrarme fuera de casa a tales horas. Decidí volverme otra vez atrás, y cuando atravesé la plaza para desembocar en mi calle, me encontré a un antiguo profesor mío que había conocido en la niñez, y que frecuentemente me paraba para hablarme de sus teorías sobre la multiplicación artificial de las diferencias. Lo saludé quitándome el sombrero y llamándolo por su nombre, pero el viejo continuó su camino sin hacer caso de mí. Eché la culpa a su miopía, y pensé además que estaría cavilando grandes cosas, en razón a lo que no hizo alto y siguió su camino. Así es que no corrí en su busca, y volví a casa irritado por la ocasión que se me ofrecía para distraerme.

Había comenzado mal el día, y decidí quedarme en casa. Me consolé saboreando con el pensamiento el placer de las innumerables cartas que había de recibir la mañana siguiente. Pasé la noche con alguna intranquilidad. Y llegó la mañana. Aguardé la hora del correo con impaciencia ridícula. Pasé cerca de media hora asomado a la ventana para ver llegar al cartero. Finalmente, lo vi llegar a mi casa, «pero tampoco aquella mañana había cartas para mí». Me turbó sobremanera el obstinado silencio de mis corresponsales. Pasé todo el día inventando pretextos, hipótesis, para disminuir y explicar este hecho gravísimo para mí. Esperé hasta el día siguiente. Y llegó otra mañana más, y por tercera vez no había ninguna carta para mí. Perdí la paciencia, llamé al cartero, que fingió no reconocerme, y le hice examinar la cartera hasta el fondo, para asegurarme que allí no había nada para mí. Se me ocurrió entonces un pensamiento extraño: se me ocurrió que, seguramente, se había urdido contra mí una especie de conjura para separarme de mis amigos y que un empleado postal era seguramente uno de los cómplices de la indudable conjura. No tenía absolutamente ninguna idea del por qué de esta conjura; pero lo que me sucedía era tan extraño, que debía recurrir forzosamente a suposiciones aun más extravagantes. Corrí al despacho central de Correos, hablé con el director, se hicieron investigaciones y no apareció cosa alguna. Ninguno daba señales de conocerme, y todos los empleados se maravillaron extraordinariamente de mis sospechas.

Salí de allí deprimido y casi humillado. Marché otra vez a mi casa atormentándome en vano para tratar de comprender las razones del singular e improvisado silencio que se hacía en torno a mí. Paseando, encontré un compañero de café, con el cual bromeaba del mejor humor ciertas noches de invierno, cuando la niebla es tan densa y tupida que hasta la cara de un imbécil os reconforta. Me paré al verle sonriendo, pero, mirándome con extrañeza, se alejó.

— ¿Te has vuelto loco?— le grité lleno de rabia. — ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

Nadie me respondió. Mi compañero de café no volvió el rostro para oírme. Era conocido como uno de esos idiotas alegres y burlones, y algunas de sus gracias eran famosísimas. Supuse que quería reírse de mí fingiendo que no me reconoció, y continué paseando sin volver a preocuparme de él.

Pero continué reflexionando acerca de las causas del silencio universal que se hacía en mi derredor, y no podía menos de pensar en aquellas personas que no habían querido reconocerme. Sospeché que podía haber una conexión entre las dos clases de hechos, pero vi que de este modo la cuestión se enredaba más, y preferí seguir creyendo en una serie de casos independientes.

Volví a casa y escribí un número incalculable de cartas, pidiendo una cosa cualquiera para obtener contestación inmediata, o preguntando las razones del silencio a todos aquellos que debieran haberme escrito en aquellos días. Cuando las eché al buzón quedé más tranquilo y me pareció desde entonces imposible que las cartas dejasen de llegar a montones. Sin embargo, era preciso esperar dos o tres días aún, y quise ocuparlos completamente — pensando en la idea fija — en algunas investigaciones históricas que había abandonado sobre la brusca desaparición de la famosa ciudad de Semifonte.

Pasaron estos días mejor que los anteriores. Tampoco llegó correo alguno al tercer día. Lleno de una profunda tristeza, quise consultar a uno de mis mejores amigos, estudiante de Física, que tocaba maravillosamente el violín. Fuí en seguida a verle. Me dijeron que estaba en casa, y me hicieron pasar a su cuarto de trabajo. El entró momentos después. En lugar de estrecharme la mano, de sonreirme y de preguntarme cómo estaba, se paró delante de mí, preguntándome:

— ¿Con quién tengo el gusto de hablar?



La impresión de estas sencillas palabras fué horrorosa. De un golpe todos los hechos anteriores acudieron a mi memoria y una espantosa sospecha cruzó por mi mente. Pero fuí lo suficientemente fuerte para resistir aún. Quise creer una vez más en la broma y dije, procurando sonreírme:

— Pero, ¿te has vuelto loco? ¿Desde cuándo? ¿A santo de qué finges no conocerme? No seas estúpido y ofréceme un cigarro.

Mis palabras causaron un efecto contrario al que buscaba. La fisonomía de mi amigo se llenó de una seriedad más grande, y vi que instintivamente metió la mano en el bolsillo donde llevaba ordinariamente el revólver.

— Os digo — replicó con voz enérgica — que no os conozco y que no comprendo una palabra de vuestros discursos.

Ante tanta tranquilidad, me creí loco rematado. Comencé a suplicarle, a repetirle mi nombre cien veces, a repetirle mil cosas saboreadas en común, a preguntarle qué le había hecho, las razones de su actitud conmigo. Y concluí insultándole violentamente ante la persistencia de sus negativas.



Pero él se aburrió en seguida de semejante escena.

— O estáis borracho o loco — me dijo con dureza. — No quiero llamar a la policía para ahorrarme molestias; pero os ruego que salgáis en el acto.

Me arrojó de su cuarto, me sujetó fuertemente con sus manos y me dejó en la calle. Yo era bastante más débil que mi amigo. Además, estaba confuso, abatido, atónito, y no tuve ganas de resistir.

Me encerré dolorosamente en casa. Apenas entré en mi habitación corrí a verme al espejo para ver si mi cara había cambiado, si mi aspecto se había alterado radicalmente. Me observé atentamente; pero confieso que no noté la más menuda alteración.

Me tumbé en un diván para ver si me dormía y me anulaba de una vez. Pero no pude cerrar los ojos.

Una idea fija se había apoderado de todo mi ser. «Yo había cometido, seguramente, algún delito repugnante, y nadie quería por ende reconocerme». Pero aun cavilando, no podía dar con este delito, del que no tenía recuerdo alguno. En aquel tiempo llevaba una vida regular y metódica. No jugaba, no tenía apenas relaciones con mujeres, no pedía dinero a nadie. Mis únicos vicios eran un amor desenfrenado por el café y por la filosofía india. Que yo supiera, no había asesinado a nadie ni había desvalijado casa alguna. Y, sin embargo, algo insólito tenía que haberme ocurrido cuando todos me huían, fingiendo no reconocerme, y no atreviéndose a escribirme. Esta sensación del cerco de soledad en que todos querían encerrarme me hacía temblar verdaderamente. Me querían arrojar de la sociedad de los vivos; querían abolirme con el silencio; hacer de mí, socialmente, un ser inexistente, un muerto.

Pero quería salir de esta dolorosa incertidumbre, quería saber la causa por la cual todos querían suprimirme de su vida.

Por la noche, reanimado con algunas gotas de coñac, marché al café, donde se juntaban muchos amigos míos para discutir las acostumbradas bobadas del día. Y fuíme hacia la mesa donde estaban algunos de ellos. Todos se miraron un poco desconcertados y no me respondieron. Como ya estaba acostumbrado a tal comedia, no me incomodé cosa mayor.

— Veo — les dije con voz sosegada y tranquila — que hacéis lo de todos y que no queréis reconocerme. He venido a veros para que me expliquéis precisamente la razón de semejante actitud vuestra. He debido cometer alguna falta gravísima, cuando mis mejores amigos me expulsan de su casa; pero os juro sinceramente que no conozco la naturaleza de los cargos que se me hacen. Decidme qué he hecho. Es la última prueba de amistad que os exijo. Digáis lo que queráis, no tornaré a importunaros ni con mi presencia ni con mis discursos.

Antes de concluir de hablar observé claramente que la estupefacción de mis amigos había llegado al colmo. Uno comenzó a reir groseramente; otro — el más prudente — se levantó y se fué a otra mesa. Esperaba la respuesta de ellos con tal ansiedad que mi respiración era fatigosa y difícil. Uno de ellos me preguntó a quemarropa:

— Pero usted ¿quién es? Sepamos.

— No continuéis, por Dios — respondí con voz temblona. — Dejad por un momento semejante farsa. Decidme, en el nombre de Dios, qué os he hecho para que me tratéis de este modo. Decidme...

Pero no pude continuar. Sonó una inmensa carcajada. Al dejar de reír llamaron al camarero y se marcharon. Solamente uno de ellos, un amigo que sentía grandísima simpatía por mí, me dijo en voz baja:

— ¿Queréis que os acompañe a casa?

Acepté la invitación y salí con él. Esperaba que, al menos, hubiera convencido a este amigo; pero todo fué inútil. Me respondía con toda amabilidad, como se hace con un enfermo o con un loco. Hasta el último momento no quiso confesarme que me conocía.

— Estad seguro—me decía.—Ni habéis cometido cosa alguna, ni nosotros sabemos una palabra de nada que redunde en vuestra deshonra. Es una idea que tenéis en la mollera. Se os pasará. Os aseguro que ni yo os conozco, ni los demás os conocen, ni que fingíamos al pregun-





taros vuestro nombre. Calmaos, y si de verdad me creéis vuestro amigo, vendré a veros alguna que otra vez.

Cuando llegamos a mi puerta me despidió con mil cortesías y me rogó que durmiera. Subí a mi habitación y me desnudé sin darme cuenta de lo que hacía. No pude, naturalmente, dormir.

Mi posición era tan horrible que no podía creerla real. Sentirse completamente solo en el mundo, abandonado de golpe y porrazo por todos, bajo el peso de alguna vergüenza desconocida o de alguna condena silenciosa, es algo más terrible y misterioso que la propia muerte. Ya no existía para los hombres. Estaba solo y era maldito. Continuaba el mismo, pero los demás habían cambiado respecto a mí. Estaba solo, pero no en una isla o sobre una almadía, como un Robinsón o como un náufrago, con la esperanza del salvador y con la visión del retorno, sino solo en medio de una gran ciudad, solo en medio de una multitud, solo en medio de los hombres, que me echaban, que me negaban, que me empujaban de su lado.

Hacia la mañana me sumí en el sueño; pero comencé a soñar tales disparates que me desperté en seguida, gritando y llorando de espanto. No sé cómo me atreví a salir de casa.

La ciudad era siempre la misma. Todo estaba como antes. Los hombres y las mujeres pasaban de vez en cuando para despreciarme y humillarme; pasaban a mi lado mujeres y hombres que yo conocía. Pero ninguno me miraba, ni me sonreía, ni acertaba a saludarme. Me encontraba como un extranjero llegado por primera vez a una ciudad.

Todo aquello que se relacionaba conmigo había desaparecido de la memoria de los hombres. Ya no existía en los demás, sino en mi mismo. Me parecía que mi alma estaba despedazada y que sólo me quedaba un pedacito, un centro minúsculo, al que todavía podía llamar «Yo». Me parecía que todos los que pasaban me preguntaban el porqué de mi existencia. Se me antojaba oír por todas partes voces presurosas y atónitas que exclamaban: ¿Quién sois? ¿Quién es usted?

Y la única variedad estaba en el pronombre — en el vos o en el usted ; — pero todos los que pasaban me arrojaban al rostro la pregunta cruel.

Luego todas estas preguntas se fundieron en un coro, y formaron una sola y clamorosa pregunta, una pregunta que yo mismo me hacía a mí mismo: «¿Quién eres?». Nunca jamás había pensado en hacerme semejante pregunta. ¿Cuándo me había venido a la mente la idea de preguntarme quién era yo? Conocía mi nombre, mi edad, mi patria, mi estatura; conocía también mi rostro; algo menos, mi alma. De lo futuro no sabía decir nada, de lo pasado no me quedaban más que pálidos matices de recuerdos superpuestos. No había tratado nunca de descubrirme, no había intentado jamás de conocer mi secreto, de saber mi verdadero nombre, el nombre de mi raza, y no aquel nombre ficticio y ridículo que me impuso el padre en la fuente bautismal.

«¿Quién eres?», me pregunté finalmente a mí mismo; y apenas me dí cuenta de la importancia y de la grandeza de esta pregunta, desapareció todo lo demás. No recordé los insultos, las carcajadas y el abandono de todos. Separado de los demás, me veía cara a cara conmigo mismo, y quise olvidar todo lo que el hábito y la opinión de los demás habían hecho de mi alma. Había vivido hasta ahora de cierto modo, porque los demás me habían aconsejado y guiado, porque se habían formado de mí ciertas ideas que me importaba no desmentir, porque me había encontrado en medio de hombres, de los cuales, con plena inconsciencia había imitado los gustos y aceptado los valores. Ahora los demás me negaban, afirmaban no conocerme, y yo renegaba lo que había de ellos en mí mismo y no reconocía como mío lo que me habían impuesto, y sin miedo me preguntaba ya a mí mismo: «¿Quién eres?»

Todas las voces callaban. Solamente mi pregunta llenaba mi espíritu. Y durante muchos días viví en un sueño perpetúo, tratando fatigosamente de darme una respuesta segura.

Una noche, mientras soñaba con un enjambre de ciegos que andaban por un prado cubierto de apretada hierba, vino la contestación sin sentirlo.

«Yo soy uno para el que los demás no existen». Esta ceguera y desconocimiento de los hombres hacia mí había sido una prueba que de otro modo no hubiera podido vencer jamás. Los hombres no me conocían, pero esto no me sorprendía ya. Me había vuelto a encontrar a mí mismo, y ahora sí que podía tornar a reanudar mi vida, conocer a los hombres y no volver a sentir temblor alguno.

Por la mañana, al despertarme, me sentí feliz como un muchacho convaleciente. Una curiosa sorpresa me esperaba. El cartero me entregó una enorme correspondencía, donde encontré todo lo que buscaba desde la primera mañana del silencio.

Por la tarde, en el café, mis amigos me acogieron como de costumbre y no hicieron la menor alusión a su aventura de pocas noches antes. Entre ellos estaba el estudiante de Física que me había arrojado de su casa. Estuvo conmigo más expansivo que nunca. Pronto me aburrí de su compañía y me marché. En la calle encontré otras gentes que me saludaban como antes y que me hablaban con su grata cordialidad. Había entrado nuevamente en el mundo. Los hombres me acogían una vez más. Sin embargo, yo notaba que su compañía me causaba cierto enojo.

Sentía la sensación de haber vuelto de un país lejano y de haber perdido el gusto de todo cuanto iba viendo.

Pero, desde entonces, he podido explicarme la razón de aquella pausa de mi vida, durante la cual aparecí ante los demás como mentecato extranjero.

Pienso alguna vez que en el tiempo deben existir desgarramientos y jirones, y que viví en aquellos días como en un intervalo, sin que los demás se percataran de ello. Pero ¿por qué parecen vivir como viven siempre y como viven hoy? Aquella zona de misterio, aquella interrupción negra que hay en mi vida tan ordinaria, me ha turbado siempre y me turba hoy escribiendo esta historia. En este momento — doce y media de la noche — mientras escribo en mi cuarto, con un silencio lleno de suspiros y de palpitaciones tenues, me parece que estoy solo, irremediablemente solo, en medio de los hombres, en medio del mundo: un alma única en el centro del Universo.

En efecto. . .

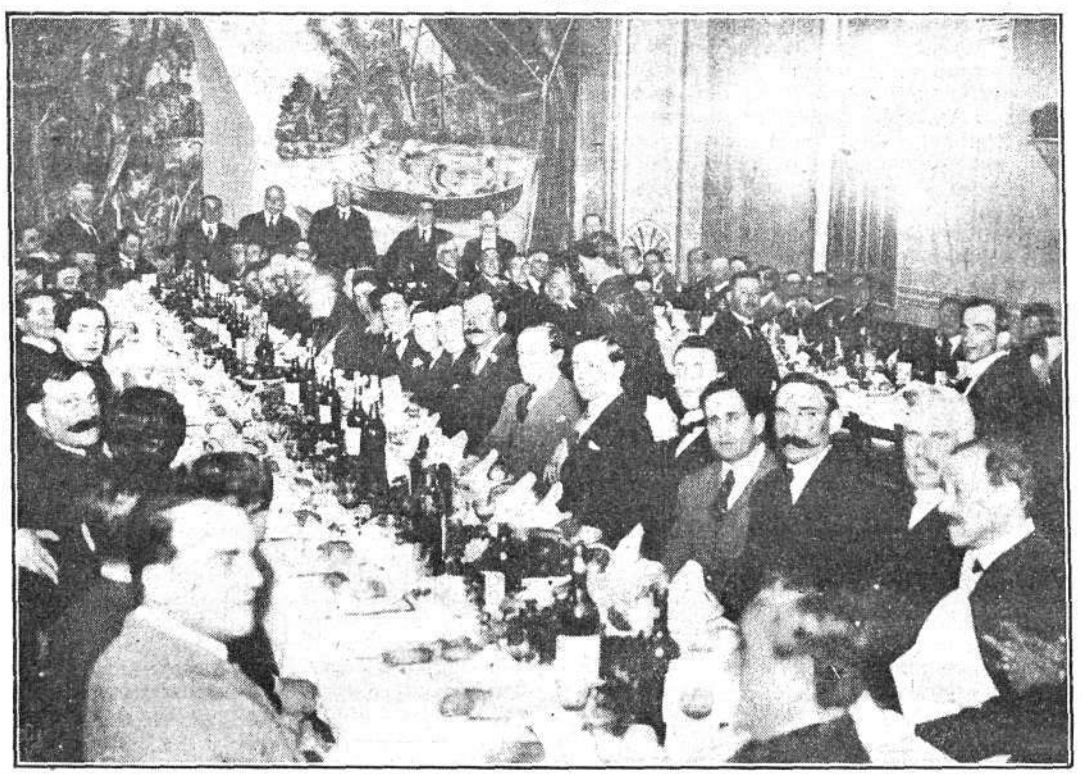
JUAN PAPINI

DIBUJOS DE MACAYA





De Lanús



Caracterizado núcleo de vecinos que concurrió al banquete ofrecido al señor Guillermo Gaebeler, fundador de la villa General Paz (actualmente Lanús). — Ofreció la demostración el señor Sar, quien tuvo para el obsequiado justas palabras de elogio por la intensa labor desarrollada.

Belleza Perpetua

El secreto de asegurarla por medios caseros Sencillos y Eficaces

por

Charlotte Rouvier.



□ □

De cómo una mujer puede conservar su juventud.

La mujer que desee parecer joven debe abstenerse de usar cremas y coloretes, porque, de lo contrario, sólo conseguirá endurecer el aspecto de su cara y destruír los tejidos de su cutis. Médicos autorizados declaran, que si la mujer abusa de métodos artificiales, ella arriesga su salud. El tratamiento perfecto a que puede someterse un mal cutis es el de la cera mercolizada (en inglés: «pure mercolized wax»), pues ésta nada agrega a la piel, sino que, en cambio, le quita algo: toda la cutícula superficial, vieja, descolorida y manchada. De esta manera va apareciendo, en su lugar, el nuevo cutis delicado que surge gradualmente de las capas inferiores para revelarse a la superficie. Esto es lo que se consigue con la cera mercolizada, que puede hallarse en cualquier farmacia. La cera procede con toda suavidad y sin ocasionar daño alguno al nuevo cutis, proporcionando a la tez un aspecto sonrosado y brillante, completamente distinto al que presenta una piel arreglada con afeites. Este es el método que debe seguirse para que una mujer pueda conservar su juventud.

Desaparición instantánea de los barrillos.

Un procedimiento muy sencillo, inofensivo y agradable, está ahora en uso para limpiar el rostro de puntos negros, librarlo de grasas y hacer que desaparezcan los anchos poros que lo afean. Basta con que eche usted una tableta de stymol, (de venta en todas las boticas) en un vaso de agua caliente y que se lave la cara con el líquido después que haya desaparecido la efervescencia que produce. Los puntos negros pigmentosos salen como por encanto de su nido y se confunden en la toalla; los poros se contraen y la grasa desaparece dejando un cutis liso, suave y fresco, libre de toda mancha. Pero a fin de que este rápido resultado se convierta en permanente, es preciso que repita usted el tratamiento varias veces, con intervalos de cuatro o cinco días.

Mejillas rosadas.

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas, no use nunca rouge, carmín, ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal que nadie puede apercibirse que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol. Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial, el rosado que produce el rubinol es de efectos encantadores.

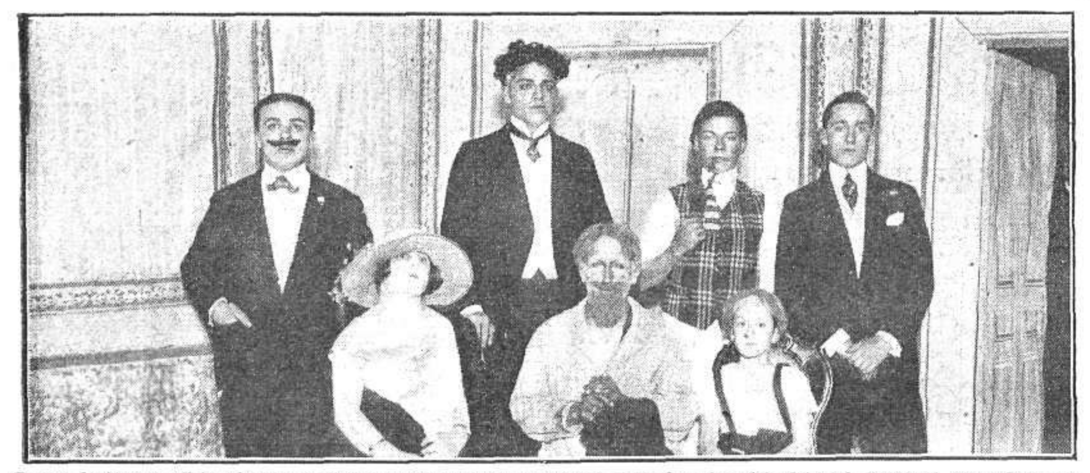
Un maravilloso shampoo.

Una amiga me escribe:

«He tenido una verdadera sorpresa sabiendo que esta señorita con el cabello tan bellamente aterciopelado, no se lo lava nunca con jabón o con polvos de shampoo artificial. Se hace ella misma su propio shampoo disolviendo una cucharadita de las de café llena de granulados stallax en una taza de agua caliente». «Yo le encargo el stallax a mi boticario — dice esta señorita — y él lo recibe en paquetes que vienen sellados, y solamente se venden así, conteniendo cada paquete cantidad suficiente como para hacerme de veinticinco a treinta lavados de cabeza. Es de tan rico olor el stallax, que muchas veces lo comería como si fuera una golosina.» «Ciertamente, y aun con esta extraña idea, el pelo de esta señorita se conserva tan hermoso; que desde este momento voy a probar en mí misma el efecto del plan.»

Para evitar el vello.

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.



Grupos de jóvenes aficionados que prestaron su concurso en el festival realizado a beneficio del Club Juventud Social Lomense

UNA DE LAS FLORES

La pastora de las canciones, la que, apenas quince años, platica con el pequeño ruiseñor del bosque, mientras los corderos y las ovejas pacen la hierba del castañal, se levantó del montecito donde estaba sentada, al ver venir a un noble cazador que descendía la colina. Y, tan jovencita, tan hermosa, ella tenía dos flores. El gentilhombre que cazaba en esos lugares le murmuró muy ardientes discursos; ella lo escuchó demudada. Nunca le habían dicho, con palabras tan tiernas, que ella vencía en blancura a la blancura de los toronjiles de la orilla y que sus ojos eran azules como las coronillas de los campos. Fué agitada por un temblor tan vivo que dejó caer la flor. ¿Cuál flor? La que tenía en la mano; la recogió muy de prisa. Y el joven señor, hallándola de su gusto, no cesó de hablarle. Luego la tomó por el talle, la besó en el cuello, la besó en los cabellos, conduciéndola hacia el fondo del bosque, donde la sombra es más profunda. La pequeña pastora estaba llena, a la vez, de placer y de espanto.

Ya en la noche, cuando volvió al cortijo del valle, inquieta y arrobada, con todo su tropel detrás de ella, había perdido la flor. ¿Cuál flor? ¿La rosa que tenía en la mano? ¡Oh, no; la otra! — CATULLE MENDES.

Ningún hombre debe avergonzarse al confesar que ha sufrido un error o que se ha apartado de lo justo. Al hacer tal confesión no hace sino demostrar que hoy tiene más cordura que ayer.

WILLIAM PENN.



CORRIENTES 1172-80

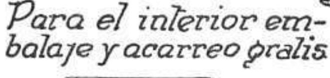
BUENOS - AIRES

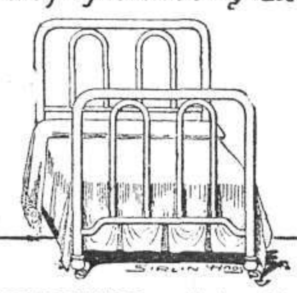
Extraordinarias rebajas de precios.

La demolición y reedificación de nuestros locales de venta nos obliga a reducir nuestro stock de MUEBLES; por cuyo motivo ofrecemos fuertes descuentos sobre los precios indicados en nuestro reciente catálogo general, edición N.º 9.



JUEGO DE DORMITORIO modelo 1099, construído en roble norteamericano, lunas biseladas, mármoles rosados, herrajes y aplicaciones de bronce cincelado. Compuesto de: 1 ropero amplio formato 3 cuerpos, 1 «toilette» cómoda, 2 mesas de luz, 1 cama matrimonial con elástico. El juego completo, antes $ 680.—, rebajado a .... $ **500.—**





CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, toda en hierro; 2 plazas, $ 45.—; 1 ½ plazas, $ 35.—; 1 plaza .... $ **25.—**

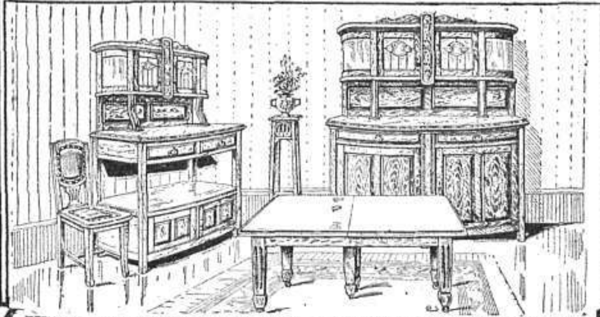


JUEGO DE MIMBRE modelo 1401, especial para campo; reforzado, en color natural. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas y 1 mesa. El juego completo, precio de réclame .... $ **38.—**



HELADERA importada, norteamericana, en roble finamente lustrado, de alta refrigeración; tamaños:

Nro. 303	— 105 × 54 × 37..	$	75.—
» 304	— 107 × 58 × 42..	»	85.—
» 305	— 110 × 60 × 44..	»	115.—



JUEGO DE COMEDOR de roble norteamericano, lustre claro u obscuro, estilo bombée. Compuesto de: 1 aparador de gran formato, cristales armados en bronce, 1 trinchante, 1 mesa con tabla de agregar y 6 sillas tapizadas con cuero búfalo; herrajes de bronce, mármoles de color rosado. El juego completo, antes $ 600.—, rebajado a .... $ **430.—**



GUARDARROPA en nogalina maciza, imit. roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes bronce; medidas: alto, 215 ctms., ancho, 143. Precio de gran réclame........ $ **85.—**

Catálogos:
- General de MUEBLES edic. N.º 9
- CAMAS de BRONCE " " N.º 2
- CAMAS de HIERRO esmalt. N.º 1
- JUEGOS de MIMBRE edic. N.º 3

Solicite catálogo del artículo que le interese

MOTIVOS DE LA SERRANIA

I *LA CABAÑA*

Tengo en graciosa ladera
una florida cabaña
que en alegría se baña
entre la brisa parlera.
Es, por la luz mañanera,
osculada en dulces veces,
y en la sazón de los meses
luce opulencia de galas,
que son los trinos, las alas
y la gloria de las mieses.

El balar de los ganados
le brinda música blanda;
las nubes le dan su banda
de los cielos purpurados
que se quiebran, desflorados
por saetazos de luz;
al anochecer, la Cruz
le llueve su bendición,
mientras salta en la extensión
el silbo del avestruz.

Así es como la cabaña
entre las lomas se pierde,
mimada del color verde
que con su gracia la baña.
Es el nido de montaña,
de remotos horizontes,
a donde vuela en tramontes
el alma que, conmovida,
sueña con hundir la vida
entre la paz de los montes.

II *EL TORO*

Con aires de gran señor
alguna vez llega el toro
imponiendo su decoro
en todo el alrededor,
erigido emperador
de los rústicos vergeles
donde atruenan los corceles
relinchando, las cuchillas,
y deslizan las chinchillas
la suavidad de sus pieles.

III *CABRAS Y TERNEROS*

Las cabras y los cabreros
andan en continuo afán,
siguiendo al nativo Pan
por bucólicos oteros,
en tanto que los terneros,
como niños cuadrumanos,
retozan gordos y ufanos,
galopando su alegría,
hasta que la luz del día
se aduerme en los altozanos.

IV *LA PASTORA*

Las ovejas bondadosas
ofrecen su tibia lana
a la pastora, la hermana
de tareas cuidadosas,
la de minucias mimosas,
la de las prolijas manos
que mandan a los alanos
y trabajan con paciencia,
y son la fiel providencia
de corderitos cristianos.

V *LOS PASTIZALES*

Los alegres pastizales
sinfonizan su verdura
y son gloria de Natura
y nido de los zorzales,
manjar de los orquestales
picos de las aves rientes,
verdura de las ardientes
horas del tropical día,
de las brisas armonía
y sueño de las vertientes.

VI *EL MISTERIO*

Sobre salvias y verbenas
el infinito parece
que suspendido se mece
en las horas más serenas,
sin encerrar otras penas
que las de no ser pequeño
para dormir blando sueño
en el trébol florecido,
o en el alero vestido
con trepadoras de ensueño.

Entonces toca Natura,
en intangible salterio,
las canciones del misterio
(de inenarrable dulzura);
que rebullen en la hondura
de las quiebras neblinosas
como raras mariposas
de alas inmateriales
que supieran los anales
y el origen de las cosas...

Sólo los brutos ignoran
la voz de lo misterioso,
el enigma portentoso
que las noches corroboran,
y cuerdamente devoran
sin cesar, los pastizales,
y rumian en los corrales
lentos, callados y solos,
mientras pían los chingolos
y *aleluyan* los zorzales.

CARLOS B. QUIROGA

El doctor Giaccobini dirigiendo la palabra a los vecinos que concurrieron al mitin organizado para protestar contra los abusos de la compañía concesionaria de las aguas corrientes y para solicitar del poder ejecutivo provincial la intervención que ponga fin a este ruidoso pleito.

AUTOMOVILES 1924

Buick

SU RESISTENCIA DIO AL BUICK PRESTIGIO MUNDIAL

UICK ha sido durante veinte años sinónimo de seguridad y resistencia en todos los países del mundo.

Su elegancia ha valido al Buick puesto sobresaliente en los paseos de las grandes ciudades. Su resistencia lo ha hecho el favorito de cuantos tienen que emprender largos viajes por malos caminos y en mal tiempo.

LOS MODELOS 1924 SE EXHIBEN EN EL VI SALON DEL AUTOMOVIL Y EN NUESTRO SALON DE VENTAS.

HENRY W. PEABODY & Cía.

Bartolomé Mitre, 1746. — Buenos Aires.

NUEVA YORK.
LONDRES.

TALLERES:
BOLIVAR, 1650.

EL CHICO DE CRIPTANA

El gobierno español acaba de realizar un acto que no tiene justificación posible. Telegráficamente ha destituído al gobernador de la provincia de Palencia, don Ramón Baillo.

¿Qué desmanes políticos, abusos de autoridad, o irregularidades administrativas ha cometido el mandatario palentino para merecer tan destemplada y violenta resolución por parte del gobierno liberal que regia los destinos españoles? El Sr. Baillo era un gobernador correcto; no ha vulnerado las leyes; no ha cohechado; sus enemigos políticos no han sido víctimas de ningún atropello; la policía a sus órdenes no ha metido en la cárcel a ningún elector del partido de la oposición. La ínsula palentina, en fin, era una arcadia bajo el mando paternal del joven gobernador — porque es joven, a pesar de esta paternal condición — y puede asegurarse que desde los tiempos de doña Urraca no hubo en tierras de Castilla quien como Baillo dominara, si no las complicadas ciencias del gobierno, aquel arte, no menos difícil, de mantener en máximo regocijo a sus súbditos.

El Sr. Baillo no fué destituído en forma fulminante por ser mal gobernador, sino por ser un excelente torero. Narremos los hechos para extraer luego de ellos algunas deducciones trascendentes. Pocos días hace celebróse en Palencia una magnífica corrida de toros. Como primer espada figuraba «El Chico de Criptana», pseudónimo, alias o apodo adoptado por el gobernador para sus funciones de lidiador. Toda Palencia estaba en la plaza.

Al frente de su cuadrilla apareció en el ruedo «El Chico de Criptana», o don Ramón Baillo, el gobernador. Su espléndido traje de luces refulgía bajo el sol de Castilla. Envuelto en oro, seda y lentejuelas, la gallarda y marchosa figura del gobernador no cedía en arrogancia y salero al propio Lagartijo, arquetipo de la elegancia taurina. La plaza estalló en una ovación. Los corazones del señorío femenil aceleraron sus palpitaciones, y lánguidas miradas, reflejo de repentina emoción, posáronse sobre el joven y luminoso mandatario de la provincia. ¡Cuánta razón tiene Shakespeare!: «El amor nace a primera vista...»

Comenzó la lidia. Y «El Chico de Criptana» realizó suertes maravillosas: verónicas, recortes, quites, faroles, pases naturales, en redondo y de pecho, una faena, en fin, digna de los grandes maestros. Por último, al tirarse a matar, lo hizo a volapié en todo lo alto, rodando fulminada la fiera sin necesidad de puntilla. El público se levantó en delirante ovación: «Olé por el señor gobernador! ¡La oreja! ¡la oreja! ¡Vaya riñones! ¡Viva El Chico de Criptana!...»

Al día siguiente la prensa local consagraba al nuevo torero loas que no alcanzaron Belmonte ni Joselito. Las crónicas reflejaban un entusiasmo que rayaba en locura. El torero eclipsaba al gobernador. «El Chico de Criptana» dejaba en obscura penumbra a don Ramón Baillo.

Pero en la primera sesión del Congreso, el señor Arroyo, diputado nacional por uno de los distritos de la provincia, pidió la palabra y leyó una de las crónicas de la corrida. La interpelación al gobierno causó gran regocijo en la Cámara. El Sr. Arroyo fué un río de elocuencia para condenar la conducta del gobernador. Y el ministro del Interior, o Gobernación, le destituyó por telégrafo.



El Sr. Baillo ha dirigido un comunicado a los diarios de la corte, que es una especie de manifiesto al país, justificando su conducta. «No quiero discutir — dice — si es o no lícito a una autoridad el divertirse honestamente fuera de los actos de su misión oficial ejercitando éste o el otro deporte; yo recuerdo los nombres de muy altas e ilustres personalidades que en Castilla y en Andalucía actuaron en tientas, becerradas, encerronas, derribo y acoso de reses bravas, etc., como otras matan sus ocios interviniendo en «matchs» de «football», de «tennis» o de polo; recuerdo que muchos de esos deportistas habían sido, y serán, embajadores, ministros, gobernadores, y otros actuaron siendo jefes en activo del ejército o de instituciones civiles, sin que por ello nadie les motejase y tratase de ponerlos en ridículo para provocar una sanción de sus jefes».

Luego explica el ex gobernador la razón de la denuncia del legislador Arroyo. Parece que en las pasadas elecciones de senadores, para que triunfara un amigo del diputado, propuso éste al gobernador que encarcelase a diversos opositores influyentes. Pero no hemos de seguir al Sr. Baillo en estos incidentes electorales. Su escrito termina así: «Satisfecho estoy de que en toda mi vida no haya encontrado el Sr. Arroyo otro acto que afearme que mi honesta diversión y mi afición a un deporte nacional que antes que yo ejercitaron muchas y muy ilustres y respetables personas. Ya no soy gobernador de Palencia; pero no salí del cargo por hechos deshonrosos».

¡Cierto, cierto! No ha salido por hechos deshonrosos sino todo lo contrario, por hechos heroicos, honrosísimos, por cultivar con arte y coraje el deporte nacional...



No está «El Chico de Criptana» o don Ramón Baillo muy fuerte en historia antigua, ni aun en los anales modernos, pues pudo invocar muchos antecedentes justificativos de la compatibilidad que siem-

pre hubo entre las funciones gobernantes y las aficiones taurinas. El Cid, por ejemplo, personaje político algo más importante que el ministro del Interior que ha destituído al Sr. Baillo, intervenía en las corridas y estoqueaba toros con singular arte y valor. César Borgia que, entre otras muchas cosas, fué obispo de Pamplona y arzobispo de Valencia, estoqueaba igualmente fieras cornúpetas en el patio del palacio pontificio para divertir a su padre, Alejandro VI, y a sus amigos. Un jefe de gobierno, Calomarde, dictó una ley estableciendo cursos de tauromaquia en Sevilla. Hallándose en Arganda el general Espartero, que fué regente del reino, dió su espada a un primer espada que había olvidado la suya, diciéndole, según cuenta Jalón: «Toma, muchacho; mátalo con mi espada, porque estoy viejo ya, que si no...» El mismo escritor relata que al encontrarse Romero Robledo en la estación de Córdoba con un obispo y con Lagartijo al mismo tiempo, saludó con mayor efusión al torero. Y como alguien le advirtiera la diferencia, el agudo político replicó al punto: «Obispos hago yo ciento de un plumazo, y Lagartijos no nace más que uno». Es verdad, como no hay más que un «Chico de Criptana».



Hallándose Isabel II en la plaza de Madrid, un torero realizó la suerte del salto de la garrocha. En aquel instante la reina se distrajo y no vió la hazaña. Quiso que la repitiera, aunque ello encierra gran peligro, pues el toro se resabia del primer engaño. Por complacer a la Augusta, el torero intentó de nuevo el salto; pero el toro, ya escarmentado, le enganchó y le acribilló a cornadas, dejándole muerto en la plaza. He ahí a una reina, la máxima autoridad de la nación, interviniendo, como soberana en la dirección de la lidia, que sólo corresponde al primer espada. Y nadie pensó en destronarla por ello, como se ha destronado al gobernador de Palencia.

Pero no hay necesidad de recurrir a tiempos pasados para justificar al Sr. Baillo. No hace mucho, en la anterior etapa liberal, Mazzantini fué nombrado gobernador de Guadalajara, la provincia donde mayor influencia ejerce el conde de Romanones. Y el célebre torero fué un excelente gobernador. Si Mazzantini ha podido convertirse de lidiador de toros en lidiador de hombres — que no otra cosa es un gobernador — ¿por qué el señor Baillo no ha de poder transformarse de lidiador de hombres en lidiador de toros?

Mucho se habla de incompatilibidad entre ambas funciones. Yo no la veo. En cambio la percibo entre el cargo de diputado o ministro y el de abogado o consejero de compañías anónimas, ferrocarriles, tranvías, luz, aguas, etc. ¿Por qué — valga de ejemplo — no ha de poder ser gobernador Firpo? ¿Sería inferior a don Marcos Juárez? ¿Qué incompatibilidad existe entre el box y la gobernación? Bastante mayor existe entre el cargo de senador y el de tramitador de concesiones en las oficinas de Tierras y Colonias.

Por último, el gobernador de Palencia desdoblaba su personalidad, siendo, alternativamente, el jefe de la provincia y «El Chico de Criptana». Y dió pruebas de gran espíritu democrático al someterse en la plaza a la sanción que sus habilidades de lidiador merecieran a sus súbditos. Aplaudido en el redondel, llevaba ya mucho ganado para tener éxito en el gobierno. Y así, lidiando a los toros, lidiaba a la vez a la buena gente palentina, que veía en «El Chico de Criptana» un gobernador como hay muchos y un torero como hay muy pocos...

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

DIBUJOS DE MACAYA



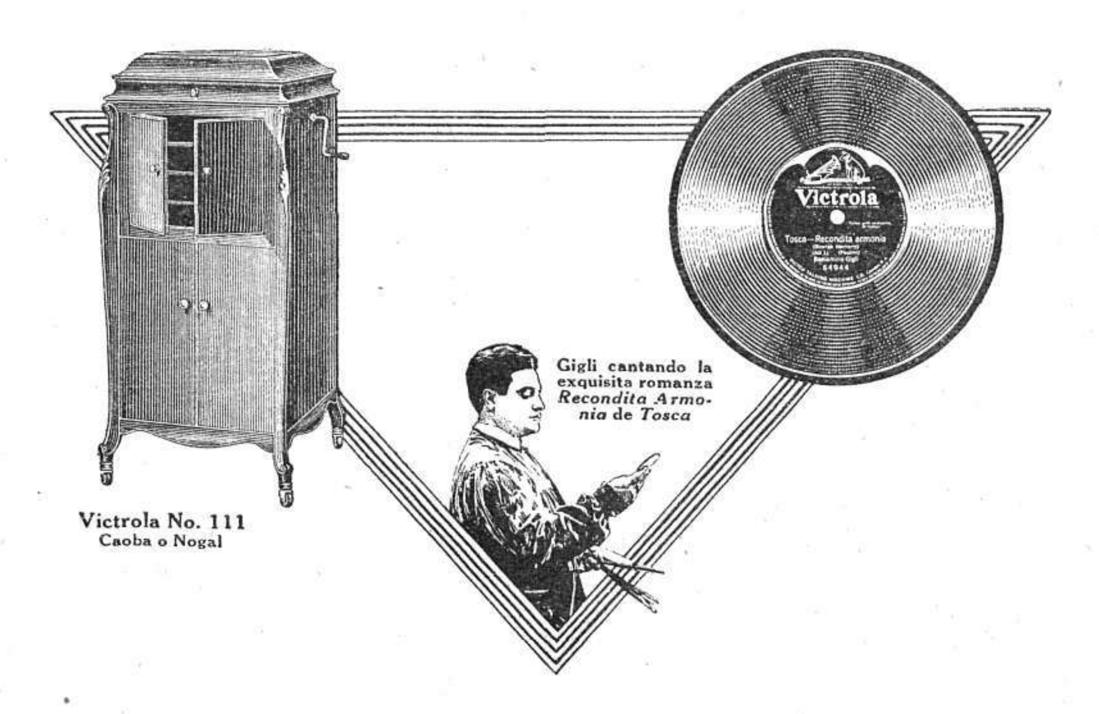

Señoritas y jóvenes que asistieron al baile familiar organizado por la comisión de fiestas de la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos en honor de un núcleo numeroso de asociados.

EL PROGRESO EN LOS TINTES

Durante la guerra, y después de ella, se ha dado gran atención en la Gran Bretaña a la cuestión de los tintes, habiéndose logrado mucho éxito. Una compañía británica, en la cual está interesado el gobierno, ha perfeccionado cierta clase especial de tintes relacionados con una calidad de seda artificial muy fuerte, producida también por una compañía británica. La fabricación de esta seda había sido impedida por la dificultad que se tenía de teñirla de matices fuertes; pero esta dificultad ha quedado vencida ahora. Los nuevos tintes se adhieren a la seda artificial, pero no tienen ningún efecto sobre el algodón; por lo tanto, en un paño en el que se hallen mezclados el algodón y la seda artificial, puede teñirse la seda de un color con el tinte nuevo y el algodón de otro color diferente, con el tinte ordinario. Además se vió que el color final de todo el paño podía modificarse mediante un tratamiento químico subsiguiente. Se espera obtener muy buenos resultados de este tratamiento.







Oiga a los grandes artistas como ellos mismos *quieren* que se les oiga.

Para gozar en toda su belleza de la interpretación original de una romanza cualquiera, óigala en Discos Victor ejecutados por la Victrola. Esta es la combinación aprobada y recomendada por los artistas que a mayor altura descuellan en los cielos de la lírica.

Antes de publicar un Disco Victor, éste debe ser ensayado y aprobado por el artista que lo ha impresionado. Identifique los instrumentos Victrola por las marcas de fábrica de la Victor — la palabra "Victrola", la popular figura del Perrito Victor y la conocida frase "La Voz del Amo".

Cualquier comerciante en artículos Victor gustosamente le enseñará los varios modelos de la Victrola, así como tocará en su obsequio la música que sea de su agrado.



BEG. U.S. PAT. OFF. MDE F. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Importante: Busque siempre estas marcas de fabrica debajo de la tapa y en las etiquetas

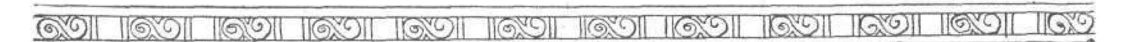
Victor Talking Machine Company, Camden, N.J. E.U. de A.

Revendedores Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.

UNICOS MAYORISTAS:

PRATT & Cía.
626, Sarmiento, 636 — Buenos Aires

DELLAZOPPA & MORIXE
Plaza Independencia, 733 — Montevideo



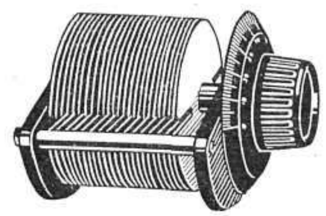
De San Isidro

Equipo del Club "San Isidro" que disputaron un interesantísimo partido de football con "Estudiantil Porteño", venciendo por 2 goals a 1.

Team del "Estudiantil Porteño" que, no obstante el entusiasmo con que actuó y el lucido juego desarrollado, resultó vencido.

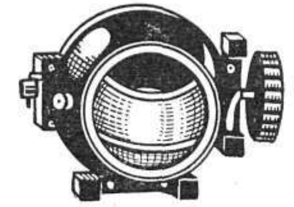
GRANDES OPORTUNIDADES

RADIOTELEFONIA



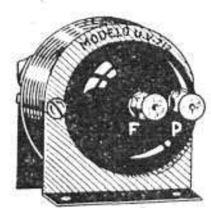
CONDENSADORES VARIABLES

Hart, de 43 placas.......... $ 12.90
Hart, de 23 placas.......... » 11.70
Hart, de 11 placas.......... » 9.80



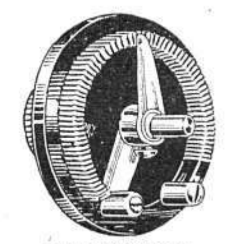
VARIOMETROS & VARIOCOUPLERS

Manhattan, de bakelite, especiales........................ $ 14.50
Construídos sobre madera, con bobinados de seda........ » 7.75



TRANSFORMADORES AMPLIFICADORES

Radiotrón, U. V. 712....... $ 19.35
Hart, «Numetc», 301....... » 14.—
Otras marcas de gran rendimiento, a $ 13.—, 11.— y » 9.—



REOSTATOS

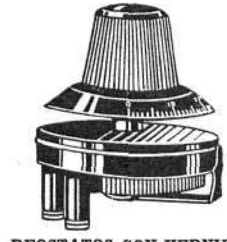
Hart, de bakelite............ $ 2.20
Murdock, con escala......... » 3.80
Hart, de 30 ohms............ » 3.90

Una Muestra de Nuestros Precios y Surtido.



Ofrecemos mercaderías de

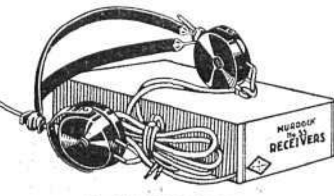
CALIDAD GARANTIDA



REOSTATOS CON VERNIER

Micrométricos, con dial...... $ 5.50
Con perilla, sin dial.......... » 4.20

En nuestro surtido encontrará cuanto precise para la construcción y aplicación de su ESTACION RECEPTORA o TRANSMISORA



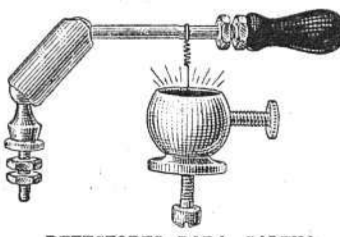
TELEFONOS

Murdock, de 3000 ohms..... $ 17.—
Murdock, de 2000 ohms..... » 15.—
Manhattan, de 4000 ohms, tipo Baldwin............... » 23.—
Manhattan, de 3000 ohms.... » 18.—
Manhattan, de 2000 ohms... » 16.—
Baldwin, «C», legítimo...... » 19.75

Contra giros se hacen envíos A TODAS PARTES.

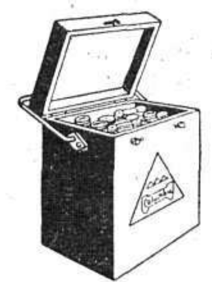
Soliciten nuestros catálogos y precios,

SE REMITEN GRATIS



DETECTORES PARA GALENA

De bronce.................... $ 0.95
Nikelados.................... » 1.50
Montados sobre ebonita...... » 5.50



ACUMULADORES "COLUMBIA"

4 y 6 volts, 50 amperes..... $ 37.—
4 y 6 volst, 85 amperes..... » 48.—



MANIJAS SELECTORAS

Hart, de $ 1.20 y............ $ 1.30
Dobles vías, especiales....... » 2.50



VALVULAS

Metal, francesa, legítima.... $ 6.—
Francesa, R. 5............. » 5.90
Philips, tipo francesa....... » 4.50
Philips, tipo Radiotrón..... » 7.20
Radiotrón, U. V. 200....... » 11.35
Radiotrón, U. V. 201...... » 14.40

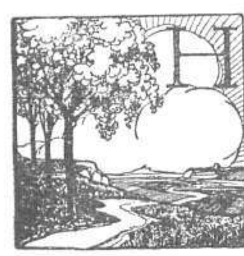
MAIPU, 669. B. MAGDALENA Bs. AIRES

IMPORTACION Y VENTA DE MERCADERIAS GENERALES PARA RADIOTELEFONIA Y ELECTRICIDAD

DE AMBIENTE PROVINCIANO

¡NO SE BAÑE, SEÑOR!...

0 0 0



HACE muy pocos días, me encontré con Julio Reyes, muchacho amigotísimo mio y de quien desde ocho años a la fecha no sabía una palabra.

Fuimos, desde niños, muy amigos, y ya medio hombrecitos — en el Colegio Nacional — ratificamos definitivamente esa amistad haciéndonos compañeros inseparables.

Terminado el bachillerato, él abandonó los estudios para irse a trabajar a una ciudad de provincia con no recuerdo qué puesto de escasa importancia. Desde entonces no nos vimos hasta el viernes pasado en que nos encontramos accidentalmente.

He tenido la alegría de comprobar que, a pesar de los muchos desastres y malos ratos que lo han afligido — según me lo ha referido, — conserva siempre su buen genio alegre y francachón y su tendencia al buen vestir, pareciéndome ahora quizá más cuidadoso que nunca del detalle. Presumo que está de novio.

Apenas le pregunté cómo le había ido, qué tal era su «destierro» y una serie de cosas al caso, me interrumpió y habló así:

«D. es una ciudad interesante y simpática, y créeme que a pesar de ser pequeña y poco adelantada la vida, en ella, se desliza más o menos agradablemente. Cuando llegué me ocurrió algo extraordinario.

Es bien sabido que, en las ciudades chicas, un forastero siempre llama la atención, y yo no he sido la excepción de la regla.

Por allí se estila concurrir a la plaza, a las «retretas». Lleno de curiosidad hacia mis nuevos conciudadanos, en cuanto supe que había una, allí estuve yo. A la primer vuelta que di, se cumplió la regla, llamé la atención. Algo más tarde se hacían comentarios y presunciones acerca de mi persona poco menos que en mi cara, lo que me ponía en la incómoda situación de sentirme mirado, comentado, quizá sospechado, seguramente criticado.

Cuando me retiré, ardía en deseos de saber qué se habría dicho o pensado de mí, y esta curiosidad aumentaba gradualmente en los días subsiguientes, cada vez que el hecho se repetía.

Poco a poco, con el pasar del tiempo, mis ocupaciones me fueron relacionando con una y otra persona, hasta que llegó un momento en que me conocía con «todo el mundo».

Y bien, a pesar de mi natural condición de ser amable y correcto con todos, a pesar de que mi apellido y mi familia eran bien conocidos como «distinguidos», a pesar de que nunca tuvo nadie pie ni razón para hablar mal de mí, en cuanta parte estaba, con cuanta persona hablaba, notaba un dejo de hostilidad, de fastidio hacia mí.

Inútil fué todo lo que hice por conocer la causa; pese a mis averiguaciones no llegué nunca a precisarla ni siquiera a sospecharla. Pero, como para todas las cosas llega, llegó para mí el día de la revelación y verás cómo.

Harto ya de la gente que me demostraba fastidio — sin que nunca se me diera la oportunidad de desquitarme haciéndoseme objeto de una provocación directa — resolví dedicarme por completo a mi trabajo y aislarme de todos, para vivir tranquilo.

Con esa decisión, mis paseos y distracciones se limitaban a ir de cuando en cuando a algún biógrafo o teatro, y, todos los domingos, sólo, en un coche, me iba a cualquier departamento vecino, donde me entretenía caminando, leyendo a la sombra de algún árbol o pensando en mil y mil cosas.

Uno de esos domingos, fuí a C., despaché mi coche y, después de dar una vuelta por la villita, me quedé en una hermosa avenida, poco menos que acostado sobre un banco, perfectamente abstraído y recordando «algo» que ahora me preocupa mucho más.

Al poco rato sentí la carrera precipitada de un caballo, y de inmediato pude ver a una chica, con gesto de terror en la cara, al notar que no pudiendo sofrenar al animal que montaba corría grave riesgo de ser despedida.

Darme cuenta de la situación y disponerme a contener al animal, fué todo uno y tuve tan buena suerte que a poco de intentarlo lo había logrado.

R. S., así se llamaba la infortunada amazona que había salvado, era una de mis más encarnizadas enemigas. Yo bien sabía que ella fué quien, con más empeño, me hacía fama de antipático, jactancioso, ridículo.

A poco de bajarse de su cabalgadura y cuando — toda turbada — había comenzado a agradecerme, llegó a nosotros — precipitadamente — su papá. Ella le refirió lo ocurrido, y el hombre, después de deshacerse en cumplidos y atenciones, ya a punto de irse y en una forma entre confidencial y de consejo, me dijo textualmente: «Vea, señor Reyes, yo sé que es usted un hombre correcto, que nada malo puede decirse en su contra, pero usted no ha caído en gracia en D, porque es demasiado escrupuloso... ¡Jamás se le ve con una manchita en la camisa!... ¡siempre su ropa está impecablemente limpia!... ¡no se preocupe de éstas cosas!... ¡báñese menos, señor!»

LUCIO MACHADO DONCEL

MALTA URANO IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO

El 15 de Febrero 1922 se presentó, espontáneamente, en nuestra casa, el señor José Fiorillo, Giribone, 70, Capital, y manifestó lo siguiente:

"Mi hija, actualmente de veinte años, se encuentra debilitada desde hace diez, a consecuencia de una fiebre tifoidea y una infección intestinal. Este año, resolví enviarla a Termas de Cacheuta, y en el deseo de tonificarla probó maltas de distintas marcas, sin resultado positivo alguno. Por indicación del médico del establecimiento, probó la MALTA URANO IMPORTADA, la cual le ha sentado tan bien, que tengo el mayor placer en comunicarlo a Vds. y pedirles le envíen en seguida 30 botellas".

Venta en los almacenes y farmacias.

Si encuentra dificultad para adquirirla, diríjase a sus únicos importadores.

1170, Bmé. MITRE, 1174

TELEFONOS:
Unión Telef., Rivadavia, 1990
Cooperativa Telef., Central, 133



VISITA DE LA MISION UNIVERSITARIA DE GENOVA A LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA. — En la Facultad de Química, con el decano doctor Abel Sánchez Díaz; consejero ingeniero Besio Moreno y un grupo de profesores y alumnos.


Victor
APARECIO
"MI SOL"
EL SHIMMY DE MODA
hermosa composición musical, llena de encanto y de poesía a cuyos ritmos delicados e irresistibles este año se bailará en la ciudad, en el campo, en la playa, en las sierras y en todo lugar donde reine la alegría del vivir.
Disco doble VICTOR de 25 centímetros, $ 3.— cada uno.
77021 (MY SUN "Mi Sol". Shimmy. Orquesta Fresedo. (Almagro. Tango. Orquesta Fresedo.
OTRAS NOVEDADES VICTOR RECIEN APARECIDAS
Discos dobles de 25 centímetros, $ 3.— cada uno.
77024 (Tacuarembó. Tango. Orquesta Fresedo. (Penas de amor. Tango. Orquesta Fresedo.
73995 (Piropos. Tango. Orquesta Cobian. (Virginia. Tango. Orquesta Cobian.
77022 (Los Pícaros. Tango. Orquesta Cobian. (Mujer. Tango. Orquesta Cobian.
77057 (Vida Amarga. Tango. Orquesta Flores. (El buen hombre. Tango. Orquesta Flores.
77058 (Pajarraco. Tango. Orquesta Flores. (Siga la Huella. Tango. Orquesta Flores.
Dúo de guitarras por los profesores Aguilar y Maciel.
77056 (Aires Criollos. «La Porteñita» y «Recuerdos». (Aires Criollos. «Triunfo Campero» y «Serrana».
Cantados por el popular y genial Dúo Criollo VEGA-DIAZ, con acompañamiento de guitarras.
77023 (Del Pasado. (Mi Tucumana.
77055 (Te quiero mucho. (Puntana por qué te fuiste.
Visite nuestro departamento VICTOR o solicite catálogo de Discos y Victrolas.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO 979 - BUENOS AIRES
HIS MASTER'S VOICE

CONVERSÁBAMOS, junto a una mesa de café, varios amigos. Terminaba de narrarnos Diego una historia amorosa más o menos verosímil, donde él había tenido ocasión de lucirse donjuanescamente. Fué siempre Diego un poquito pedante como todos los donjuanes de las leyendas, pero, para matar una media hora de tertulia de café, no estaba del todo mal contando sus historias. Vicente, otro del grupo, para subrayar, seguramente, las exageraciones de Diego, nos contó lo siguiente:

— Una tarde abandoné *mi escritorio*, como de costumbre, con la mayor tranquilidad de espíritu. Caminé las cuatro cuadras que median desde él a la calle Corrientes, donde tomo el tranvía para casa, sin novedad, pero al llegar, o poco antes, me acuerdo de un reiterado encargo de Juliana: «A ver si hoy también te olvidas de traerme unos merengues», y eché a andar por Corrientes, calle arriba, en busca de una pastelería donde hacen unos merengues muy recomendables que se venden a un precio muy barato...

«¿Fué al llegar a la esquina de Esmeralda o a la de Suipacha? No lo sé. Lo cierto es que en una de esas bocacalles me detuvo un instante el gentío habitual en los oscureceres, y pasó a mi lado empujándome, mejor dicho, presionándome suavemente con un par de pechos magníficos, una mujer... Vestía con elegancia y vista de atrás era un soberbio ejemplar de la especie: alta, carnuda sin llegar a ser gruesa, con unas «caderas rítmicas»... Apresuré el paso, tropezé con algunos, me adelanté a ella, y cuando, en la otra esquina, tornó a pasar a mi lado, la ví de frente. ¡Hermosa! ¡Hermosa! La cara alargada, blanca, con unos ojos regularmente grandes y brillantes, los labios gordezuelos, suavemente enrojecidos, como las mejillas...

«Quedé un instante sorprendido, admirado, ¡confieso que ninguna mujer me ha hecho este efecto arrebatador, fulminante, casi inexplicable!... Pero reaccioné en seguida por temor de perderla entre la muchedumbre, y, apretando el paso, procuré seguirla, discretamente, a sólo unos metros de distancia.

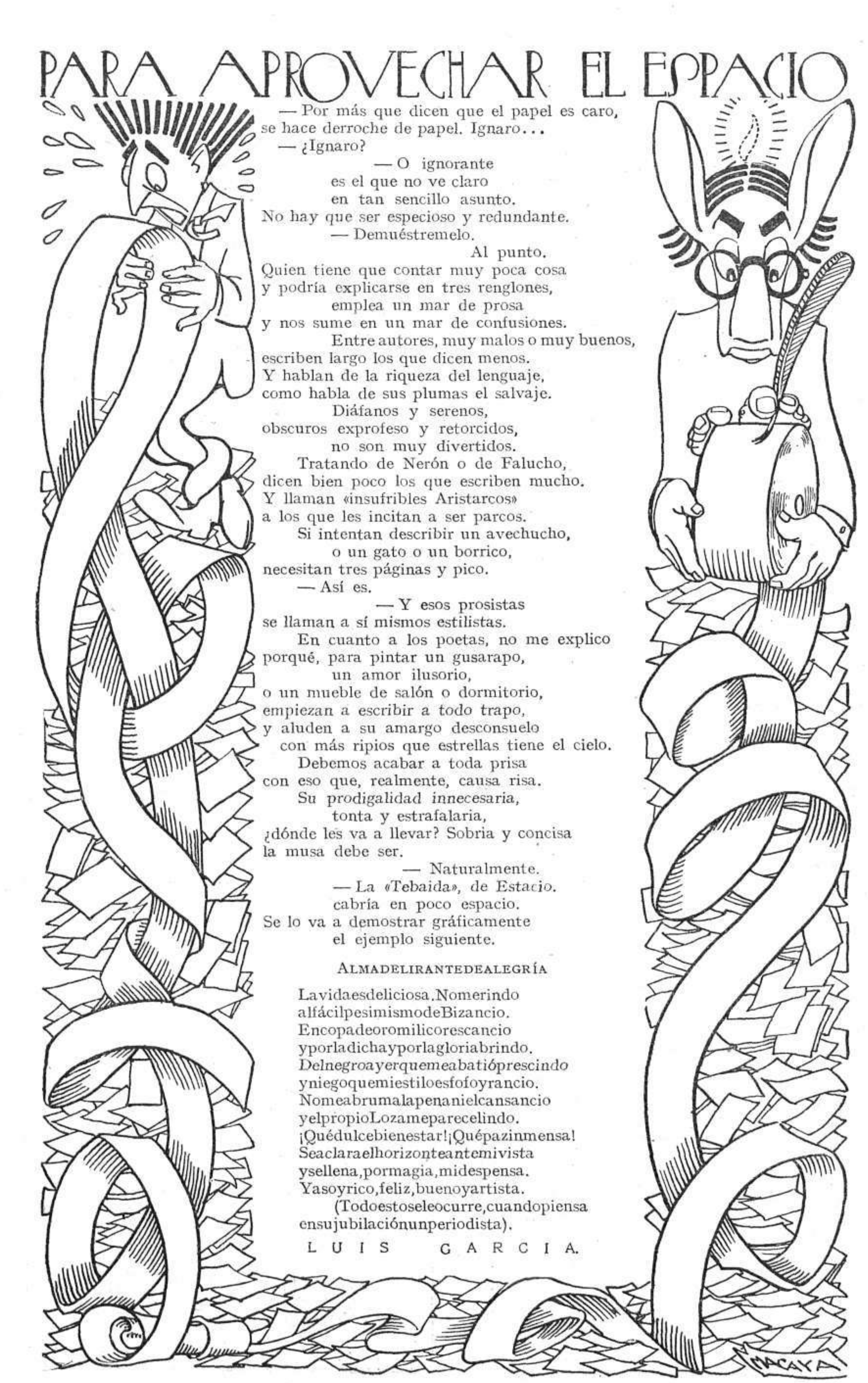
«A la cuadra, mi bella conquistadora se introdujo en una tienda. Esperé a que saliera no sé cuantos minutos, acaso una media horita. Por fin volví a distinguirla entre un grupo de personas que giraba, orientándose, en aquella esquina. Seguíla varias cuadras, admirando sus espaldas, sus rítmicos movimientos al andar, sus zapatos, bien llenitos, de donde arrancaban soberbias pantorrillas que iba yo viendo y adivinando entre el «tapa y destapa» del ruedo de la corta falda... Hasta que mi bella desconocida entró en otra casa de comercio, y yo, a pie firme, me dispuse a esperarla, sin pensar más que en ella, pero de manera inconcreta, difusa, que no he podido explicarme a mí mismo. Porque ¿para qué seguía yo a aquella mujer desconocida? Quizá pudiera conformarme, diciéndome que para admirarla... Sin embargo, en aquellos momentos, más que admiración debiera decir que sentía sed de verla. Me desasosegaba el pensar que de un momento a otro saldría por aquella puerta por donde había entrado, y echaría a andar nuevamente, no sabía si calle arriba o calle abajo, hacia el sur o hacia el norte, con rumbo tan desconocido para mí como su vida, como su nombre, como sus ojos... Vida, nombre, ojos, que no me preocupaba conocer, pues estaba seguro de que no intentaría hablarla ni ponerme en el trance de averiguarlo por terceras personas...

«Apareció una vez más, por donde desapareciera, magnífica. ¡Les digo a Vds. que estaba magnífica bajo el raudal de luz de aquella puerta!...

«Durante un segundo posó su mirada sobre la muda admiración que me tenía sujeto a su lado, temeroso de perderla entre el trajín callejero... ¿Qué pensaba, qué quería yo en aquel fugaz instante? ¡Nada!... Ella estuvo un buen rato en la acera. Llegó un tranvía. Hizo una seña. Subió... Volvió el eléctrico a ponerse en marcha... La vi, rapidísimamente, cuando caminaba por el pasadizo del coche buscando donde sentarse, y nada más... No se me ocurrió treparme a mi vez en el tranvía, continuar aquella persecución de más de una hora, averiguar — por diez centavos — dónde vivía... ¿Para qué?... Desanduve lo andado y me fuí en busca de la pastelería donde mercar los merengues de que es golosa mi buena Juliana. Eso es todo...»

Los que rodeaban la mesa, especialmente Diego, motejaron aquella *aventura* de Vicente de absurda y de tonta. Creo que fuí yo el único que la comprendí, y disponíame a narrar otra muy parecida cuando reflexioné y permanecí callado, pues «estas cosas» no pueden nunca explicarse, ni con mediano éxito, en una rueda de amigos que sorben tranquilamente su café...

Para todos la actitud de Vicente era ilógica, y menudearon las pullas... Entre tanto yo recordé que una tarde veraniega, hace ya muchos años, en una bocacalle, hallé una mujer admirable. Le seguí los pasos no más de una cuadra. Ella entró no sé donde. Yo seguí andando, distraídamente... No he vuelto nunca más a verla. Acaso se haya ido, acaso se haya muerto... Hace ya algunos años y no la ví más que un momento... y sin embargo la conservo tan clara, tan nítida, tan perfecta en mi memoria que me siento capaz de reconocerla entre diez mil...



PARA APROVECHAR EL ESPACIO

— Por más que dicen que el papel es caro,
se hace derroche de papel. Ignaro...
— ¿Ignaro?
— O ignorante
es el que no ve claro
en tan sencillo asunto.
No hay que ser especioso y redundante.
— Demuéstremelo.
Al punto.
Quien tiene que contar muy poca cosa
y podría explicarse en tres renglones,
emplea un mar de prosa
y nos sume en un mar de confusiones.
Entre autores, muy malos o muy buenos,
escriben largo los que dicen menos.
Y hablan de la riqueza del lenguaje,
como habla de sus plumas el salvaje.
Diáfanos y serenos,
obscuros exprofeso y retorcidos,
no son muy divertidos.
Tratando de Nerón o de Falucho,
dicen bien poco los que escriben mucho.
Y llaman «insufribles Aristarcos»
a los que les incitan a ser parcos.
Si intentan describir un avechucho,
o un gato o un borrico,
necesitan tres páginas y pico.
— Así es.
— Y esos prosistas
se llaman a sí mismos estilistas.
En cuanto a los poetas, no me explico
porqué, para pintar un gusarapo,
un amor ilusorio,
o un mueble de salón o dormitorio,
empiezan a escribir a *todo trapo*,
y aluden a su amargo desconsuelo
con más ripios que estrellas tiene el cielo.
Debemos acabar a toda prisa
con eso que, realmente, causa risa.
Su *prodigalidad innecesaria,*
tonta y estrafalaria,
¿dónde les va a llevar? Sobria y concisa
la musa debe ser.
— Naturalmente.
— La «*Tebaida*», de Estacio.
cabría en poco espacio.
Se lo va a demostrar gráficamente
el ejemplo siguiente.

ALMADELIRANTEDEALEGRÍA

Lavidaesdeliciosa.Nomerindo
alfácilpesimismodeBizancio.
Encopadeoromilicorescancio
yporladichayporlagloriabrindo.
Delnegroayerquemeabatióprescindo
yniegoquemiestiloesfofoyrancio.
Nomeabrumalapenanielcansancio
yelpropioLozameparecelindo.
¡Quédulcebienestar!¡Quépazinmensa!
Seaclaraelhorizonteantemivista
ysellena,pormagia,midespensa.
Yasoyrico,feliz,buenoyartista.
(Todoestoseleocurre,cuandopiensa
ensujubilaciónunperiodista).

L U I S G A R C I A.



Cuadro alegórico integrado por distinguidas señoritas y jóvenes de esta localidad, que prestaron su desinteresado concurso, para el feliz éxito del festival organizado últimamente por la Sociedad Española de Socorros Mutuos.


Granja Blanca
Dulce Crema de Leche
José Julio Palma y Hnos
Buenos Aires
Dulce
Crema de Leche
"GRANJA BLANCA"
El postre ideal
de los
niños
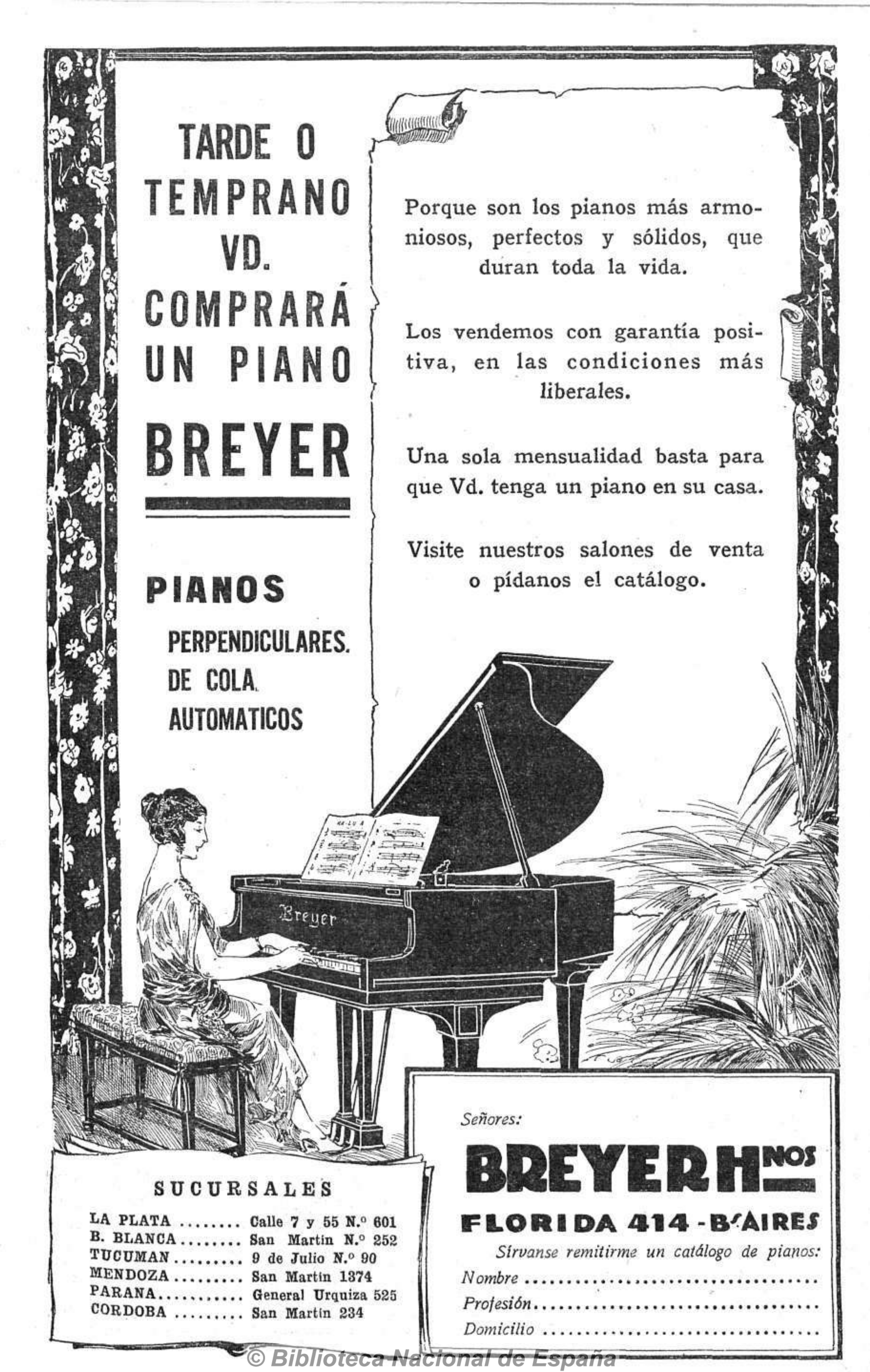


Grupo de señoritas y jóvenes que tomaron parte en la velada teatral realizada a beneficio de la biblioteca del Centro Empleados de Comercio.

UN ARDID INGENIOSO

Decíase de un papa, que tenía una viña en su escudo de armas, que se portaba muy mal con un príncipe a quien debía su riqueza.

Con ese motivo apareció en Roma un pasquín que decía: «Plantavi vineam, et fecit labruscum» (Planté la viña y no produjo sino uvas silvestres). Enojado el papa, ofreció una recompensa a quien descubriese al autor de la sátira, y al día siguiente apareció en el sitio mismo del pasquín: «Isaías, capítulo 40».


TARDE O TEMPRANO VD. COMPRARÁ UN PIANO
BREYER
PIANOS
PERPENDICULARES.
DE COLA.
AUTOMATICOS
Porque son los pianos más armoniosos, perfectos y sólidos, que duran toda la vida.
Los vendemos con garantía positiva, en las condiciones más liberales.
Una sola mensualidad basta para que Vd. tenga un piano en su casa.
Visite nuestros salones de venta o pídanos el catálogo.
Breyer
SUCURSALES
LA PLATA .... Calle 7 y 55 N.° 601
B. BLANCA .... San Martin N.° 252
TUCUMAN .... 9 de Julio N.° 90
MENDOZA .... San Martin 1374
PARANA........... General Urquiza 525
CORDOBA .... San Martin 234
Señores:
BREYER Hnos
FLORIDA 414 - B.s AIRES
Sirvanse remitirme un catálogo de pianos:
Nombre ....
Profesión..................................
Domicilio ....



Nos hemos acostumbrado a oir, mil veces repetida — en determinado círculo, por supuesto, — la frasecita aquella de «la vida en Buenos Aires *es un opio*; no hay donde ir, ni *cómo* divertirse...»

Y bien, amigas mias: no sé si llegará a caer en desuso la decantada frasecita... pero el hecho es que los elementos más brillantes de nuestra vida mundana, los *snobs* más refinados, están fatigadísimos de tanto divertirse... o por lo menos ese es el pretexto que han hallado para no responder a ciertas señaladas invitaciones...

Aseguran las crónicas nuestras — no las oficiales, que muchas veces han de hallarse en el compromiso de transfigurar la triste realidad, — que la alta sociedad porteña suele olvidar aquella su tradicional cortesía, lo que es imperdonable, en verdad, cuando se trata de aceptar invitaciones hechas por personalidades eminentes y cuyo carácter especialísimo les impondría señalada preferencia...

Así hemos podido contemplar recientemente — y con profunda desazón — una escena que hizo surgir en mi memoria alguna de aquellas páginas del amigo inolvidable de nuestros primeros años: el mago Perrault...

El cuadro era realmente deslumbrador al pasar el dintel de la mansión suntuosa... Entonces pudimos evocar el feérico recinto de la leyenda, aquel palacio iluminado en el que vibrara solamente la melodía de una invisible orquesta pero en el que no se percibía el eco de voz alguna... Y así recorríamos los salones en que se admiraban flores maravillosas, hasta llegar a la sala del festín — que diría el buen Perrault — cubierta la mesa con vajilla digna de una casa soberana; los criados, rígidos y silenciosos, alineados como se estila en palaciegas recepciones...

Desde las diez de la noche los eminentes personajes que ofrecían la fiesta se hallaban en el hall esperando, a sus invitados. La aristocrática mansión es en verdad un cuadro de suntuosidad deslumbradora; sin embargo hay quien susurra muy bajito — acaba de llegar el primer grupo de *snobs* — que, a pesar de las ráfagas de armonía de la invisible orquesta, podríamos creernos en el palacio del silencio... A las doce, hora clásica de las apariciones, se cuenta con un reducido aunque muy elegante círculo; a la una y media más o menos llegan recién, *para hacer acto de presencia*, algunas de nuestras más brillantes aves del paraíso...

En cambio, cuando el brillante círculo mundano, aquel *qui fait la pluie et le beau temps* en la alta sociedad porteña, decide divertirse — de acuerdo con el más decidido modernismo, — *Monsieur Potin* tiene tema para rato... Así repite y comenta con delicia las travesuras de ciertas atrayentes figuritas femeninas, muy jóvenes por dierto, invitadas a una brillante fiesta que fuera ofrecida en una de nuestras más señoriles residencias. Cuentan que la travesura tuvo su analogía con las escenas burlescas de algún *film* americano... Posiblemente las figuritas confundieron la alegría de buena ley con extravagancias de cinema... El hecho es que tales expansiones han sido censuradas con severidad. Por mi parte he sufrido una impresión realmente penosa al oir asegurar a una prestigiosa personalidad femenina, gran dama *jusqu'au bout des ongles*, que la ha sorprendido de manera tal la exagerada liberalidad de algunas de las jóvenes figuras que creía que se vería obligada a desistir del propósito que tenía de ofrecer una serie de recepciones en la presente temporada...

En otros tiempos — me refiero a crónicas de veinte o treinta años atrás — era un grupo de jóvenes atolondrados el que solía inventar ese género de travesuras, no siempre del mejor gusto... pero nunca pudimos sospechar que aristocráticas y agasajadas figuritas femeninas, aquellas justamente que debieran ser en todo momento alto ejemplo de cultura, olvidaran ni un instante el señorío de su rango...

Pero no he de terminar la crónica de hoy, lectoras mías, sin reflejar — por lo menos quisiera tener el don de hacerlo — una impresión de noble serenidad, de distinción exquisita... Entre las distintas e interesantes manifestaciones de nuestra vida mundana, tan febril a veces, debe anotarse, como una nota extraordinaria, el homenaje tributado por lo más representativo de la vieja sociedad porteña al anciano venerable que ha vivido casi un siglo de nuestra historia: a don Carlos Lumb, el cultísimo y gallardo gentleman que evoca hoy con encantadora sencillez el recuerdo de las más ilustres figuras de nuestra prodigiosa evolución...

Su serena ancianidad, que sabe irradiar en su derredor esa sana alegría que nos hace amar la vida, constituye el más alto ejemplo de una existencia llena de nobleza e hidalguía. Y fué una nota de singular interés, lo repito, oirle evocar las escenas vividas en el ambiente de la casona colonial, alhajada con el esplendor de la época, para recibir con los honores debidos a su rango al ilustre lord Howden en el cuadro de refinada elegancia de ese *home* moderno, en el que aristocráticas manos femeninas han reunido con la más exquisita armonía los recuerdos del pasado, verdaderos tesoros de arte y de belleza...

La dama duende.

Buenos Aires, octubre 24 de 1923.

Señorita CARMEN PIÑERO



Culta y distinguida dama, cuya vida fué un ejemplo de virtudes caritativas y de bondades infinitas. Su deceso ha sido hondamente sentido en nuestra sociedad, de la que era una figura de destacado relieve.

Whisky viejo en botella nueva

La nueva botella Peter Dawson le dijo a la antigua: —Bueno vieja, tú has llevado gran número de buenas cosechas; ahora es mi turno.

La botella vieja miró despectivamente las deformaciones de la recién llegada, y dijo: —En efecto he tenido una larga actuación, pero ¿a qué responde el cambio?

— A que tu estructura se presta fácilmente a las falsificaciones. Comerciantes poco escrupulososos te han adherido etiquetas falsificadas haciendo pasar así como Peter Dawson un whisky de calidad inferior.





PETER DAWSON
Scotch Whisky

La insuperable calidad que ha hecho distinguible de todos los demás al Whisky Peter Dawson es independiente del envase, y tanto las botellas nuevas como las viejas contienen el mismo Whisky, en calidad y en pureza. Solamente la botella ha sido cambiada, y eso por muy serias razones.

Cuando le presenten esta nueva botella Vd. puede estar seguro que toma un Whisky genuinamente viejo, elaborado y conservado en madera por Peter Dawson.

Nuestra enorme fabricación

Puerta para cocina
Nº 22

de cedro

nos permite vender sólidas

PUERTAS y VENTANAS de CEDRO

de calidad indiscutible y duración indefinida, a precios más económicos que las de madera inferior.

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo: 1, 2, 3, 4, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 35, 36, 47, 48, 51, 52.

SOLICITE CATALOGO

Ventana Nº 17



Puerta N.º 22

De 200 x 0.70 cada una ...... $ 47.—
De 1.80 x 0.70 cada una ...... $ 45.—

Ventana N.º 17

De 1.00 x 060 cada una ...... $ 26.—
De 0.80 x 0.55 cada una...... $ 24.—
De 0.60 x 0.40 cada una ...... $ 19.—

Acordamos **5 %** de descuento.

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

TORTOSA Hnos

Escritorio: **Charcas 2941** - Buenos Aires



Una distinguida dama ha dicho que para gustar en toda su amplitud la marcada excelencia del

Oporto DOM LUIZ

se requiere una fina percepción de paladar.

Ello es cierto, pero también es verdad que con la abundante riqueza de su peculiar sabor, se prodiga y se revela al menos competente captador.

Pedirlo a los proveedores expresando claramente:

Oporto DOM LUIZ

BUENOS AIRES, 10 DE NOVIEMBRE DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1310



Doctor Manuel Carlés, por la Liga Patriótica Argentina. — Doctor José Arce, por la Universidad Nacional de Buenos Aires. — Doctor Antonio Sagarna, ministro de I. Pública, en nombre del P. E. — Doctor Carlos F. Melo, por la Comisión Nacional de Homenaje. — I. Carlos C. Reissig, en nombre de la Embajada norteamericana.

EXEQUIAS DE D. ESTANISLAO S. ZEBALLOS

Grandioso tributo rendido por el Gobierno, la sociedad y el pueblo al gran ciudadano.

Aspecto que presentaba la enorme multitud formando el cortejo fúnebre de los restos mortales del ilustre estadista, manifestación de duelo encabezada por las autoridades y por representaciones de todas las fuerzas vivas de *la nación, al llegar a la* necrópolis del Norte después de haberse celebrado en la iglesia metropolitana, con solemne ceremonial y con asistencia del Presidente de la República, miembros del Ejecutivo y diplomáticos una misa de «requiem» por el eterno descanso del extinto.

Fotos de Vargas y Bell.



Fiesta de la Danza

"La Dama antigua", interpretada por la niña Edith Ezcurra.

Señoritas M. A. Bahamonde, D. Rusca, L. M. Donin, M. Bideleux y la solista Biyina Klappenbach en la danza Loreley

Artístico grupo de niñas que tomaron parte en el Minuet Sevres del brillante festival que se celebró a beneficio de los Asilos Colegios de Belgrano y que constituyó uno de los más atrayentes números de "La Fiesta de la Danza" celebrada en el teatro Coliseo.

Niña Nelly Bunge en su papel de "Pas Seul"

Sociedad Patriótica de Reunión de

damas americanas beneficencia



Grupo de señoras norteamericanas sorprendidas jugando al "bridge" en el festival dado por la esposa del Encargado de Negocios del Japón a beneficio de la Sociedad.



La señora de Sawada, en cuyo domicilio de la Legación japonesa se sirvió el "bridge-tea" en obsequio de las damas que forman el comité organizador del "Bazaar" que se realizará en el teatro Cervantes



Tres damas a las que la cámara fotográfica interrumpe unos momentos con las cartas en la mano en el curso de una interesante partida.

En el Círculo de la Prensa



Escritores y artistas que asistieron al festival ofrecido por la Editorial Babel en obsequio de los literatos que han editado sus obras en los talleres de dicha empresa nacional.

Patronato Español



La presidenta de la comisión de festejos de la institución, distinguidas damas y destacados caballeros que fueron invitados a la primera fiesta primaveral verificada en la Sociedad Rural.

Elecciones en la Facultad de Medicina



El decano de la Facultad presidiendo el acto de la votación en el comicio de estudiantes, resultando elegidos, según el nuevo Estatuto, el doctor Rodolfo Rophille y el señor Felipe J. Basavilbaso.



El doctor Julio Iribarne en la mesa de profesores, en la que resultaron electos los doctores Ciro Durante Avellanal, Alberto Peralta Ramos, Bernardo A. Houssay, Eliseo V. Segura, Maximiliano Aberastury, Pedro Belou y Mamerto Acuña.

Festival danzante de beneficencia



El general Martínez Urquiza y un grupo de familias pertenecientes a la Asociación General La Madrid que se reunieron en el Savoy Hotel en una fiesta social para allegar fondos a la obra que sostienen, obteniendo provechosos resultados.

En el Club Escandinavo de Buenos Aires



Familias de la colectividad sueca que celebraron con un banquete y un baile el casamiento del príncipe heredero Gustavo Adolfo de Suecia y el 25.º aniversario de la fundación de la sociedad, velada que adquirió considerables proporciones de lucimiento.

Federación de Sociedades católicas



La esposa del ministro de Relaciones Exteriores, doña Dalmira Cantilo, rodeada de las empleadas de la Sociedad Blanca de Castilla que la obsequiaron con un "bouquet" en su quinta de Bella Vista donde se celebró la fiesta pro-federación.

EN EL HIPODROMO ARGENTINO

El Gran Premio Carlos Pellegrini

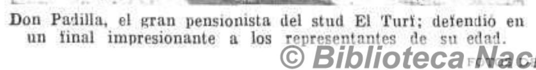
Animada vista de las tribunas oficiales desde las que la numerosa y distinguida concurrencia sigue con marcada ansiedad una de las fases más emocionantes del último de los grandes clásicos de la actual temporada.





Interesantes instantáneas en que se advierten grupos de conocidas personalidades y familias durante la reunión social en la "pelouse". La magnífica tarde prestó un hermoso concurso a la fiesta, cuyo lucimiento recordó en todo momento a las de mayores proporciones efectuadas en el aristocrático circo de Palermo.





Don Padilla, el gran pensionista del stud El Turf; defendió en un final impresionante a los representantes de su edad.



Movedizo, el excelente potrillo, hijo de Saint Wolf, que hizo puesta en la carrera, marcando el tiempo "record" de 3' 8" 3 5.

CONCURSO LITERARIO NACIONAL


Arturo Capdevila, 2.° premio por su obra "La Fiesta del mundo".


Doctor Gustavo Martínez Zuviría, 2.° premio por sus novelas "El vengador" y "El amor vencido"


Don Juan Carlos Dávalos, 2.° premio por su libro "El viento blanco."


Doctor Octavio González Roura, por sus "Comentarios al Código Penal", 2.° premio.


Doctor Carlos C. Malagarriga, 2.° premio por sus "Comentarios al Código de Comercio".


Doctor Ricardo Rojas, primer premio por su "Historia de la Literatura Argentina" en cuatro volúmenes.


Arturo Cancela, 3er. premio por su libro "Tres relatos porteños".


Roberto Gache, 3er. premio por su obra "Baile y Filosofía".


Don Ezequiel Martínez Estrada, 3er. premio por su volumen "Nefelibal".

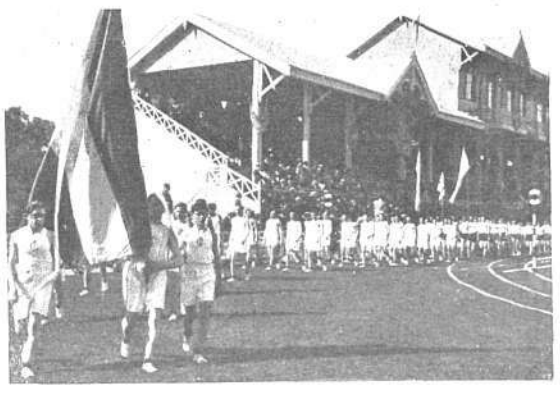

Don Arturo Costa Alvarez, 3er. premio por su obra "Nuestra Lengua".

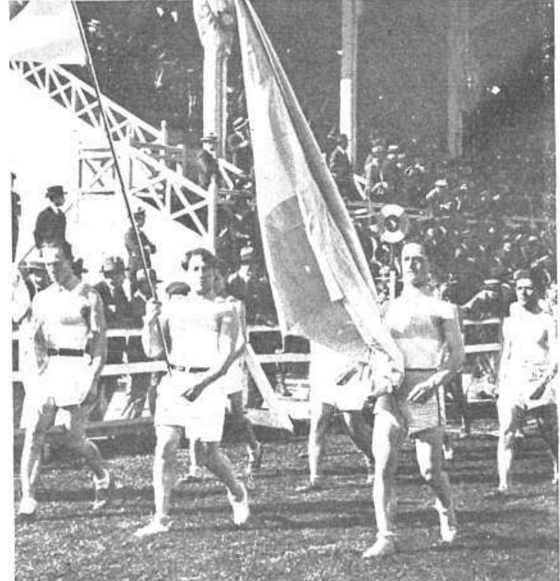

Don G. F. Rodríguez, 3er. premio por su obra "Contribución histórica documental".

El Jurado, compuesto por los señores Mario Sáenz, Juan Alvarez, Tomás R. Cullen, Ricardo Monner Sans y Félix Martín Herrera, después de un detenido estudio de las numerosas obras presentadas al Concurso, adjudicó el primer premio de $ 30.000, por unanimidad, al notable escritor doctor Rojas, distribuyendo el segundo y tercero de $ 20.000 y $ 10.000, por partes iguales, entre los literatos cuyas fotografías publicamos.

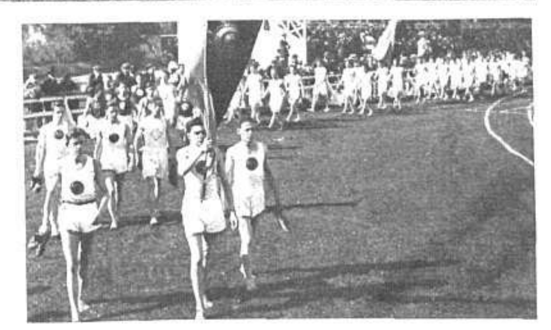
INAUGURACION DEL CUARTO TORNEO ATLETICO MUNICIPAL

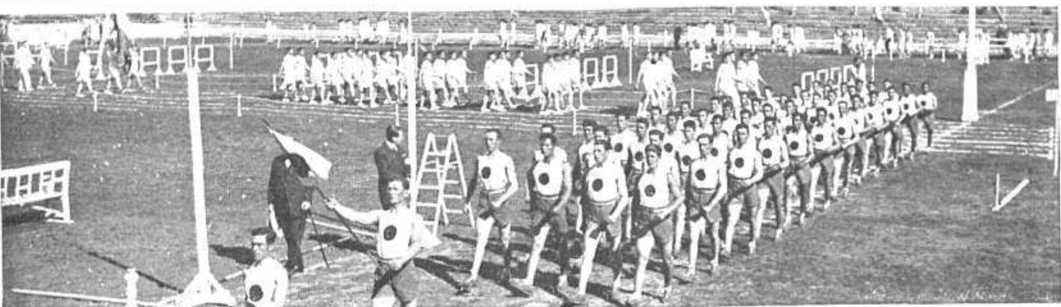












DESFILE general de los atletas competidores que, en número muy crecido, tomaron parte en la primera jornada con que se inauguraron las reñidas pruebas organizadas bajo los buenos auspicios de la Municipalidad. Esta notable demostración física se efectuó en el campo de deportes del Club de Gimnasia y Esgrima, donde se puso de manifiesto entre significativas muestras del entusiasmo público, el desarrollo alcanzado por nuestra juventud, a partir, principalmente, desde el año de 1920 en que se realizó nuestro primer concurso municipal. El franco éxito deportivo logrado por este torneo ha despertado el interés de todos, y los aficionados al atletismo son más numerosos cada día.

FOTOS DE VARGAS.

DISTRIBUCION DE PREMIOS A LOS CAMPEONES DE TIRO



El presidente del Tiro Federal Argentino, Almirante Blanco, pronunciando su discurso, en el acto de la entrega de los premios a los vencedores del concurso último organizado por la prestigiosa entidad.

PARTIDO INTERNACIONAL DE BASKET-BALL



Los jugadores uruguayos saludados por el ministro de Guerra, general Justo, antes de darse comienzo al reñido partido.



Los jugadores argentinos empeñados en convertir un tanto bien defendido por sus ágiles contrarios.



Componentes de team uruguayo que disputaron a los argentinos la copa donada por el ex ministro de Relaciones del Uruguay, doctor J. A. Buero, adjudicándosela por 37 contra 25.



Equipo argentino, perdedor del encuentro jugado ante numerosa y entusiasta concurrencia del bonito deporte, en la cancha del Club de Flores, auspiciado por la Federación Argentina.

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



Familias que concurrieron a la fiesta dada por el doctor N. Dasso con motivo del cumpleaños de su hija María, velada que resultó una brillante nota social.



Señorita Marta Wolf, ganadora del campeonato.



Señorita M. O. Bowling, ganadora de dobles para damas.



Señorita L. Manley, ganadora de dobles para damas.



Señorita O. Bowling, ganadora de dobles para damas.

Aficionadas que tomaron parte en el torneo para el campeonato de tennis de Santa Fe, organizado por el club Atlético Rosario.



Grupo de remeros que compitieron en las reñidas regatas celebradas bajo los auspicios del club de Regatas Rosario en el Arroyito y que constituyeron un excelente éxito.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DR. ANTONIO SAGARNA

NUEVO MINISTRO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA

POR ALVAREZ.

UNA brillante actuación política, universitaria y diplomática, dieron al doctor Sagarna el prestigio con que llega al alto puesto para el cual ha sido designado por el P. Ejecutivo. Abogado de nota, formó parte del Superior Tribunal de Justicia de su provincia, Entre Ríos; luego el ministerio de Gobierno durante la gobernación del doctor Laurencena. El doctor Irigoyen lo designó ministro plenipotenciario en el Perú, siendo últimamente, hasta llegar al ministerio, rector de la Universidad del Litoral.



CASACAS Y MIRIÑAQUES

Un delicado y frívolo contraste: pelucas blancas de viejos encuadrando rostros juveniles, palabras ligeras y coqueterías refinadas encubriendo ardientes amores. Eso era aquel delicioso vivir elegante que el teatro vienés evoca ahora con todo el poderío de un arte inmortal.

Foto de nuestro corresponsal



HOMBRES CÉLEBRES

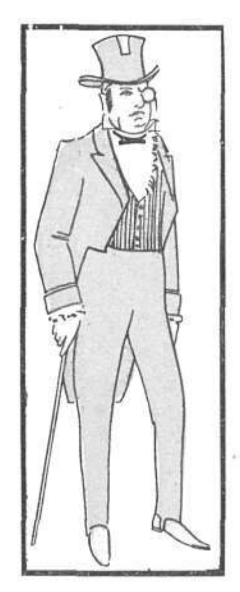
PALMA

ESTE ilustre escritor peruano fue un gran patriota, mejor dicho, lo es todavía, porque sus «Tradiciones peruanas» le han sobrevivido y afirman el culto que consagró a su país natal.

Y quiero decirte, lectorcito, cómo un hombre debe defender a su patria con la pluma. No consiste todo en alabarla. Es preciso escribir todo lo más correctamente posible el idioma propio.

Tu idioma es el castellano pronunciado y escrito a la manera argentina. Hay mucha gente que se ríe cuando llamamos dialecto al modo de hablar argentino. Esas mismas personas admiten que el griego tenía varios dialectos. A mí me parece que la palabra dialecto suena muy bien, y que tan nobles son los dialectos del castellano como los de otras lenguas.

Habla y escribe en argentino sencillamente, sin abusar de los vocablos extranjeros. Si todos nos dedicamos a chapurrar palabras francesas o inglesas



al tuntún, pronto hablaremos como loros. Defender la pureza del dialecto equivale a afirmar su originalidad y es una obligación de sano patriotismo.

Ricardo Palma escribía admirablemente el español matizándolo con las palabras y giros propios del dialecto peruano. A él se debe que la Academia Española aceptara vocablos procedentes de los países americanos. «Hablemos y escribamos — decía — en americano, es decir, en el lenguaje para el que creemos las voces que estimamos apropiadas a nuestra manera de ser social, a nuestras instituciones democráticas, a nuestra naturaleza física. Llamemos, sin temor de hablar o de escribir mal, *pampero* al huracán de las pampas, y conjuguemos sin escrúpulos *empamparse*, *asorocharse*, *apunarse*, *desbarrancarse* y *garuar*, verbos que en España no se conocen, porque no son precisos en país en que no hay pampas, ni *soroche*, ni *punas*, ni barrancos sin peñas, ni *garúa*. El escritor que, por puro prurito de purismo, escribe afta en vez de *paco*, divieso en lugar de *chupo*, adehala por *yapa* y colilla por *pucho*, será comprendido en España pero no en el pueblo americano para el cual escribe».

Nació Ricardo Palma en Lima el 7 de febrero de 1833. No conozco detalles de su vida infantil, pero es de suponer que desde chiquilín emborronaba carillas. Prueba de esto es que a los diez y ocho años había escrito ya tres dramas: «La hermana del verdugo», «La muerte o la libertad» y «Rodil». Cuando se le hablaba de estas obras juveniles, don Ricardo se reía llamándolas *tonterías escénicas*.

Muy pronto abandonó sus aficiones dramáticas dedicándose al periodismo. Sus escritos en «El Diablo» y sus campañas políticas le valieron ser desterrado a Chile. En Valparaíso fundó «La Revista de Sud América» y escribió su primer libro.

Palma había estudiado con gran brillantez en la Universidad limeña la carrera de jurisprudencia. Al volver a su patria fué nombrado oficial administrativo de la armada. Estuvo en el terrible combate del Callao (2 de mayo de 1865).

El presidente Balta le nombró su secretario particular. A pesar de este trabajo, Palma seguía escribiendo. Publicó un volumen de poesías titulado «Armonías». Era entonces un ferviente romántico. Después de publicar otro tomo de versos, produjo en 1872 su primera serie de «Tradiciones peruanas».

Estas tradiciones y las otras que las siguieron son la gran obra de su brillante pluma. En ellas describe Palma el Perú colonial, con sus virreyes y virreinas, sus leyendas populares y sus aventuras cómicas y trágicas. El lenguaje en que están escritas da sabor de época a los relatos. Cada una de las tradiciones resulta un primor. Palma burlón, tierno, enamorado de su país nativo evoca las pasadas edades. Las tradiciones valen por cien volúmenes de historia seriota. El público las acogió con entusiasmo. Han sido traducidas a diversos idiomas.



Al mismo tiempo que escribía versos y tradiciones se dedicaba a reunir libros. Su biblioteca particular, destruída durante la guerra del Pacífico, era la más rica en obras americanas.

El gobierno peruano le nombró en 1883 director de la Biblioteca Nacional, que Palma supo enriquecer con valiosas obras. La Real Academia Española le concedió un puesto de académico correspondiente.

Don Ricardo Palma era un hombre de pequeña estatura, vivaracho y ameno conversador, que sabía muchísimo de todas las cosas. Según voz corriente se le consideraba como persona de mal genio; pero todos cuantos le trataban comprendían que esa leyenda no era cierta.

Escribió mucho y bueno, sin cansar a sus lectores. Durante las ceremonias celebradas en España en conmemoración del centenario del descubrimiento de América, Palma fué a Madrid donde hizo un lucido papel. En su libro «Recuerdos de España» cuenta sus entrevistas con los más célebres escritores y políticos.

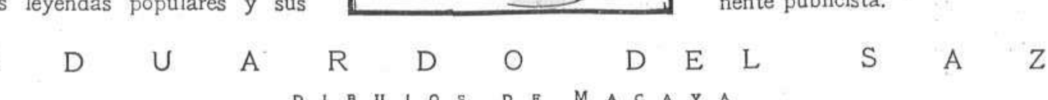
Durante esa excursión realizó grandes trabajos para que en el diccionario de la Academia figurasen muchos argentinismos, peruanismos, chilenismos, etc. No consiguió sus propósitos, pero el terreno quedó preparado.

Ricardo Palma supo cumplir sus deberes de escritor y de peruano. Trabajaba incansablemente y admirablemente, quedándole aún tiempo libre para sus obligaciones de bibliotecario y padre de familia cariñoso.

En España se le considera como uno de los literatos más castizos de la lengua castellana. También ha tenido y tiene imitadores en la península y Sud América. Puede decirse que él ha dado un rumbo nuevo al arte de escribir tradiciones nacionales.

Murió el 5 de noviembre de 1919, a los setenta y seis años de edad, admirado y querido por todos.

Hace pocos meses el doctor Roberto Levillier, ministro de la Argentina en el Perú, organizó una fiesta artística como debido homenaje a la memoria del eminente publicista.



E D U A R D O D E L S A Z

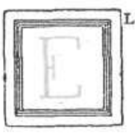
DIBUJOS DE MACAYA



EL EMINENTE DOCTOR DEEVES

POR

IRVIN S. COBB



El eminente doctor Deeves vivía en un «cottage» rodeado por altos murallones de rojas piedras.

El ancho frente del edificio era lo primero que advertía el viajero al pasar por el camino real: un frente como de fortaleza abandonada en la quietud y el silencio de aquel solitario paraje. Parecia no tener puertas ni ventanas; tal era el uniforme, frío y chato aspecto gris de las paredes.

Algo de reclusión y de misterio decían al curioso observador las murallas y la sequedad lisa de los terrenos, y uno se preguntaba en seguida qué seres huraños podrían esconderse allí, en un paraje árido y predregoso y dentro de unas paredes de cuartel.

Digámoslo: era un sanatorio; así le contestarían los vecinos más cercanos — cuatro millas distantes, — y un sanatorio del cual se contaban esas extrañas historias que, por disparatadas que sean y por fantásticas añadiduras con que el pueblo las agrande, siempre contienen un fondo de verdad, de terrible certeza, tan fuerte y resistente como las piedras.

Un sanatorio para enfermos de la mente y epilépticos; un asilo privado, único en sus procedimientos, es decir — soltemos la palabra: — un manicomio.

El edificio estaba dispuesto obedeciendo a especiales combinaciones arquitectónicas, de acuerdo con ciertos y novísimos métodos de un célebre psiquiatra, y desde el camino podían apreciarse sus pabellones o barracas septagonales que se elevaban sobre el primer piso del vasto edificio, como a seis metros del suelo.

En un plano de superficie más alta — cosa de dos metros — y a una distancia de cien del manicomio, una casita de ladrillo y madera, con amplio corredor al frente, miraba en sentido diagonal a la muralla sur. Arboles frutales al rededor, flores silvestres a los costados y un parquecito de verde césped hacía muy sensible el contraste entre este hogar sencillo y alegre y la mole gris del caserón.

Con frecuencia, a la puerta del lindo corredor, una niña jugueteaba con diversos objetos infantiles, correteando también por entre los árboles.

Aquella niña, ya convertida en esbelta muchacha al relatar esta historia, era hija del eminente doctor Deeves, viudo y especialista en enfermedades nerviosas y cerebrales. Su esposa había fallecido cuando él, abandonando la ciudad, se dispuso a crear su famosa institución.

Llamábase la muchacha Hazel Deeves, tenía 18 años floridos y desde chiquita no conocía otro hogar que aquél, porque su padre la llevara consigo en pañales. Durante su adolescencia cuidara de su educación una dama instruída, hasta que, considerándose completas sus habilidades en cuanto a una mujer de su casa se refiere, el sabio profesor la despidió, encargándose personalmente de la mayor instrucción de su unigénita.

Su fama científica databa de bastantes años; conocíasele como alienista original, de ideas atrevidas, y contando con un haber de notables experimentos. Era, en efecto, lo que se llama un psiquiatra, un sabio que no solamente atendía a sus enfermos patológica y psicológicamente, relacionando la fisiología con las funciones anímicas, sino que, remontándose a planos mentales todavía cuestionables en cuanto a sus influencias humanas, lograba enderezar voluntades caóticas, salvar ejemplares irresponsables extraídos del crimen, descubrir simuladores y evitar, en algunos casos, el hundimiento de la razón en las sombras de la demencia.

Al presente, su reputación descansaba tanto sobre sus curaciones anteriores como sobre el sistema de sus tratamientos, del que obtenía, en un creciente tanto por ciento, maravillosos resultados con pacientes que eran «casos perdidos».

Absorbíale de tal modo la complicada dirección del establecimiento que no le restaba ni tiempo ni humor para ocupación alguna, por trivial que fuese. Sus libros, su sanatorio y sus «casos» constituían la órbita en que giraban todas sus energías y aspiraciones humanas.

El habitual aspecto del doctor Deeves era el de una persona absorta en un maremágnum de pensamientos. Apenas hablaba lo indispensable y poseía ese aire de indiscutible superioridad que emana siempre de poderosas irradiaciones. Difícil resultaba sostener con él una conversación interesante, pues, aparte de su mutismo, si se opinaba de acuerdo con su conclusiones no tenía importancia agregar evidencia sobre evidencia; y, por lo contrario, contradecirlo significaba sentar plaza de terquedad o de estupidez.

Alto y bien proporcionado, de varonil desenvoltura, mostrábase tan parco de palabras como pródigo en actividades. Usaba lentes de doble cristal cabalgando sobre sus rectas narices; usaba una barbita entrecana que remataba en punta, lo que añadía carácter a su esbelta figura, dándole una apariencia singular de originalidad que no se olvidaba una vez vista.

Su hija, por muchos conceptos, parecía de otra casta. Gentil, discreta y tímida, dócil por natura-

leza, su dulce y delicado temperamento aumentaba sus gracias físicas y desde luego le captaba las simpatías de cuantos la trataban. A pesar de vivir falta del cariño maternal y en íntimo contacto con un padre absorbido por entero en sus experimentos científicos, su temperamento delicado no había perdido el exquisito encanto femenino que la adornaba; y habiéndose acostumbrado al frecuente trato con locos y maniáticos pacíficos, clientes del manicomio, los cuales, aunque bajo la vigilancia de guardianes expertos, disfrutaban de libertad para pasear a sus anchas por los jardines del establecimiento, acabó por encontrar divertida la compañía de los anormales, considerándolos como vecinos y camaradas de apacibles costumbres. Nunca desconfiaba de ellos; no mostraba repulsión o miedo ante sus manías; al contrario: una corriente de cordial influencia emanaba de su persona e impresionaba gratamente a muchos de aquellos sujetos, que la admiraban y obedecían sumisos y complacientes.

Siendo aquél su pequeño mundo, secundaba con sus amabilidades y su buena voluntad las arduas tareas del profesor, a quien la ciencia y la necesaria autoridad no permitían flexibilidades peligrosas.

Dentro del sanatorio practicábase una rígida disciplina, pero el curioso cuerdo al que se le permitiera visitar todos los departamentos se mostraría grandemente sorprendido al observar la ausencia total de camisas de fuerza, ligaduras, grilletes y «jaulas» que todavía se estilan en otros manicomios. Nadie lo hubiera juzgado tan confortable por dentro después de haberlo contemplado tan uniforme y pardo al exterior. El singular tratamiento a que eran sometidos la mayoría de los desequilibrados basábase mucho más en métodos psicológicos que en restricciones de orden físico; y excepto algunos pocos recluídos — mujeres y hombres — que, por la gravedad furiosa de su enfermedad, recibían cuidados aparte en una de las salas extremas del edificio, los demás parecían ser huéspedes de un confortable hotel veraniego.

En esta atmósfera se desarrolló Hazel Deeves mientras su padre se ocupaba de la dirección de sus clientes, todos ellos personas de recursos suficientes para que sus familias pudieran atender a los fuertes desembolsos que originaba su forzado pupilaje.

Baste decir que allí se cultivaban todos los deportes; que la música escogida formaba parte del programa diario y que los salones de baile y de lectura nada tenían que envidiar a los más modernos.

Además, el arbolado y las flores abundaban en aquellos vastos terrenos, de modo que la mayor parte del año era una delicia pasear por los alrededores de la finca.

Entre los curiosos anormales que convivían en aquella extraña sociedad había una dama cuya única distracción consistía en jugar con muñecas, sonriendo siempre con la inocencia y el candor de una niña de seis años. Su desarrollo cerebral, a consecuencia de un susto motivado por un incendio, habíase detenido a esa edad precisamente, mientras su cuerpo crecía sin el más mínimo contratiempo.

Un apacible viejo de blanca barba y blanda voz hallábase a su lado casi a todas horas, participando con ella de tan infantiles juegos, en tanto que un tercer personaje, vestido de jaqué rojo y con un ramillete de plumas verdes en el sombrero, gesticulaba y manipulaba creyéndose un mago maravilloso.

Otro de los amigos de la linda muchacha era un maduro señor de bondadosas maneras y porte digno, el cual inventara la confección de pasteles de légamo, los más exquisitos e higiénicos del mundo, y un método absolutamente nuevo para construir fortalezas inexpugnables con la arena de la playas. Y como pretendía, sobre cualquier terreno y en cualquier ocasión, llevar a la práctica sus inventos, hubieron de tomar con él ciertas precauciones. Desde alguna distancia se le advertía paseando con la cabeza baja y las manos cruzadas delante, pero de cerca era fácil distinguir la especie de manguito de cuero dentro del cual sus muñecas hallábanse sujetas discretamente por una resistente argolla, opresión que no le molestaba al parecer o de la que no se daba cuenta, pues el hombre sonreía siempre con la mejor de las sonrisas. También era especialista en contar historias extraordinarias cuyos argumentos envidiarían más de cuatro escritores profesionales.

Durante algunas noches, sobre todo las de luna llena, la hija del profesor solía incorporarse en su lecho, despertada bruscamente por los agudos y pavorosos gritos que procedían del ala extrema en que eran albergados los frenéticos; gritos, chillidos, exclamaciones y como bramidos de los infelices, que repercutían en el silencio del rústico paraje remedando a los que producen las fieras hambrientas; mas, a fuerza de escucharlos, Hazel se fué acostumbrando, y terminaba por dormirse sin que le asaltaran pesadillas.

— Me satisface que no logren descomponer tus nervios mis enfermos — le dijo, en unos segundos de expansión, su padre. — Por lo demás, no ofrecen ningún peligro para tu salud; yo te lo aseguro.

— Así lo creo, papá — contestó ella con su docilidad acostumbrada.

Procedente de Baltimore llegó, en los días de nuestra historia, una hermana menor del doctor Deeves, solterona, y por consiguiente con su pequeña manía a cuestas, una manía que, afortunadamente para ella, no necesitaba de los servicios profesionales de su hermano.

Henrietta, que así se llamaba, preocupábase mucho por su sobrina y por la soledad en que vivía, temiendo que su diario trato con los alienados acabara por trastornarla, y a ese temor obedecían sus tres visitas anuales. Esforzábase en convencer al psiquiatra del riesgo que corría su hija con tal vecindad, pero sus advertencias y reconvenciones no encontraban eco en la mente disciplinada del sabio.

— Te digo que sí, Lawrence; no seas terco. Hazel necesita otro ambiente, otra sociedad. No es concebible que pueda probarle bien vivir entre locos. Déjala a mi cuidado. Te prometo traértela con frecuencia. ¿Quieres?

— Henrietta, no veas visiones — replicaba calmosamente el profesor mientras se acomodaba sobre las narices sus dobles lentes y miraba a su hermana con sus ojos penetrantes de miope perspicaz. — Hazel está aquí perfectamente, se divierte, respira buen aire y su salud es magnífica, lo que en las ciudades no se obtiene; y dado su carácter apacible y su familiaridad con muchos de los enfermos, con los que se distrae, sirviéndome, hasta cierto punto, de colaboradora, nada tiene que envidiar del resto del mundo.

— Pero yo te digo que existe riesgo, yo te lo aseguro. Por mucho que me prediques no lograrás convencerme de que viviendo entre locos se pueda conservar la razón por mucho tiempo.

— No seas tú loca. Comprenderás que mis conocimientos en la materia me autorizan para estar seguro de lo que afirmo. La demencia no es contagiosa, y esa es una de mis teorías más sólidas y mejor estudiadas. Mi hija absolutamente nada tiene que temer por ese lado, el único que sería atendible, porque, en todo lo demás que se refiere a distracciones, comodidades y buen clima, disfruta en abundancia. Aparte de la orquesta del sanatorio, que

es admirable, ella tiene en casa piano, arpa, radiotelefonía, biblioteca, las últimas revistas, flores, sedas... En fin: su salud es inmejorable, me es útil y no me separaré de ella por ninguna razón.

Calló el sabio como fatigado de tanto hablar, como arrepentido de haber tenido la debilidad de dar tantas explicaciones a un miembro de la familia.

— Te arrepentirás algún día de tu terquedad — machacaba la hermana: — no es posible suponer que no corra peligro entre tantos desequilibrados.

— No hay contagio posible. La insania proviene invariablemente de ciertos orígenes: causas congénitas, ley de herencia, enfermedades, conmociones intensas y bruscas en algunos casos, malos hábitos, alcoholismo y algunas otras causas. No existen miasmas flotando en el aire, no hay infección. Llevo un cuarto de siglo en contacto con locos. ¿Lo estoy yo acaso? ¿Crees que lo estaré algún día? — pronunció el profesor como cuando explicaba su clase en la universidad neoyorquina de Columbia.

— No me convences, no me convences — refutaba Henrietta meneando la cabeza dubitativamente.

— No importa — finalizó él: — lo que quiero es que no hables a Hazel de estas cosas; no toleraré que se le metan en la cabeza falsas nociones interpretadas a capricho.

Calló la hermana. Para sus adentros seguía protestando de la conducta del profesor, que le parecía arriesgada, aunque no sin dejar de reconocerle sus méritos indiscutibles como alienista.

Por otra parte, algo obraba el egoísmo en su afán de llevarse a la sobrina. Su existencia de solterona plácida, pero aburrida, transcurría en su caserón de Baltimore sin pena ni gloria, bostezando solitaria; y el deseo de compartir su soledad con la muchacha sin duda hacíale exagerar sus temores.

Un nuevo huésped del sanatorio vino a alterar un poco lo apacibles hábitos de Hazel. Este nuevo cliente, cinco años más viejo que ella, llamábase Stephen Shire, un buen mozo. Durante algunos meses de trato diario, aconteció lo que es siempre presumible en las naturalezas jóvenes: se amaron. Pero este negocio sentimental no parecía avenirse con la condición de ambos, tan diferente: ella, la hija lozana de un eminente psiquiatra, director-propietario de un manicomio; él, simplemente un enfermo procedente de la guerra europea, en la que actuara como teniente de artillería, contrayendo ese mal que consiste en el aniquilamiento periódico del sistema nervioso, acompañado de desmayos que extremaban su debilidad cerebral.

Su estado ofrecía, a veces, serias complicaciones, y si bien algo mejorara con el meticuloso tratamiento a que se le sometiera, hallábase en constante observación. El doctor Deeves apreciaba en él ligeras mejorías, pero dudaba mucho de su completo restablecimiento.

Un hermano mayor, que administraba sus bienes, aprovechándose de la incapacidad legal sancionada por los tribunales, había logrado su reclusión en el sanatorio, proveyendo a todos sus gastos con largueza.

Una tarde en que Stephen y Hazel paseaban juntos por los jardines, disfrutando de la benignidad de la primavera, el primero no pudo reprimir un prolongado suspiro mientras contemplaba cómo el tren de pasajeros se deslizaba rápido al otro lado del camino real.

— ¡Ah! ¿Piensa usted en los que viven en la «civilización»? — le preguntó ella, adivinando, no sin melancolía, el pensamiento del enfermo.

— Pienso en los que viven libres y sanos, sí; en los que no tienen penas — murmuró el enfermo mirando a su interlocutora con resignada tristeza.

— No tardará usted en vivir entre ellos y así se le quitarán sus penas — díjole la muchacha con cierta leve amargura en su acento.

— Lo deseo y no lo deseo. Es verdad que me siento mejor y que su padre me anima mucho, pero...

— ¿Pero? ¿Seré indiscreta si le pregunto a qué obedecen sus penas?



— Que sea la última vez que te mezclas en mis asuntos profesionales — dijo el doctor Deeves a su hija.

— Hazel — habló el joven deteniéndose y mirándola con ternura: — ¿no lo adivina usted? Por delicadeza, por... no sé, acaso por creerlo inútil y hasta cruel no he querido decirle...

Calló, bajando la vista pensativo.

— ¿Por qué ese silencio, Stephen? Yo tampoco quiero disimular por más tiempo mis sentimientos. Yo le comprendo y... se lo digo ahora como se lo hubiera dicho hace un mes y como se lo diré siempre... le correspondo. Ocultarlo sería traicionar a mi corazón.

— Querida mía; hace tiempo que lo había leído en sus ojos, hace tiempo que nos lo hemos dicho, ¿no es cierto? Unicamente mi situación especial me desconsuela.

— Yo tengo confianza absoluta en que recobrará usted su salud completamente, y entonces ¿quién ha de impedir que seamos felices?

— Uno.

— ¿Mi padre? Ya sabré yo convencerle, Stephen.

— A otro me refería: a mi hermano, el administrador de mi fortuna, de cuya conducta hacia mí, por desgracia, tengo motivos para dudar, Hazel. Temo no salir de aquí como no tome yo una resolución por mi cuenta. Lo he pensado y quiero que usted y yo discutamos el plan.

Tomaron asiento en un de los bancos de piedra de parquecito y durante una hora larga hablaron de sus cosas, de sus amores y de sus planes futuros.

Quince días después, practicando sus diarias visitas, el doctor Deeves, al examinar de nuevo a su cliente el joven Stephen Shire, comprobó que su estado mental iba perdiendo potencialidad. No eran crisis violentas las que temía el sabio que sobrevinieran; era una especie de colapso celular que amenazaba sumir al paciente en un atontamiento o nebulosidad incurable.

— Mi diagnóstico se cumple; es un caso que justifica y acredita una vez más mi teoría del idiotismo adquirido — murmuró a media voz el psiquiatra mientras cruzaba el amplio «hall» del edificio para dirigirse a su casita.

— ¿Cómo está hoy Stephen, papá? — le preguntó, como de costumbre, su hija Hazel al tiempo de sentarse a la mesa para almorzar juntos.

— Mal, mal — respondió secamente el profesor.

— Pero — replicó la muchacha disimulando su angustiosa sorpresa — ayer por la tarde...

No continuó porque una mirada de su padre la detuvo. Era el doctor Deeves, sin dejar de ser buen padre, un hombre que no admitía de nadie interferencias que se relacionaran, poco o mucho, con sus estudios y experimentos, y su intolerancia a este respecto llegaba a los límites del despotismo. Ni de sus colegas solía tolerar otras observaciones que no fueran rigurosamente científicas y oportunas. Sus profundos conocimientos y los maravillosos éxitos alcanzados durante su larga carrera le autorizaban, en cierto modo, a desplazar semejante orgullo.

— No me gusta que te entrometas en los asuntos de mi institución, hija mía, y que sea la última vez. Comprendo que te interese el caso de ese joven, que ha sido un brillante soldado en la guerra europea y cuyo porvenir es tan incierto; pero una cosa es que le tengas simpatía, muy natural, y otra que te permitas juicios de índole facultativa. Se cree víctima de su hermano, manía que es frecuente advertir en muchos lunáticos que padecen delirio de persecución, y también en personas sanas, que adquieren esta morbosidad a fuerza de ser perseguidas por deudos y familiares lo bastante egoístas y canallas para conseguir su reclusión en un manicomio y de ese modo apoderarse de sus bienes. Ahora bien; ¿cuántos casos de esta última naturaleza se han registrado en los cinco años que lleva de establecido este sanatorio bajo mi exclusiva dirección? Ninguno absolutamente. Y te digo, para terminar esta conversación, que Mr. Stephen podrá mejorar en apariencia, y así lo espero merced al plan de tonificación cerebral que se le aplica, pero, más tarde o más temprano, caerá rendido en las garras de la insania crónica.

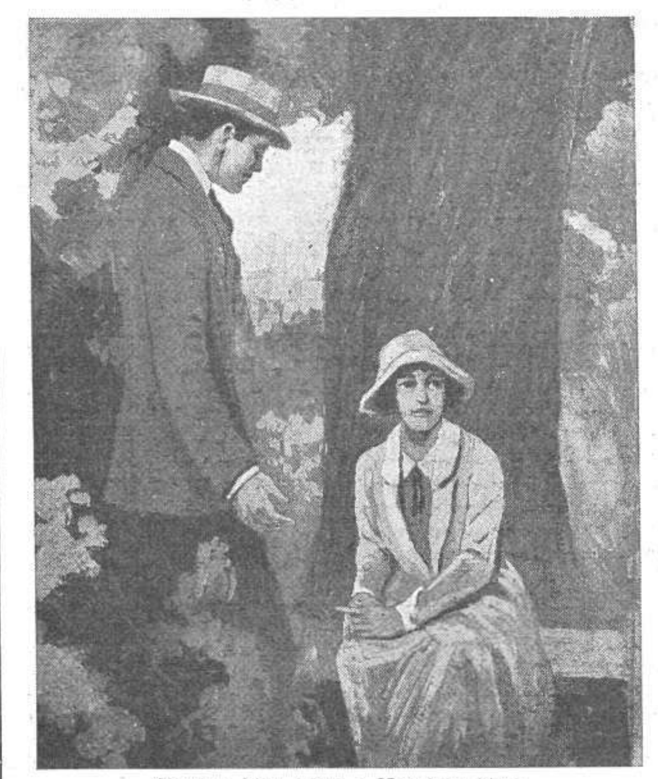

Bajo aquella especie de manguito una argolla sujetaba sus muñecas, lo que no parecía molestarle.

Es indudable que las circunstancias vinieron a favorecer los planes de evasión. En efecto; la hija del doctor era considerada por los empleados como una colaboradora de su padre, y por consiguiente todos los caminos y puertas le eran franqueados con respeto.

Por otra parte, el enfermo, tanto por su condición social como por su juvenil apariencia en la que no se advertían signos de insania, disponía de amplia libertad para recorrer toda la finca. Los muros — sin olvidar los guardianes situados en los cuatro ángulos — encargábanse de contener dentro de los límites debidos a la clientela que se descuidara.

Un día de mayo, una hora antes de que la luna apareciera, Stephen

y Hazel, la pareja enamorada, subieron juntos a los dos asientos del pequeño automóvil propiedad de ella. Previamente habían trazado su programa. El reglamento del sanatorio no prohibía que los asilados se comunicaran con el mundo exterior, pero la correspondencia que entraba y salía pasaba por un proceso minucioso de revisión. Esta regla la eludió Hazel echando al correo personalmente una carta de su novio dirigida a cierto coronel Dougherty, en cuyo regimiento había servido, y en las páginas de tal misiva clandestina exponía detalladamente el recluído sus circunstancias especiales. Contestó éste a la dirección de la muchacha a vuelta de correo. Habiendo conocido en los campos de batalla a su subordinado, que se portaba como un perfecto caballero por todos conceptos y que sabía jugarse la pelleja con la sonrisa en los labios, leyera con suma atención la carta que se le escribía y en la que, en un estilo muy razonable, se le daba cuenta de que era víctima de una cruel y enorme injusticia, confiando en su apoyo para salir de tal infierno. La respuesta del coronel fué ponerse a la disposición incondicional de su amigo y ex compañero.



Stephen hizo creer a Hazel su historia de asilado víctima, y ella consintió en ayudarle en todo y por todo.

Stephen Shire, una vez escapado del asilo con su novia, pensaba dirigirse rápidamente al vecino Estado donde residía su amigo. Allí carecían de jurisdicción las leyes del que abandonaba; su libertad y sus derechos civiles respetaríanse y de nuevo gozaría de las ventajas sociales a las que estaba acostumbrado por su carrera y por sus recursos.

El coronel Dougherty, en su respuesta, le ofrecía su techo hospitalario, su decidida protección y el apoyo de las autoridades del país, con las que se hallaba muy bien relacionado. Luego habría que esperar que juzgaran con justicia los tribunales competentes. Dábase cuenta de los ardientes deseos del recluído, bien patentes en la carta: primero la libertad y luego demostrar que no estaba loco y que era víctima de una infame intriga de familia. No era abogado este militar, pero sabía de muchos casos similares en que interviniera con éxito la justicia, y siendo él hombre de influencias y de responsabilidad, Stephen Shire, teniente de artillería, podía contar desdeluego con su voluntad en servirle.

Todo esto, detalladamente explicado, constaba en las páginas de las dos cartas cruzadas. La razón de Hazel acabó por convencerse de que su novio, fuera de cierta debilidad nerviosa, era el hombre más discreto del mundo. Su corazón femenino no necesitaba de pruebas: sentir es pensar para muchas mujeres.

La escapatoria se llevaría a cabo en pocas horas, sin contratiempos, y una vez libres de las leyes del Estado y bajo la protección respetable del coronel, la rehabilitación de su adorado vendría rápida, recobraría su fortuna y ambos, muy dichosos... En cuanto a su padre, acaso, al principio, fuera difícil convencerle, pero acabaría por dar su consentimiento.

Poco más de veinte millas tenía que recorrer la pareja en el automóvil para llegar a la villa del coronel Dougherty, al otro lado del río. La fuga se realizó, pues, a la hora convenida sin dificultad alguna gracias a las facilidades de que Hazel disponía para andar a sus anchas por aquellos alrededores, fuera de los muros, sin llamar la atención de los guardianes.

Cuando ambos, en los momentos decisivos, llegaron a la gran verja que daba al camino real, el viejo James Eggers, el portero, se puso de pie y se tocó respetuosamente la visera de la gorra. Luego, a una palabra de la muchacha, abrió sin vacilar las dos hojas de hierro,y de nuevo saludó al arrancar el vehículo y desaparecer de los límites jurisdiccionales del eminente doctor Deeves.

No sospechando nada, el guardián los quedó contemplando hasta que desaparecieron de su vista. No advirtió el hombre la palidez mortal y los temblores de la hija de su amo. Su mirada «oficial», por así decirlo, fué para el paciente, a quien supuso con el debido permiso para excursionar con miss Hazel.

Se sentó en su silla, sacó su pipa y la rellenó concienzudamente, dando enormes chupadas.

A ocho millas ya de distancia tomaron nuevo rumbo, y a toda máquina, ya cerrada la noche, llegaban a la orilla del río. El «ferry-boat» que hacía el servicio demoraba bastante entre viaje y viaje. Tendrían que esperar cuando menos veinte minutos.

En parte por prudencia y quizá movido por misteriosos propósitos, Stephen Shire y su compañera siguieron rodando sobre su máquina, rodando, rodando...

Cuando el «ferry-boat» arribó al muelle, depositando su carga y dos o tres pasajeros, en su nuevo pasaje no estaban incluídos Hazel, Stephen y el automóvil. Del otro lado, el coronel Dougherty aguardaba a sus huéspedes, teniendo en el desembarcadero su propio carro. Media hora antes había recibido un telegrama del teniente. Dos horas,

cuatro horas se paseó impaciente por el pequeño «hall» de la estación, asistiendo seis veces a la llegada del vaporcito, hasta que, perplejo y aprensivo, regresó a su hogar solo.

A la mañana siguiente muy temprano hallábase el doctor Deeves en su bilbioteca, sentado ante su mesa de trabajo, revisando con gran cuidado las últimas pruebas de su libro, el gran libro que le daría le inmortalidad y al que consagraba horas y horas durante las cuales quedaba terminantemente prohibido visitarle, sin apenas tomar alimentos y sin darse cuenta de que tenía una hija, cuando se abrió bruscamente la puerte. Un hombre — Stephen Shire — penetró demudado y sin aliento. El famoso especialista, posando la pluma sobre el escritorio y recostándose sobre el respaldo del sillón, como era su costumbre, miró ceñudo y sorprendido al intruso. Sin embargo, su profesión habituárale a todo linaje de extrañezas. Se limitó a levantar la cabeza y preguntar con frialdad cortante:

— Bien. ¿Qué significa esta visita?

— Significa que he regresado — dijo, todavía jadeante, el joven ex fugitivo.

Dióse cuenta inmediata el profesor de que el rostro y las ropas del importuno estaban cubiertas de polvo y manchas.

— ¿Con que ha regresado, eh? — contestóle con voz natural, harto como se hallaba del trato con lunáticos y alucinados. — ¿Y dónde ha estado usted?

— Veinte y cinco millas de camino y veinte y cinco de regreso, cuatro horas ida y vuelta — exclamó en un aliento el mozo mientras el doctor Deeves oprimía un botón eléctrico.

— No necesita usted tocar el timbre. Nadie en el sanatorio sabe que me he fugado. Todavía no estoy perdido. He regresado por mi propia voluntad. Y la he traído conmigo a ella.

— ¿Ella? — saltó, adelantándose en el sillón, el sabio alienista en tanto que un pensamiento le hería con la rapidez de un relámpago. ¿Quién es ella?

— Su hija Hazel Deeves. Nos fugamos en su automóvil. Yo guiaba con ella a mi lado. No la seduje, no la rapté. Ella me ayudó a huir, eso es todo, y ambos regresamos. Dios nos protegió, sí, y también a usted.

— ¿Qué dice usted? ¿Dónde está ella? ¿Qué ha sucedido, hombre? — gritó el profesor, tal como un hombre racional que se dirige a otro de la misma condición y perdiendo toda su impasibilidad científica para ser puramente padre.

— Arriba, en su habitación está ella, salvada... no ha sido molestada lo más mínimo. Siéntese. No vaya a verla ahora. Espere a que yo le explique.

El tono de voz de Stephen Shire sonaba autoritario, elocuente.

— Doctor Deeves; escuche: Yo soy un hombre sano. Usted, si lo ha dudado, me va a creer ahora. Y he aquí otra cosa que usted también creerá dentro de un par de minutos que tardaré en probársela. Yo adoro a vuestra hija y ella me corresponde fervorosamente. Y si usted fuera hombre capaz de ver más allá de las cosas directas que interesan a su profesión, usted hubiera visto algo hace algunos meses. Pero usted... usted no ha podido ver nada... usted estaba ciego. ¡Oh, Dios mío, cuán ciego estaba usted! Ella me ama, me ama lo bastante para haberse fugado conmigo sin temor a las consecuencias... Llegamos hasta la orilla del río. Al otro lado yo tenía amigos que me aguardaban para protegerme y defender mi caso, gente responsable y con influencias. Y juzgue usted de mi conducta y de la de su hija. Ella me ama tanto que, *a pesar de todo*, consintió en volver a su hogar y sufrir vuestras recriminaciones. Mas yo tenía otras ideas en mi cabeza. Lejos ya de todo temor de ser sorprendidos, a la vista de la frontera con el otro Estado, lo primero que le supliqué es que nos casáramos en cuanto cruzáramos el río, y... Pero he de interrumpirme para que usted me comprenda claramente, porque me he adelantado en el relato.

Apenas divisamos el «ferry-boat» que navegaba hacia nosotros, siendo nuestra salvación, sentí gran felicidad. Yo estaba entonces en el principio de darle a usted una severa lección de un orden extracientífico, si vale la palabra. Tenía la seguridad de darle un disgusto... un disgusto al especialista en enfermedades cerebrales. Miré a mi compañera. Su semblante ofrecía una palidez de muerte; temblaba toda como atacada de una repentina calentura. Con sus hermosos ojos afiebrados pretendía escudriñar en la obscuridad, mostrando temor como de enemigos invisibles. Sentí que se me agolpaban las lágrimas; tomé sus manos ardientes y un escalofrío culebreó por mi espina dorsal. Hazel seguía azorada los rumores de la noche, huía de los árboles, tras de los cuales se escondían fantasmas agresivos, murmuraba palabras singulares... ¡estaba loca, eminente doctor Deeves! ¿Comprende usted ahora? ¡Loca, loca, a pesar de ser su hija! Su desvarío comenzó a desbordarse en párrafos incoherentes, estrechándose contra mi pecho. Todo el camino estaba lleno de enemigos endiablados, con alas y garfios, que nos perseguían de cerca, y en cuanto quisiéramos descansar cerrando los párpados, caerían sobre nosotros y nos destrozarían ferozmente. «Mira, Stephen — me decía la infeliz: — mira tras de aquellos matorrales cómo nos acechan los ojos de aquellos vampiros, de aquellos negros gatos que aúllan antes de descuartizarnos...» ¡Le digo a usted que absolutamnete loca, sabio profesor!

Entonces yo, un «caso, su «caso»; yo, perfectísimamente cuerdo aunque con el corazón traspasado al contemplarla a ella con la razón perdida, dispuse el regreso... Todo el trayecto, recostada sobre mi pecho, Hazel profería gritos, exclamaciones y desatinos que me partían el alma. ¡Pobre paloma herida, cómo se estremecía entre mis brazos! Arriba está. Ahora puede ir a verla. Le digo a usted, eminente especialista Lawrence Deeves, que está loca, loca.

Suba usted; yo aquí le aguardo. Será conveniente que, para que usted no se fatigue, monte en el aeroplano 24-7. K R. Es de calibre 32, como los «Bertas», pero puede evolucionar hasta el séptimo cielo sin peligro. Ella le espera allí. Yo tengo que defender el sector del nordeste. Buena suerte, coronel...

De dos saltos subió el doctor Deeves las escaleras y penetró en la habitación de su hija, a la que encontró con los cabellos sueltos, cubierta con una flotante bata blanca, los ojos como en éxtasis mirando por la ventana abierta, los labios contraídos en un rictus de angustia, alelada, temblando.

— ¡Déjame, déjame, no me toques, demonio rojo, lunático odioso, enemigo de mi espíritu! — gritó ella retrocediendo hasta el borde de su lecho.

El sapiente alienista detúvose en medio de la habitación. Su cerebro — el cerebro que tantos cerebros había salvado de las tinieblas — sufría ahora una de esas conmociones únicas que pueden ser la muerte... o la locura. Su corazón de padre, horriblemente martirizado, paralizárasele de sorpresa y de pena.

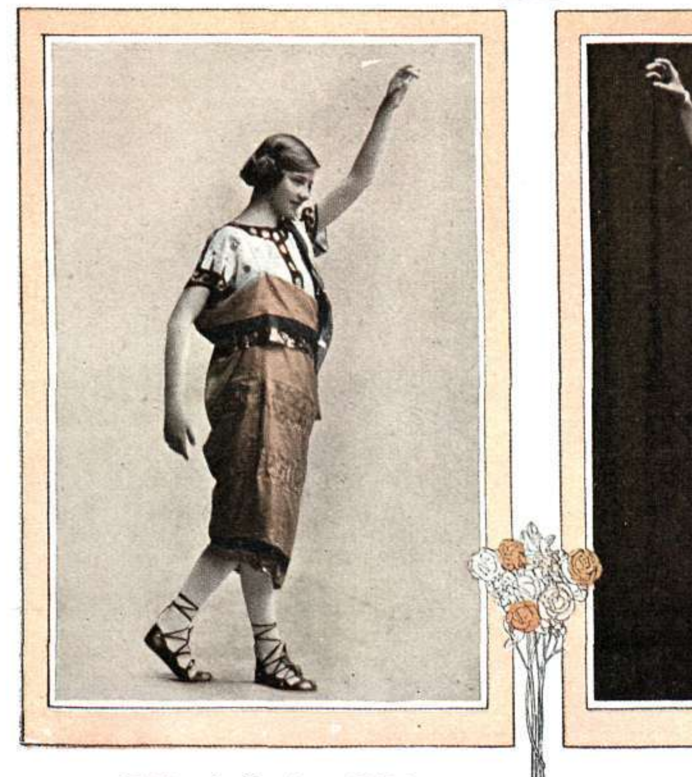
Levantó la cabeza, alzó los brazos...

Luego, con los ojos húmedos, dió un paso hacia la perturbada, que lo miró sin verle, en tanto que abajo, en su biblioteca, sonaba el ruido de un carcajeo agudo y nervioso.

FIN

Página Infantil

Niñas de Herrán y Gallegos



Niña de Gallegos Alston



Niña de Kulif



EL MARMITON

OLEO DE BAIL JOSEPH

DE LA COLECCIÓN WITCOM

CAMPEONATO SUDAMERICANO DE FOOTBALL

Los argentinos vencedores de los paraguayos por 4 goals a 3.



Loizo, "wing-derecho".



Vaccaro, "centre-half".



Bidoglio, "back-derecho".



Tesorieri, "goalkeeper".



Iribarren, "back-izquierdo"



Médici, "half-derecho".



Solari, "half-izquierdo".



Miguel, "inside-derecho".



Tesorieri, que a pesar de que su actuación no fué todo lo brillante que de él se esperaba, realizó algunas admirables atajadas, una de las cuales muestra esta fotografía.



Saruppo, "centre-forward"

Aguirre, "inside-izquierdo".



Onzari, "wing-izquierdo"



Los delanteros paraguayos llevando uno de sus muy frecuentes ataques a la valla argentina, conjurado merced a la oportuna intervención de Iribarren y Tesorieri.



López, capitán del "team" paraguayo.



Los jugadores: Denis, Mena, Paredes, Centurión, Diaz, Miranda, Fretes, Rivas, López, Elizeche, y Canderila, componentes del equipo que enfrentó a los argentinos en el primer partido por el Gran

ENLACES





SEÑORITA CARMEN ZUBERBULHER OLIDEN CON EL SEÑOR HORACIO SCHOO LASTRA, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

SEÑORITA MARÍA ANGÉLICA DIBAR CON EL ARQUITECTO ANTÓN GUTIÉRREZ URQUIJO, EN LA BASÍLICA DEL SOCORRO.



SEÑORITA MILA FORD CON EL SEÑOR CARLOS OTEIZA QUIRNO, EN LA IGLESIA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL

La familia del Presidente del Consejo de Ministros, Hon. Benito Mussolini

Notas gráficas enviadas por nuestro corresponsal.

Interesante fotografía en que aparece la figura, poquísimas veces retratada, de la gentil señora Dª. Rachele, esposa del presidente del Consejo de Ministros.



El enérgico político remando en su bote para dar un saludable paseo en compañía de su hija Edda.



Uno de los hijitos de Mussolini sobre las espaldas de su bañista, disfrutando de las delicias de la playa.



Vittorio y Bruno, los dos hijos del jefe del fascismo italiano, sobre un montículo desde el cual dominan la magnífica Riviera.



El otro hijito del Hon. Primer Ministro, también es amigo de zambullirse en el agua.

Ley 10.903.—"La Ley que aquí se aplica

En la alcaidía de la calle Sáenz Peña, 18 menores duermen y comen en el suelo porque el Congreso no ha dispuesto fondos para la habilitación de un nuevo y conveniente establecimiento.

Los niños, los pájaros y las flores fueron siempre fuentes inagotables de belleza, de dulzura y de alegría de vivir, y toda ley que los proteja merece un altar en cada corazón y la unión de todas las voluntades para lograr sus fines. Nuestra ley número 10.903, de Patronato de Menores, está entre aquéllas, porque significa, en su alcance ideal y en su aplicación práctica, el mayor paso adelante de estos últimos años, en materia de legislación.

La población de esta gran urbe, habituada a presenciar, hasta hace poco tiempo, el triste espectáculo de menores mendigos, de chicuelos y niñitas vendedores de diarios apiñados en el hueco de los portales, en noches heladas de invierno, ha visto desaparecer todo eso silenciosamente y los no iniciados en el misterio se habrán preguntado, más de una vez, qué mágico factor ha obrado ese milagro y cuál habrá sido el destino de aquellas desdichadas criaturas a quienes el infortunio espantaba los sueños inocentes y el mirar dulce y confiado de sus ojos. Esa es, precisamente, la obra de la gran ley tutelar de los niños.

Todos los países civilizados del mundo han imitado, en el fondo, la ley del Estado norteamericano de Illinois, para resolver el gran problema universal de la infancia delincuente y abandonada; y nosotros hemos seguido el ejemplo, después de una tesonera campaña de nuestros tribunales del crimen, eficazmente se-

No hay lugar para estos muchachos en el edificio de Tacuarí, donde viven apelotonados y sin la higiene que las instituciones modernas requieren.

La policía hace ya tiempo que ha reclamado del Congreso un local capaz que no se ha conseguido todavía a pesar de todos los esfuerzos.









es Ley de educación y no de castigo'

Cultura musical. A los chicos se les enseña el Himno Nacional cuyas notas, armónicas y briosas, despiertan en ellos sentimientos patrióticos.

cundada por todos los hombres de pensamiento, por todas las corporaciones benéficas y por un grupo de legisladores a cuya cabeza figuró el diputado doctor Luis Agote.

En nuestro antiguo sistema legal, los menores delincuentes eran condenados y recluídos en las cárceles, junto con los adultos casi siempre, donde, en vez de corregirse, se perfeccionaban en la senda del crimen. Y si el menor salía absuelto, volvía al medio en que había vivido hasta entonces, donde acababa la obra de perversión moral que había de conducirlo, fatalmente, a la cárcel. Y en cuanto a los chicos vagabundos, pordioseros, vendedores de diarios o lustrabotas, la autoridad no podía hacer nada más que detenerlos momentáneamente para entregarlos a sus padres o guardadores, y recomenzar esa misma tarea al día siguiente.

Nuestra ley actual, en cambio, ha armado a los tribunales de menores, designados por la Cámara de Apelaciones en lo Criminal, de facultades extraordinarias, destinadas a salvar la niñez del peligro inmediato y a la sociedad de la amenaza futura.

Cuando la policía detiene hoy a un menor, lo destina a un local especial — la Alcaidía de Menores de la calle Tacuarí, cuyo jefe es el destacado médico legista doctor Arenaza — donde se levanta una prolija información respecto de su estado físico y psicológico, antecedentes de familia, grado de instrucción, medios de vida, ocupaciones habituales; y todo ese material, científicamente acumulado, permite informar al juez para que éste resuelva si el caso requiere su intervención. Si de la

Los alumnos de la Casa del Niño N.° 1 a la hora del regreso de la escuela próxima, risueños y satisfechos de las atenciones que se les prodigan.








Lamentable estado de debilidad y abandono de dos infelices mal nutridos y sucios, recluídos en la vieja e insuficiente alcaidía.



El juez de instrucción, doctor Ricardo Ortiz de Rozas.



Doctor Ricardo Seeber, presidente de la Cámara en lo Criminal.



Doctor Carlos M. Martínez, juez del crimen.

información resulta que existe peligro para el menor en volver a su vida anterior, el juez está facultado para disponer de él e internarlo en un establecimiento adecuado, donde se lo educa e instruye a expensas del Estado y con la eficaz ayuda de instituciones privadas. Si, en cambio, el hogar del niño es honesto, el juez puede entregarlo a sus padres bajo el régimen de la libertad vigilada por un cuerpo de inspectores honorarios, cuyo jefe actual es el señor Ernesto Nelson, quienes periódicamente van al domicilio del menor, comprueban su conducta e informan al juez de todas sus observaciones; informes que, cada dos meses, elevan obligatoriamente los asilos y establecimientos donde se guardan menores por orden judicial. Para los calificados como «incorregibles» hay establecimientos especiales, con una disciplina más severa y un régimen más estricto.

Los resultados palpados hasta ahora — apenas estamos en el ensayo — no pueden ser más satisfactorios. El juez ha dejado de ser un funcionario temible, y la policía, así como los delegados policiales y los inspectores honorarios, son los amigos de los niños, que actúan con autoridad de padres de familia, son consejeros de los padres para enseñarles a encaminar sus hijos y realizan el gran lema inscripto por el doctor Ricardo Seeber como portada de la ley de que es él uno de los más grandes propulsores: «La ley que aquí se aplica es ley de educación y no de castigo.» Y en esa obra lo secundan con el más alto espíritu los jueces cuyos retratos publicamos, designados especial-

JUAN LEON

Nombre
Ficha N.º
Letra
Año 192
Expediente N.º
Apodo — Otros nombres en fichas N.º
Edad — años — Nacionalidad
Sitio de nacimiento
Residencia — años — Profesión
Profesiones anteriores
Lee y escribe — Hasta qué grado fué a la escuela
Procesado por
Víctima del delito de
Resultado del proceso
SEC. POLICIAL

ANTECEDENTES DEL MENOR Y SU FAMILIA

Informe del delegado sobre su conducta y moral
Informe médico sobre su salud y discernimiento
Fué procesado anteriormente
Fué detenido por contravenciones
Observaciones
Informe del delegado sobre la familia

Modelo de ficha de un menor del juzgado del doctor Oribe.



A la hora del te en la granja Las Violetas, Lomas de Zamora, destinada a mujeres por la Asociación Tutelar de Menores.



Un recién llegado a la alcaidía del Palacio de Justicia.



Doctor Luis A. Costa, agente fiscal en lo Criminal y Correccional.



Doctor Francisco I. Oribe, juez de lo Correccional.



Doctor Carlos de Arenaza, médico legista y jefe de la alcaidía.

mente entre los más antiguos y versados para entender en todo lo relativo a las causas de menores.

Por desgracia, la falta de provisión de fondos a la policía, reclamados insistentemente al Congreso, prolonga en la Alcaidía de la calle Sáenz Peña un espectáculo que debiera desaparecer para honra nuestra.

Como dato elocuente de la labor que realizan nuestros tribunales de menores, merece consignarse que por ellos pasan, anualmente, unos cinco mil chicos, de los que disponen los jueces en un diez por ciento y que, de esta última cifra, sólo un cinco por ciento son del sexo femenino.

Las asociaciones de beneficencia oficiales y privadas han constituído un Consejo Central bajo la presidencia del doctor Seeber, para coordinar los esfuerzos en favor de la infancia, y esa unidad de acción está rindiendo magníficos resultados.

Sin embargo, queda mucha tarea por delante. Es preciso instalar granjas, escuelas-talleres, reformatorios flotantes para incorregibles y todo eso se hace a base de dinero, que el Estado y nuestros plutócratas se muestran remisos en proveer.

¿Estará destinada tan bella obra a vivir lánguidamente sin abordarse a fondo el grave problema social que encara? ¿Es que no interesa a gobernantes y gobernados el porvenir de los niños, que es el de la patria? La respuesta no es difícil: educar niños, corregirlos, encauzarlos por la senda recta y provechosa, es formar honrados y libres ciudadanos del mañana.

CALCAGNO



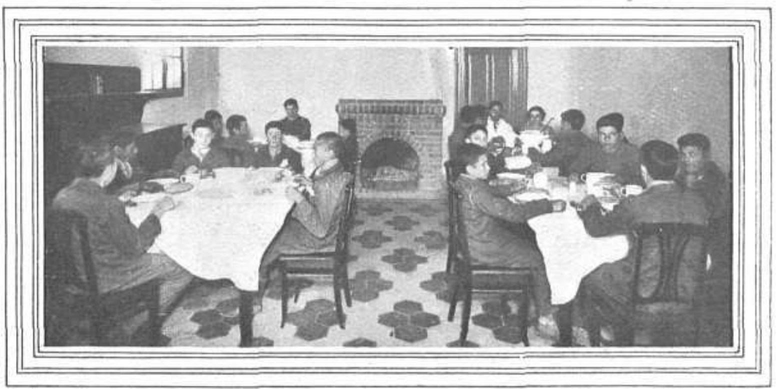
La directora de la Casa del Niño N.º 1, señora Balbina S. del Cano, resolviendo una agria cuestión suscitada entre los dos más pequeños pensionistas.



Un pensionista utilizado como mensajero para llevar despachos al Palacio de Justicia.



El artista de la Casa del Niño N.º 1 tocando el piano, siendo también un experto con el lápiz y el pincel por pura vocación y sin haber estudiado.



Asilados haciendo por la vida en el comedor de la granja General Victorica, Tigre, de la Asociación Tutelar de Menores.

LA COPA GORDON BENNETT

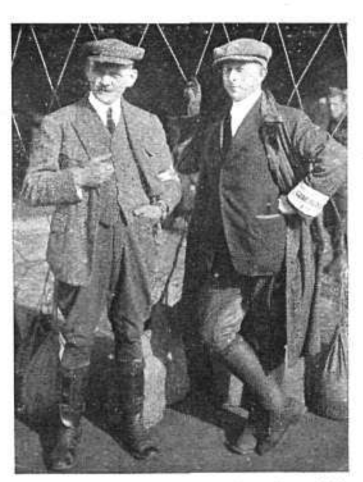
DRAMATICAS INCIDENCIAS DURANTE SU DISPUTA

□□

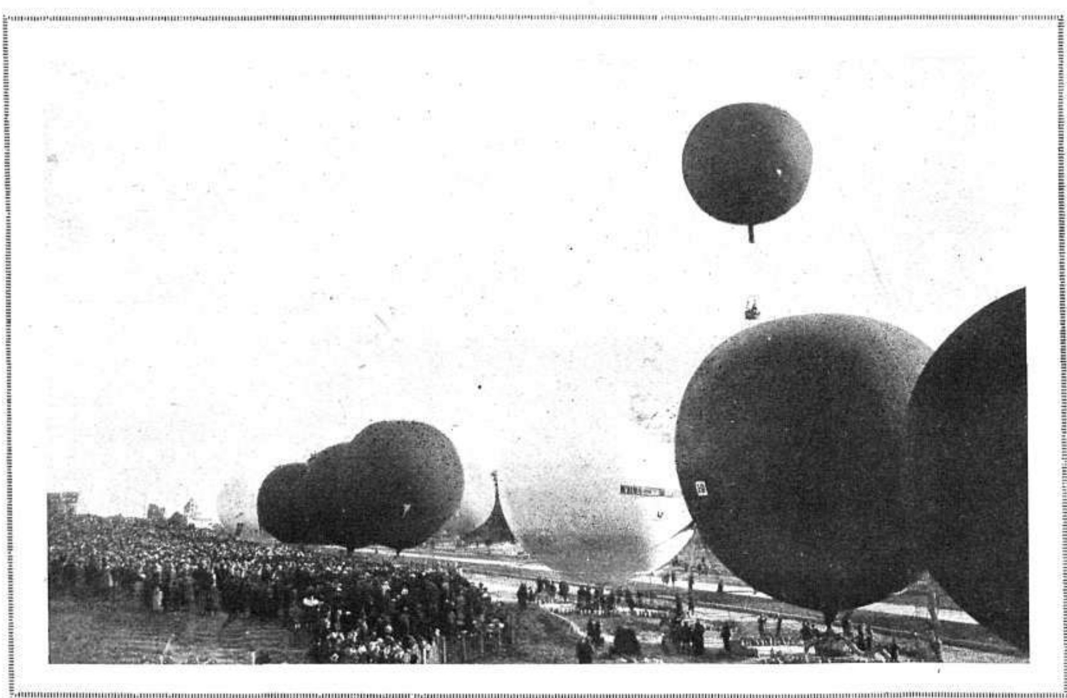


Los aeronautas belgas Demuyter y Derrousin, ganadores del importante trofeo con un recorrido de 1175 kilómetros.

La disputa aérea en globos por la copa Gordon Bennett, que todos los años adquiere resonancia mundial, tuvo esta temporada un trágico desenlace que impresionó dolorosamente en todos los centros de volación. Las furiosas tormentas que se desataron sobre la tierra belga, donde se efectuó el «raid», mantuvieron en angustiosa ansiedad al público, cuyos temores se acrecentaban a medida que transcurría el tiempo sin obtener noticias, hasta que fueron conociéndose los sucesos en que perecieron varios intrépidos pilotos a quienes resultó imposible controlar sus aparatos y salvarse en medio de la terrible tempestad que los arrojó al suelo, víctimas de su mala suerte.



El equipo del globo belga "Prince-Leopold", Veenstra y el teniente Quercin, segundos en la gran carrera 950 kilómetros.



Vista general del campo de deportes, al comenzar la partida de los esféricos, en medio de las aclamaciones de la multitud.



Capitán Guillamón y ayudante Peñaranda, pilotos españoles que tripulaban el globo "Polar" el primero muerto y el segundo herido.

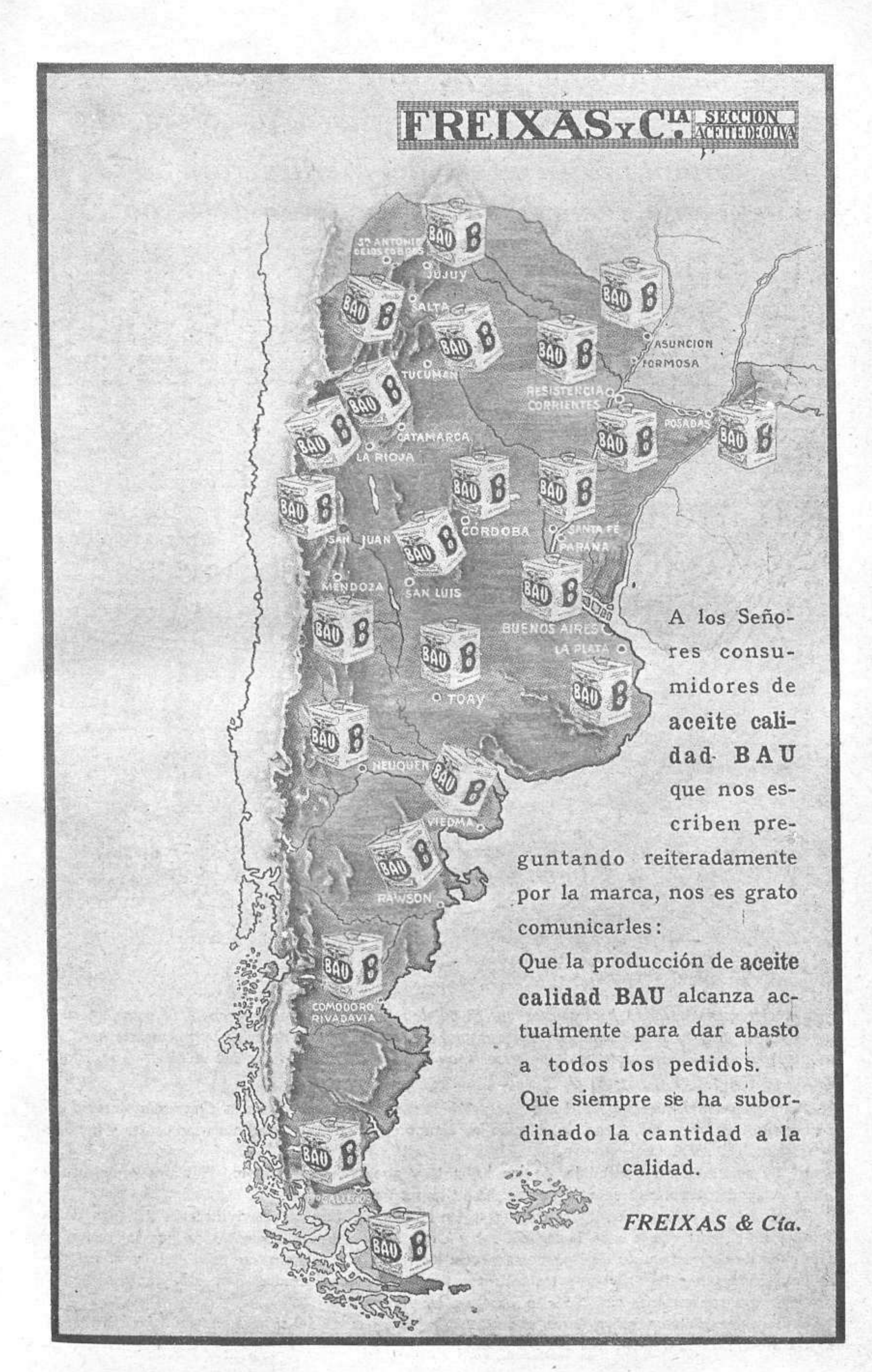


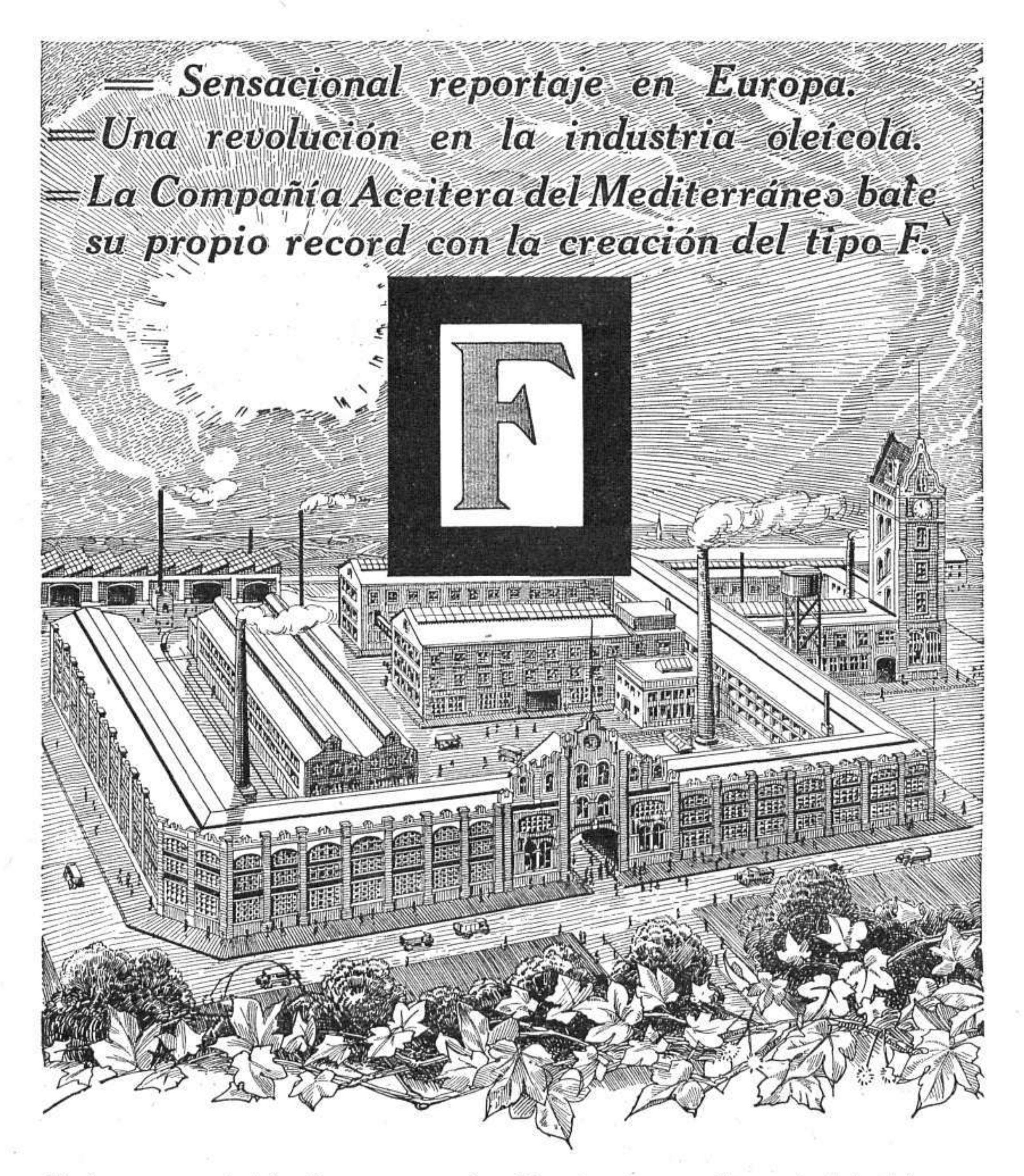
Von Grunningen, piloto, y Wahren, ayudante, que murieron en el accidente del globo "Geneve".



Los tenientes Olmstead y Choptaw, piloto y ayudante, que resultaron carbonizados en el globo norteamericano "U. S. Army 6".

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL.


FREIXAS y Cia.
SECCION ACEITE DE OLIVA
BAU B
Sta ANTONIO DE LOS COBRES
JUJUY
SALTA
ASUNCION
FORMOSA
TUCUMAN
RESISTENCIA
CORRIENTES
POSADAS
CATAMARCA
LA RIOJA
SAN JUAN
CORDOBA
SANTA FE
PARANA
MENDOZA
SAN LUIS
BUENOS AIRES
LA PLATA
TOAY
NEUQUEN
VIEDMA
RAWSON
COMODORO RIVADAVIA
A los Señores consumidores de aceite calidad BAU que nos escriben preguntando reiteradamente por la marca, nos es grato comunicarles:
Que la producción de aceite calidad BAU alcanza actualmente para dar abasto a todos los pedidos.
Que siempre se ha subordinado la cantidad a la calidad.
FREIXAS & Cía.



Nuestro corresponsal viajero hace constar que la palabra de orden para los grandes industriales, en el mundo entero, consiste actualmente en batir sus propios records. Nada de lo de ayer satisface hoy. La mejor confirmación de este espíritu de progreso la ofrecemos a nuestros lectores con el siguiente reportaje.

A las 5 de la mañana franqueábamos el portal de la enorme «clôture» donde la *Compañía Aceitera del Mediterráneo, en Fresneda,* tiene establecido su campo experimental y sus inmensas usinas y famosos laboratorios.

El día auguraba ser espléndido, de luz brillante y aire diáfano y sonoro. Habíamos madrugado a instancias del director-gerente de la importante compañía productora.

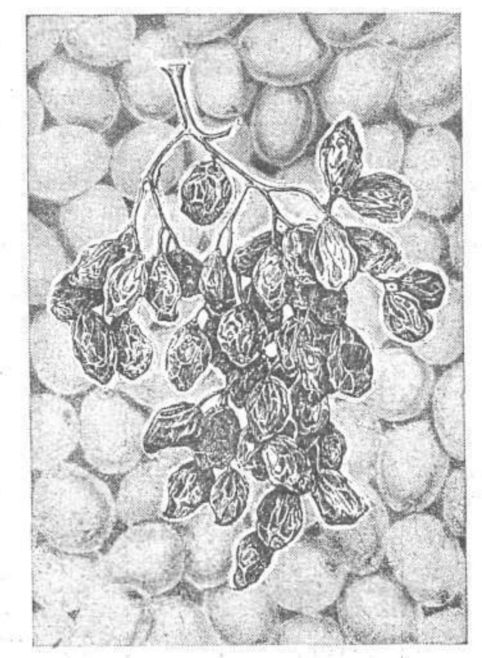
Tratábase de observar en todas sus fases «un secreto de fábrica», la vivificación del jugo de la oliva por un sistema que le hace tomar del sol y de la brisa aquellos elementos de que la rutina le ha privado desde los tiempos de Noé hasta ahora: los rigores de las prensas primitivas y el estacionamiento en los trujales, bárbaros tratamientos floralmente considerados, han sido anulados ventajosamente por operaciones científicas, a base de luz y aire.

El ingeniero-director, señor Serra nos expuso la parte técnica del secreto en una forma brillante, que trataremos de reproducir con toda fidelidad.

Inteligencia e instinto.

En el aprovechamiento de los frutos de la tierra el hombre se deja guiar *hoy* más por la inteligencia que por el instinto, así como en su *vida primitiva* — todavía actual en los pueblos que viven vida natural — el instinto lo guiaba casi en absoluto.

De ese dominio antiguo del instinto, el hombre civilizado, supercivilizado como más exactamente podría decirse, por la intervención de la ciencia en los menores detalles de su vida, conserva sin embargo, nociones obscuras, intuiciones vagas, conceptos semiborrados, sobre virtudes o cualidades raras de esos frutos de la tierra.



Dos productos diferentes hasta ahora igualmente sometidos a la obscuridad.

Acatando las leyes de la naturaleza.

El hombre de laboratorio se siente inclinado por orgullo a despreciar o menospreciar esos *datos* producidos por una experiencia de muchas razas y de muchos siglos; pero, cuando la balanza de precisión y el microscopio no alcanzan a darle la clave de un problema que el *vulgo* plantea y resuelve *sin equivocarse*, comprende que en el mantenimiento de la vida, generando energía y transformando materia, intervienen factores que se le escapan y no puede encerrar en sus fórmulas sino cambia de rumbo, volviendo a la naturaleza para utilizar sus recursos, en su mayor parte *imponderables*.

Error fundamental inadvertido hasta ahora.

Dos frutos se prestan especialmente para demostrar esta afirmación y comprobar lo antedicho: la aceituna y la uva.

Sigámoslas en su evolución:

ACEITUNA. — *(a)* Exprimida y en el trujal: Aceite, *(b)* que sin fermentos *es todo*, *(c)* en composición y propiedades, *(d)* que interesa conservar, *(e)* defendiéndolo de sus enemigos.

UVA. — *(a)* Estrujada y en el lagar: jugo o mosto, *(b)* que por fermentos se complica y eleva, *(c)* en composición y propiedades, *(d)* que interesa conservar, *(e)* defendiéndolo de sus enemigos.

Ahora bien, según la ciencia éstos son para ambos.

LUZ Y AIRE

y aquí surge la contradicción con el dictado de la experiencia, con la intuición nacida hace ya mucho y menospreciada después, al considerar que son dos frutos madurados bajo la doble caricia del sol y del viento.

Inducciones técnicas y científicas.

El hombre de ciencia se detiene y analiza el rayo de sol y lo halla complejo y múltiple, pero constante, como el aire en la brisa y en el viento ya baje de la montaña o venga del mar.

Desdobla el flujo solar y halla en él energía luminosa, energía calorífica y energía química, con propiedades intrínsecas diversas y encuentra el medio de separarlas, de aislarlas para utilizar oportunamente unas u otras. Analiza el aire atmosférico y aguzando su ingenio, aprende a separar los gases dominantes como masa (nitrógeno, oxígeno) de los escasos (ácido carbónico) o infinitesimales (ozono, peróxido de hidrógeno y gases nobles), estudia sus propiedades y descubre en estos últimos virtudes insospechadas.

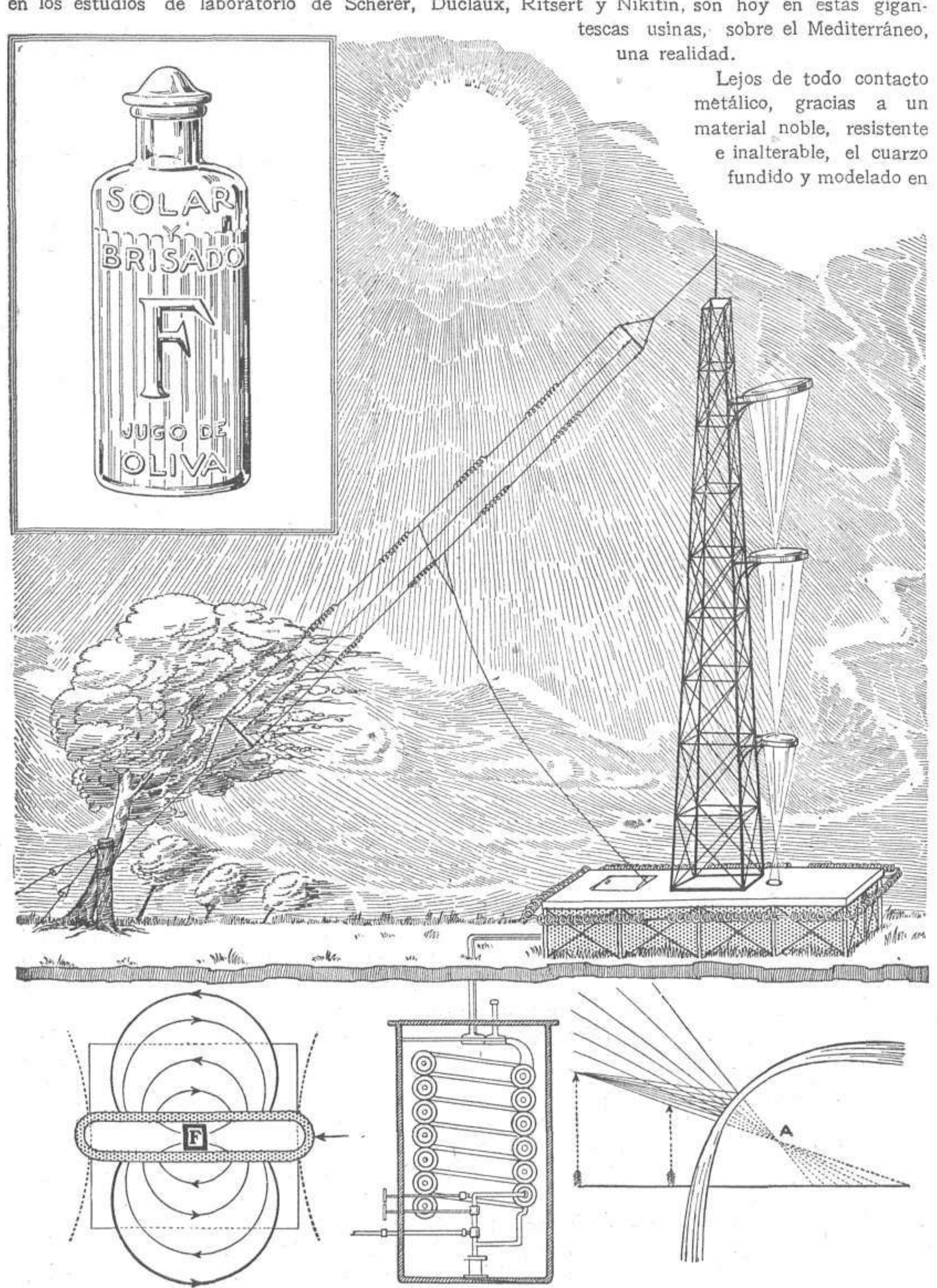


Hacia la solución.

La solución que se buscaba está hallada desde ese momento: *sol* y *aire*, pero no simultaneamente ni integralmente, sino como la planta misma los utiliza, a través del filtro de sus tejidos y de sus pigmentos, que le permiten seleccionar las radiaciones útiles y en el alternar de las noches y de los días que marcan con su ritmo el proceso oscilante de las reacciones químicas celulares.

Los métodos insinuados como tímidos ensayos por Witt-Seelingmann y Hahn, fundados en los estudios de laboratorio de Scherer, Duclaux, Ritsert y Nikitin, son hoy en estas gigantescas usinas, sobre el Mediterráneo, una realidad.

Lejos de todo contacto metálico, gracias a un material noble, resistente e inalterable, el cuarzo fundido y modelado en



Lo que hemos podido ver de las enormes instalaciones que constituyen el secreto de fábrica.

serpentinas, cubas y bombonas, la obtención del aceite puro de oliva ha sufrido una revolución. Las fases del proceso clásico se han transformado fundamentalmente: la sedimentación se acelera con centrífugas de extraordinaria potencia, el lavado se lleva al último extremo con aguas naturales no mineralizadas y tras la filtración que en este método no ofrece dificultad alguna, se procede a las dos operaciones que constituyen el secreto de la fábrica, en sus detalles, pero cuyo principio enunciamos: la *insolación* y el *brisado* en acción alternada y repetida que, conservando al aceite la totalidad de las propiedades que poseía en la pulpa del fruto, aseguran su composición constante, la invariabilidad de sus caracteres y lo hacen inalterable.









Con el aceite solar y brisado se dispone por primera vez de una base positiva para los aceites yodado, fosfatado, fosforado y ferruginoso.

Por largos tubos de cristal, que forman a manera de un gigantesco órgano, y a través de otros aparatos, circula el aceite (jugo de oliva) F que va readquiriendo las vitaminas, esencia vital nacida en el árbol y de la cual, desde los tiempos de Noé, solamente el aceite F vuelve a estar provisto.

El secreto de fábrica está bien guardado; más lo poco que dejan ver aquellas maravillosas tuberías, es lo suficiente para que se note un despertar, un regurgitar del aceite de oliva sobre sí mismo, que nos recuerda algo así como el renacer del pájaro aterido, de la rosa mustia cuando el calor del sol le devuelve vida y belleza:

SIN RIVAL PARA LAS 8 A. M.

Ningún aceite llamado medicinal compuesto, puede compararse con el aceite F natural, solar y brisado. No es un producto químico; sus virtudes las posee por la acción profiláctica, que del sol y la brisa ha recibido.

El aceite solar y brisado. Vida en potencia. Un aceite de oliva, nuevo.

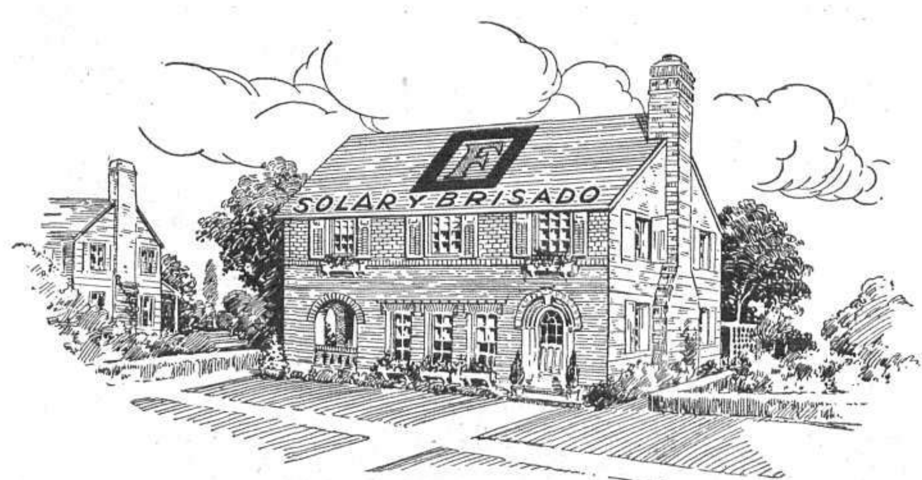
Para el *aceite puro* obtenido, límpido, de color de oro, de aroma sutil y de untuosidad inconfundible, el fantasma de la rancidez no existe: lleva en sí energía potencial, oculta, dormida, que lo defienden y le prestan propiedades, virtudes podría decirse, que el hombre puede aprovechar sin medida.

El aceite puro de oliva, solar y brisado, lleva como esencia algo del bosque, vida en potencia que nació del rayo del sol y del viento, en la fábrica que no ha hecho sino seguir fielmente a la naturaleza.

Con la creación del aceite natural F solar y brisado, la posibilidad de emplear por primera vez un jugo de oliva naturalmente vitaminado, permite la realización de aquél ideal terapéutico, que consiste en hallar una base positiva para la preparación de los aceites medicamentosos. De ahí los cuatro tipos de aceite (yodado, ferruginoso, fosfatado y fosforado) que esta compañía lanza actualmente a los mercados del mundo entero.

Terminada la interesante visita, nos despedimos del personal directivo que tan admirablemente cumple una misión beneficiosa para la industria y el público.

Corresponsal.



Oficinas de la Compañía en Fresnada.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

TRANSMISOR RADIOTELEFONICO

(Continuación)

El filtro para eliminar las variaciones de tensión, debido a la conmutación, está formado por impedancias y condensadores. Las primeras son fáciles de construir, como se indicó en el artículo anterior, pero los segundos es preferible adquirirlos.

Estos condensadores deben ser de gran capacidad, y como sobre sus armaduras está aplicada una diferecia de tensión elevada, el dialéctrico debe resistir ésta perfectamente sin correr el riesgo que llegue a deteriorarse, pues en este caso podría quemarse el dínamo. La construcción de estos condensadores requiere mucho tiempo y paciencia y es arriesgado construir un condensador de cuyo resultado no se está siempre seguro.

Se aconsejan en primer lugar los condensadores construídos especialmente para este fin, habiéndolos de distintas capacidades, de 0,5, 1, 2 y 3 microfarads, y pudiendo soportar tensiones de 500 hasta 2000 volts. Los condensadores que se necesitan deberán soportar tensiones de 500 volts, pudiéndose emplear sin inconveniente aquellos que soportan mayores tensiones, y su capacidad será de 1 microfarad por lo menos. Cuanto mayor es la capacidad, con mayor facilidad desaparece el zumbido de la conmutación, pero el costo aumenta también, de manera, que el aficionado podrá emplear condensadores de mayor capacidad siempre que se lo permita su presupuesto.

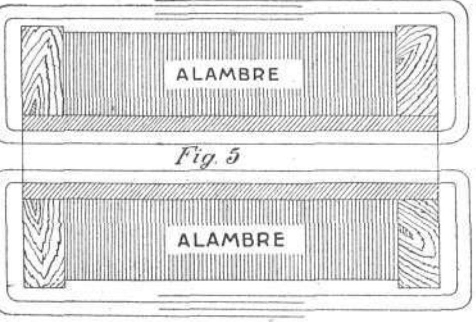


Fig. 5.

Cuando no se encuentran condensadores especiales para transmisión, pueden emplearse los condensadores para teléfono, los cuales pueden resistir tensiones de 300 volts, de manera que cuando se utilice una tensión de 220 volts, por ejemplo, se podrán usar éstos sin inconveniente, comprándolos de la capacidad indicada. En cambio, cuando la tensión sea de 440 o 500 volts, será menester conectarlos en series como lo estaban en la figura N.º 4, de manera que, resistiendo cada uno 300 volts, al estar conectados en esa forma, resisten ahora 600 volts.

En cambio, al conectarlos en esta forma la capacidad ha disminuído a la mitad. Así, si cada condensador era de 1 microfarad, al conectarlos en serie se obtiene el mismo resultado que con uno de 0,5 microfarad, de manera que al comprarlos se tendrá en cuenta esta reducción.

Si se desea obtener un condensador de capacidad resultante 2 microfarads, cada condensador deberá ser de 4 microfarads.

Si no se encuentran condensadores de esa capacidad se pueden conectar en paralelo como en la misma figura número 4.

Si suponemos que cada condensador es de 2 microfarads, al conectar dos en serie se obtiene uno de 1 microfarad, pero al conectar en paralelo con estos dos condensadores en serie otros dos condensadores en serie de igual capacidad y de capacidad resultante igual, o sea 1 microfarad, obtenemos una capacidad resultante total de 2 microfarads, porque así como al conectar dos condensadores en serie, suponiéndolos de igual capacidad los dos, la capacidad se reduce a la mitad, la capacidad sé suma cuando se conectan en paralelo.

Fig. 6

El aficionado elegirá, de acuerdo con los condensadores que encuentre en el comercio, la combinación que más le convenga, pero no debe creer que por emplear 1 microfarad de capacidad resultante, en lugar de 2, su transmisor no va a funcionar correctamente, pero el zumbido del dínamo que oirá el aficionado que ccibe la transmisión será mayor que cuando emplea 2 microfarads. De cualquier manera es importante conectar condensadores antes y después de las impedancias, como se indica en la figura N.º 4.

Las impedancias que se conectan en serie con el circuíto de filamento, como se indicó en la figura N.º 3, cuando se emplea 32 volts para el encendido de los filamentos, están construídas de la siguiente forma: Sobre un carretel, semejante al indicado para la consrtucción de las impedancias del filtro del dínamo, se envuelven 100 vueltas de alambre de 1,6 milímetros de diámetro con aislación de esmalte o algodón, prefiriéndose esta última. Con alambre se construye igualmente un núcleo cerrado como para las primeras impedancias.

La impedancia del circuíto de placa de las lámparas moduladoras se hace de la siguiente manera: Constrúyase un carretel semejante a los primeros, pero cuyo largo sea sólo de 3 centímetros, y después de haber envuelto el eje del mismo con tela aceitada bobínense 1800 vueltas de alambre de cobre de 0,3 milímetros de diámetro y aislado con algodón o seda (Fig. N.º 5). El alambre esmaltado no es aconsejable para esta impedancia. El bobinado debe hacerse colocando una espira al lado de la otra, de manera que deberá colocarse el carretel sobre un soporte que pueda girar fácilmente y a poca velocidad, guiando el alambre con una mano mientras se hace girar el carretel con la otra.

Cuando se ha terminado una capa se coloca una o dos vueltas de tela aceitada y se continúa la capa siguiente hasta dar las vueltas necesarias. El núcleo se hace igualmente con alambres, que se rebaten hacia todos los lados para formar un núcleo cerrado.

Esta impedancia tiene por objeto oponerse a las variaciones de corriente que se producen en el circuíto de las lámparas moduladoras al hablar, generando al hacerlo diferencias de tensión que se suman o se restan a la aplicada sobre la placa de las lámparas osciladoras, produciendo variaciones en la corriente del circuíto oscilante, y como estas variaciones son proporcionales a las vibraciones de la voz, la corriente de alta frecuencia resulta modulada.

Se desprende de esto que el rol de esta impedancia es importantísimo, y si las diferencias de tensión no responden a las variaciones de corriente del circuíto de las lámparas moduladoras, resultará una modulación defectuosa. La causa principal de este resultado es generalmente el núcleo de la impedancia, que debe ser de hierro especial, estando calculado para obtener un rendimiento perfecto sin distorsión, por cuya razón es preferible adquirirla que construirla y correr el riesgo de un pobre resultado. La impedancia cuyos datos se acaban de dar funciona correctamente y puede construirse sin temor, pero así como puede obtenerse un rendimiento excelente desde el primer momento puede ser causa de muchos inconvenientes.

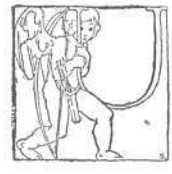
Es muy importante que el alambre que se emplee en la construcción de las impedancias sea el indicado y no menor, pues en ese caso aumentaría considerablemente la resistencia de cada impedancia, produciéndose en ellas una caída de tensión que reduciría la tensión aplicada a las placas de las lámparas.

La bobina de alta frecuencia que se conecta entre las placas de las lámparas moduladoras y osciladoras se hace bobinando 100 vueltas de alambre de 0,4 milímetros de diámetro sobre un tubo de 5 centímetros de diámetro y en tres capas, como indica la figura N.º 6.

Para hacer este bobinado es menester que el alambre esté muy estirado y, si se desea, se puede dar una mano de goma laca espesa después de cada tres vueltas, para evitar que las espiras se corran.



PREMIO MERECIDO



Un día el maestro de sexto grado después de la primera lección, llamó al alumno Gabriel Santoro, y le dijo:

—Toma esta carta, llévala al señor director y aguarda la respuesta.

Cuando Santoro salió, el maestro habló así:

—Aprovecho este momento de ausencia de vuestro camarada para comunicaros de parte del señor director, que el último día de clase se destinará a festejar el acto de arrojo de Santoro, que ha salvado la vida del niño Agustín Mandria, del tercer grado de esta escuela que estuvo a punto de perecer ahogado.

Quedan todos ustedes invitados a la ceremonia de la entrega de la medalla al valor civil, con que el presidente del Consejo Nacional de Educación, premiará a Santoro. Que nadie falte y que todos concurran complacidos a testimoniar su alegría por el honor a que se ha hecho acreedor un compañero. No digáis nada de esto a Santoro, que hoy mismo ha de recibir una notificación escrita de la dirección.

En aquel instante, Santoro regresaba al salón de clase con su expresión vivaz y seria al mismo tiempo, no sospechando nada. Entregó al maestro un sobre cerrado y un libro que el director le había dado.

Llegó el último día de clase; la escuela ofrecía un movimiento insólito. Numerosas señoras y caballeros, padres de los alumnos, iban entrando y tomando asiento en el gran patio de la casa de estudios, adornado como para una fiesta. En el centro del patio se levantaba un tablado, en el que se veía la bandera nacional rodeada de guirnaldas y de plantas; sobre caballetes descansaban los retratos de Rivadavia y de Sarmiento y alrededor de una mesa cubierta por una carpeta de terciopelo rojo, se habían colocado varios sillones. La banda de un asilo de niños, colocada en las proximidades del tablado, hacía oir hermosas composiciones musicales. Los compañeros de Santoro lo miraban con vivísima complacencia, como si el honor que le iban a discernir les tocara a ellos también un poco.

El padre y la madre de Santoro se hallaban en primera fila y miraban a su hijo, que se hallaba en el tablado junto al director, con los ojos llenos de lágrimas. El niño salvado también se encontraba allí y, pálido y grave no apartaba la mirada de su salvador. A la llegada del presidente del Consejo de Educación, se inició el acto, y, las primeras notas de la canción nacional, se hicieron oir. Apenas la banda dejó de tocar, el señor presidente llamó a Santoro y después de elogiar en breves palabras su hazaña, el peligro que corrió, su presencia de ánimo y su valor, colocóle la medalla sobre el pecho, y dirigiéndose al público dijo: De hoy en adelante éstos deben ser los únicos héroes que la humanidad debe aplaudir y bendecir, porque éstos salvan la vida mientras que el héroe de las batallas la suprime. En nombre del señor presidente de la República, tengo el honor de premiar con esta medalla al valor civil.

Santoro contestó: Gracias, señor presidente.

Los aplausos estallaron clamorosos, mientras los padres de Agustín Mandria, abrazaban conmovidos al salvador de su hijo. Terminado el acto, los escolares formaron filas y, salieron en orden de la escuela. Detrás de ellos se vieron a Santoro y a Mandria tomados de la mano.

ADELIA DI CARLO.



LA SEDUCCION FEMENINA

tiene en el cutis el más poderoso atractivo, porque no hay mayor encanto facial que una tez fresca, alabastrina y con suavidades de raso. El uso diario del

POLVO GRASEOSO **LEICHNER**

perfecciona y embellece la piel del rostro, al extremo de hacer permanentes en el cutis aquellas deliciosas y envidiables cualidades.

PRECIO EN LA CAPITAL FEDERAL: $ **1.50** LA CAJA

MENDEL y Cía.

En BUENOS AIRES: Calle Guardia Vieja, 4439.
En MONTEVIDEO: Calle Cerrito, 673.

CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

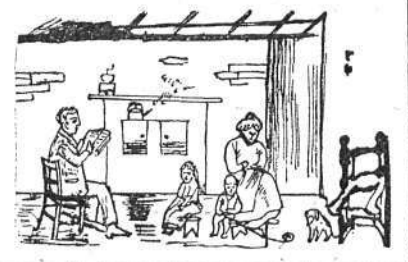




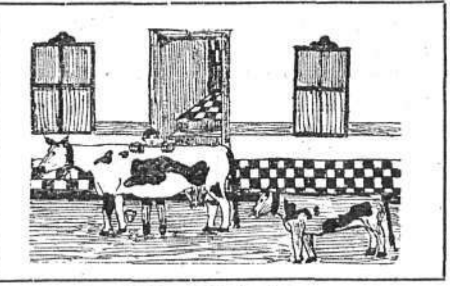
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1547—Mi amiguita Estela.
CORNELIA L. BELLAGAMBA



1548 — Mi papá leyendo CARAS Y CARETAS.
RODOLFO I. PINTOS.

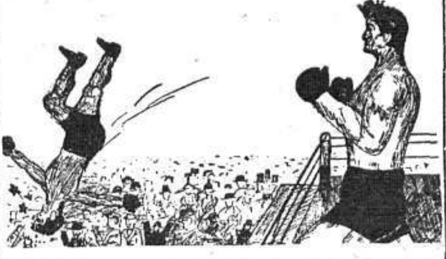


1549 — El lecherito.
ENRIQUE SABBATINI.





1550 — Las vacaciones en el campo.
OLGA CIMETTI.



1551 — Una trompada de Firpo.
JUANA UGARTE.



1552 — Una escena campestre.
BENJAMIN A. RODRIGUEZ.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!


Al acostarse
o al despertarse
indispuesto, ya sea por excesos en la comida o por una digestión deficiente, tome una copa de agua mezclada con un poco de
FERNET-BRANCA
Le procurará un alivio seguro.
No falte en ningún hogar.
Importadores: HOFER y Cía. — Buenos Aires.
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
CARLOS F. HOFER & C.
GENOVA
AMERICA del SUD

NIUA

NIUA es un vocablo quíchua que quiere decir Fuego. Perteneció este nombre a un virtuoso anciano que vivió en la región del Antis, en medio de una de esas tribus caníbales, antes que Manco Cápac llegara hasta ellos para darles nuevos dioses, más benignos hábitos y civilización agricultora.

En aquel primitivo tiempo de idolatría, la tribu en la que el vidente Niua moraba limitábase a adorar la más insignificante piedra encontrada a las orillas de un río, con tal de que ella tuviese brillantez y lucidos colores. Adoraban también no sólo los más proceros animales — como el cóndor, volador majestuoso, o el halcón, cazador hábil, o el puma, fuerte fiera, o la serpiente, sugestionante alimaña — sino que hasta al más vil insecto buscábanle una virtud por la cual era digno de ser considerado dios: El buho por sus ojos o el murciélago por su vista sutil de animal nocturno, o los peces o cangrejos por sus brillantes colores, o el sapo, las culebras o lagartijas, hallaban en aquellos primitivos, ingenuos adoradores.

Niua, anciano vidente, sufría con aquello. El deseaba más altura en el objeto de adoración, y ya que los suyos necesitaban, en su torpeza, poner en algo sus sentimientos de idolatría, en algo que sus ojos carnales vieran, anhelaba el vidente anciano que ese algo estuviese muy por encima de las torpezas y mezquindades de sus existencias.

Había entre aquellos primitivos quienes adoraban la tierra porque les entregaba sus frutos benéficos; quienes adoraban las aguas porque de ellas extraían los peces con que alimentábanse; quienes adoraban al aire que respiraban, y hasta quienes ponían su adoración en la piedra esmeralda, la más bella y rara piedra preciosa de cuantas conocieron (*).

Y a estos hombres de más elevada mentalidad fué a quienes inculcó Niua el anhelo de poseer un dios más encumbrado, más intangible y más beneficioso: el Fuego. A ellos inculcó su ansia de poseer esa cosa móvil y loca a veces, serena y brillante otras veces, que aparecía ante sus ojos asombrados ya en forma de voraz incendio, ya en forma de sol o de luna, para hacerles mal o hacerles bien a los hombres.

Niua les inculcó el ansia de poseer ese ente animado de extraña vida, tan múltiple, y ser a su vez ellos los amos de lo mismo que muchos de los más sabios ahora adoraban. Porque si los más torpes de la tribu ponían su fe idólatra en un batracio o en una piedra, había *Kakauchu* (mago) en ella que adoraba ya al majestuoso Inti (sol), o a la dulce Ati (luna), o al devorante Illapa (rayo).

Entonces Niua decidió pedir a quien todo lo creó y todo lo puede, una partícula de ese algo que en el sol, la luna y el rayo resplandecía.

El más anciano de los Kakauchus de la tribu le aconsejó el sacrificio. En un altar de piedra se quemaron haces de *cunca* (maíz) y sobre sus cenizas sacrificáronse carneros, ovejas, corderos y perdices; y retirado Niua a lo más alto de la montaña, aguardó siete días y siete noches — viviendo en el más completo ayuno — a que el *todocreador* lo hablase. No obtuvo voz alguna de El, y tornó entre los hombres.

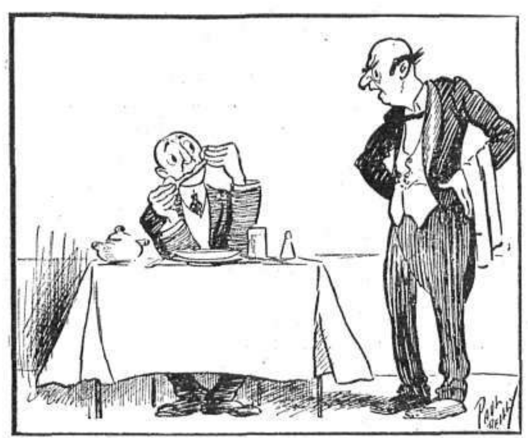
El Kakauchu le aconsejó un nuevo sacrificio hecho con sangre humana: ante el altar de piedra, toda la tribu se sangró ya de los brazos o de las piernas. Niua lo hizo del nacimiento de la nariz, en el entrecejo, por ser el más solemne de los sacrificios. Retiróse como antes a la soledad, a vivir en el ayuno; pero ninguna voz le anunció que el sacrificio hubiese sido reparado por *quien todo lo puede*. Y tornó de nuevo entre los hombres.

El Kakauchu le aconsejó entonces el último y más terrible de los sacrificios: inmolar al menor de sus hijos, un doncel de quince años. No dudó Niua en hacerlo, y en el altar de piedra, vivo aún, el propio padre abrió el pecho de su muy amado hijo; le arrancó el corazón y los pulmones, según era su bárbara costumbre y, sobre el agonizante doncel, leyó en su corazón y pulmones que habían salido

(*) El diamante y otras piedras más valiosas no eran originarias del Perú.



EN EL SUBTERRANEO
—¡Hace una hora que me tengo sobre un pie!
—Sí; sobre el mío, señor...



El mozo al cliente hambriento: —¡No sé cómo no se echa usted en el suelo para comer!

intactos, la grata nueva de que su sacrificio había sido aceptado. Retiróse a la montaña acompañado esta vez de sus dos hijos mayores; y los tres ayunaron por largos días sin hablar palabra entre ellos, consagrados a la meditación de su propia pena.

Cierta noche los tres fueron despertados por una voz silbante que decía:

— ¡Sígueme! ¡Sígueme!

Vieron ante sí una monstruosa serpiente como nunca antes en el Antis, donde tan grandes serpientes había, y la siguieron. Toda la noche caminaron por sitios recónditos y bordeando precipicios: delante el anciano Niua, detrás el mayor de los hijos y por último el otro.

Ya alboreaba la aurora cuando oyeron voces de socorro de este último; pero ni padre ni hermano dieron vuelta, siempre detrás de la serpiente... De pronto ésta desapareció; ya era de día.

Desorientados, sin saber hacia dónde ir, padre e hijo miraron a todas partes; vieron entonces, allá en el abismo, el cuerpo inanimado del doncel; y en la contemplación dolorosa de aquél despojo querido se hallaban cuando oyeron una voz dura que les decía:

— ¡Sígueme! ¡Sígueme!

Y vieron un cúntur (cóndor) de tamaño como hasta entonces jamás vieran. Bajaron a la llanura; volando, el cúntur los guiaba. De pronto se les acercó amenazante, arrojando espumarajos por la boca, erizada la pelambre del lomo, un horrendo puma. Ambos, padre e hijo, se arrojaron al suelo ofreciéndose a él, según era costumbre entre los suyos, a quienes era grato ser comidos por aquel animal sagrado; pero el puma, desdeñando al padre, arrojóse sobre el hijo. Lo mató de un zarpazo y con su presa entre los dientes tornó a la montaña.

El cúntur dijo a Niua:

— ¡Sígueme!

Y éste se puso de pie y lo siguió... Mucho anduvieron: cruzaron valles, escalaron cumbres, atravesaron bosques, vadearon ríos y, al fin, bajó el cúntur y se internó en una cueva; tras él fué Niua y se halló en plena obscuridad, sin saber a donde ir, palpando con las trémulas manos extendidas las húmedas paredes.

Y de pronto, punto luminoso que se agrandaba paulatinamente, un resplandor surgió de entre las sombras y se agrandó hasta ocupar todo el recinto de la cueva, lumíneo e irradiando fuego vivísimo que cegaba al anciano. Cuando éste hubo de cerrar los ojos doloridos por tanta luz, una voz surgió de ella:—Yo soy Illa Tici Uira-Cocha, el dios único, el supremo, el creador de todo. Tú eres el primer hombre que me oye y me adora; en adelante yo seré el adorado entre los tuyos, pero sin altares, sin imágenes y sin templos.

Guardad éstos para el Inti y el Ati, criaturas mías, representantes míos entre los hombres... Quiero premiar tus sacrificios, anciano, porque mi bondad es infinita. Extiende tus manos, coge esta ánfora y vete. No la abras hasta estar entre los tuyos.

Extendió Niua las manos temblorosas de pavor y apretó entre ellas una ánfora, y comenzó a andar.

A la entrada de la cueva halló el cúntur que lo guió por la llanura hasta la montaña y, en ésta, halló a la serpiente, que lo guió hasta el sitio en que por primera vez se le presentara. Desapareció la serpiente. Era noche ya y Niua siguió andando hasta hallarse entre los hombres de su tribu.

Ya entre ellos, rodeados de su ansiosa expectativa, abrió el ánfora y de ella sacó dos guijarros de vulgar aspecto: dos guijarros como los muchos que allí había. Encendióse de cólera el pecho del anciano Niua, creyó que el don de aquellos vulgares guijarros era una burla del dios, pensó en sus tres hijos muertos para conseguir esos vulgares guijarros y tiró, iracundo, uno contra el suelo y luego el otro contra él; y del choque de ambos brotó una chispa y esta chispa encendió un haz de hierbas secas del suelo. Y desde aquel instante los hombres se hicieron los amos del fuego, de ése que en el Inti majestuoso o en el Ati dulce o en el Illapa devorante, resplandece.

Y por eso el fuego es capaz de tanto bien y de tanto mal, porque él procede de la bondad de un dios y de la cólera de un hombre.

ERNESTO MORALES



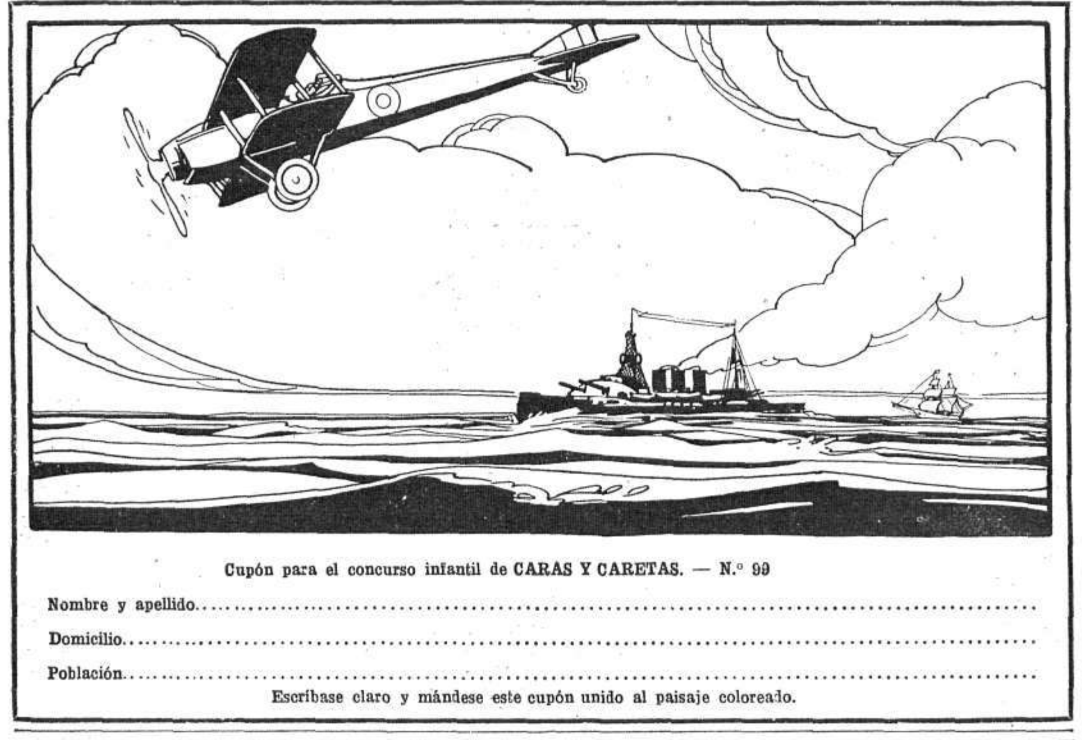
— ¿Cuándo uniremos nuestras dos vidas, Hortensia?
— ¡Imposible! La raza de su perro difiere muchísimo de la le mi perra.



— Querida amiga: te presento al autor de mis días.
— Una obra muy criticada... señora...

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 99

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.


BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
744, FLORIDA, 744 - Buenos Aires
Unión Telefónica 1752 y 1365, Retiro
Cooperativa Telefónica 3708, Central
Trapiche
Reserva
TRAPICHE
EL MEJOR VINO DE MESA

Almanaque biográfico nacional

Por J. M. BARRIA



Doctor Carlos Tejedor.

Doctor Benjamin Paz.



Señor Félix Frias.



Doctor Nicolás Berrotarán.



Doctor Juan Pujol.



Doctor Simón Iriondo.

DIAS		AÑOS Nacimiento	AÑOS Muerte	NOVIEMBRE — PATRIOTAS, GUERREROS, HÉROES Y BENEFACTORES DE NUESTRA VIDA POLÍTICA Y SOCIAI
1	Jueves	1861		Aguirre, Diógenes, contraalmirante.
2	Viernes	1838		Chassaing, Juan, jurisconsulto y poeta.
3	Sábado		1919	Irigoyen, Ignacio D., político y Mand.
4	Domingo	1817		Tejedor, Carlos, Jurisc., Esc. y Mand.
5	Lunes	1812		Almando Segura, Lino, militar.
6	Martes		1880	Campos, Estanislao del, poeta y Per.
7	Miércoles		1887	Colombres, Ignacio, médico y Mand.
8	Jueves	1849		Aguirre, Julián A., Jurisc., Mand. y E.
9	Viernes	1854		Frers, Emilio, jurisconsulto y político.
10	Sábado		1902	Paz, Benjamín, Pres. de la S. Cte. Nal.
11	Domingo		1919	Bunge, Rodolfo, militar, guerra Par
12	Lunes	1850		Esquer, Angel María, Jurisc. y Esc.
13	Martes		1863	Peñaloza, A. Vicente, Gral. (a) Chacho
14	Miércoles		1909	Falcón, Ramón, jefe de policía.
15	Jueves		1895	Ocampo, Manuel.
16	Viernes	1822		Seguí, Juan Francisco, jurisconsulto
17	Sábado		1907	Victorica, Julio, escritor.
18	Domingo		1881	Frías, Félix, hombre político.
19	Lunes		1900	Temperley, Jorge, benefactor.
20	Martes		1921	Jones, Amable, médico, Mand. y Mtir
21	Miércoles		1915	Saavedra, Carlos, doctor.
22	Jueves	1838		Segovia, Lisandro, Jurisc. y escritor.
23	Viernes		1902	Pagola, María, padre de los pobres.
24	Sábado		1911	Berrotarán, Nicolás, jurisconsulto.
25	Domingo		1902	Montan, Benjamín, coronel.
26	Lunes		1895	Aráoz, Bernabé, mandatario.
27	Martes	1817		Pujol, Juan, Jurisc., Mand. y político.
28	Miércoles		1903	Roca, Rudesindo, general.
29	Jueves		1907	Larroque, Alberto M., jurisconsulto.
30	Viernes		1887	Iriondo, Simón, Jurisc., Mand. y Pol.

TCHINE Y GEORGETTE

POR

LUZ Y SOMBRA





Echarpes, vestidos juveniles, vestidos de fiesta, vestidos de luto, capas, sombrillas y sombreros, blusas y fina ropa interior, prendas sueltas y juegos de alto valor — se confeccionan en crepé de Tchine y en crepé Georgette, hermosos pajes que sostienen el carro de la Moda en los meses del verano abrasador.



Vestido para nenita, en crepé roumaia color paja, bordado de azul y de verde.

Crepé de Tchine y crepé Georgette se dividen los favores, los dos igualmente frescos y sentadores, los dos igualmente elegantes.

En la nueva colección de la máxima tienda bonaerense he visto algunos lindísimos modelos de vestidos en crepé Georgette: uno de ellos, de color rosa suave combinado con puntilla plateada, otro color cyclamen (lila pálido) bordado de tubitos de cristal, muy bonita combinación de una elegancia joven y delicada. Otro vestido de crepé turquesa estaba adornado de pequeñas rositas de plateado (crepé Georgette y plateado es la alianza de la estación), con tubitos de cristal y pequeños frunces laterales. En fin, un modelo del mismo crepé color fresa, todo bordado de tubitos y de perlas, sobre un forro de satín del mismo color.

Los bordados de perlas, ya sean solo en el cinturón, ya sean en todo o en parte del vestido de crepé Georgette, están muy en favor, y con frecuencia estos vestidos son acompañados de capas de crepé Chine del mismo tono, con motivo de otro color, como azul marino sobre beige.

He visto un vestido de crepé Georgette rose «buvard» de bata japonesa, cinturón del mismo, y pollera formando un delantal plissé. Unos motivos de bordado en negro rodeaban el talle, terminando a lo largo del delantal en dos bellotas negras. Otro vestido, color marfil, liso, llevaba una bata bordada de fina seda coral formando cuadros grandes, lo mismo que el fondo de la pollera. Un volado en el escote y otro formando una manguita cortísima, eran de crepé plissé coral. Una cinta del mismo color ceñía ligeramente el talle. El tono coral, el rosa y el lila pálido, están muy en favor para la ropa interior de crepé Tchine, y los batones de alta elegancia (deshabillés) que se desposan a la puntilla ocre.





Por la tarde, en la playa, la elegante luce sencillo vestido de crepé de Chine liso o estampado, o los dos combinados. Y por la noche, cuando no se da la preferencia a los vestidos de estilo en taffetas o a los vaporosísimos de tul, son robes-chemises lisas en crepé de Tchine enteramentes bordadas de perlas las que hacen resaltar la belleza de la señora aunque no muy joven.

En la fig. 1 vemos un modelo de deshabillé de crepé verde realzado, en el talle, por un motivo bordado del que caen unas franjas de perlas gruesas. Un gran cuadrado de puntilla, del mismo tono de verde, empezando en los hombros y sujetado a las muñecas, da gracia y esbeltez a la silueta.

La fig. 2 nos ofrece un vestido de noche en crepé Georgette negro, bordado de perlas grises y blancas, y completado por un grande ruche de cinta en el talle, en lugar del clásico bouquet.

Vemos en la fig. 3 cómo emplear el crepé para modernos vestidos de señorita. La primera es una combinación de crepé Georgette liso para la pollera, y estampado para la blusa que termina con un cinturón drapeado y atado atrás. (Metraje 2,50 crepé liso, 2 metros crepé estampado). La pollera de volados, tratándose de géneros finos, afina la silueta, mejor dicho, la esfuma y por lo tanto conviene no solamente a las señoritas de línea un poco pesada, sino — y sobre todo — a las delgadas. El otro modelo es de crepé de Chine verde almendra, de bata lisa y pollera plissé a «panneaux», interrumpidos por tiras angostas abotonadas en el cinturoncito de la bata. (Metraje 5 por 1).

Y por último, veremos un empleo del crepé en las blusas de sport. En el grabado 4, hablando con la figurita sentada que viste una robe-*chemise* de franela blanca bordada en tonos vivos formando galones, vemos la graciosa silueta de una tenniswoman, vistiendo sobre una pollera de sarga blanca plissé, una blusa de Tchine grueso bordada de seda albaricoque. Metraje: 2,80 por 1 (robe-chemise); 2 por 1 (blusa).





SEÑORA:

HAGA VD. RESALTAR SU PROPIA BELLEZA modelando su cuerpo con un CORSE PERFECTO confeccionado en la CASA IZQUIERDO, calle Carlos Pellegrini, 490.

Para adquirirlo, pida Vd. hoy mismo nuestro nuevo catálogo de Corsés y Fajas, en la seguridad que a su recibo quedará Vd. gratamente impresionada. En él hallará todo lo más nuevo y bello que hasta la fecha se ha creado.

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490, CARLOS PELLEGRINI, 490 — BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA 38 MAYO 0313

¿PUEDE OIRSE CON LOS DEDOS Y VER CON LAS NARICES?

Una muchacha de 17 años, natural de la ciudad de Fanesville, en el Estado de Wisconsin, América de Norte, demuestra la posibilidad de hacer lo que en el título expresamos.

Willete Huggins, es sordomuda y ciega, tenía nueve años cuando quedó huérfana y fué internada en el colegio de ciegos y sordomudos de Fanesville. Bajo la presión de su doble desgracia física, la niña creció sin demostrar mayores condiciones que las comunes a los afectados por ellas. Cinco años después cambió totalmente al hacerse cargo de su educación la profesora Elena Keller, famosa por su método de enseñar a distinguir los diversos sonidos que la garganta emite por medio del tacto.

Willete aprendió, pues, a servirse de la sensibilidad de las extremidades digitales, llegando a oir perfectamente al aplicarlas contra la garganta de la persona que habla. Al mismo tiempo desarrolló a su sentido del olfato de manera sorprendente para todos cuantos la veían. Y entonces, Willete fué presentada el 26 de abril del año pasado ante la Sociedad Médica de Chicago.

Varios puntos están aun en discusión, pero he aquí los resultados comprobados con respecto a la chica en cuestión:

Puede reconocer sonidos hablados cuando sus dedos tocan la garganta de quien habla. Ella insiste en afirmar que no oye los sonidos, sino que «los siente». Puede oir o sentir los sonidos mediante una larga varita como un taco de billar, uno de cuyos extremos se apoya contra el pecho de quien habla y el otro sostenido por una mano de la joven.

Willete lleva consigo una especie de teléfono para sordos, pero en vez de usarlo aplicando el aparato al oído, aplica los extremos digitales al diafragma y afirma que siente los sonidos. Puesta a la prueba, se le ha hecho sentir conciertos y piezas de teatro y Willete ha explicado correctamente lo que ha oído. Ayudada, pues, por el aparato telefónico, puede perfectamente sostener una conversación.

Willete siente la tinta en los diarios, y puede leer el título y los valores de los billetes de banco, y no se duda que pueda oler los colores. En una prueba reciente en la Universidad del Noroeste, distinguió perfectamente treinta tintes diferentes, mediante el olfato solamente. Y puede identificar a las personas por el olor. «Ella conoce hasta cuándo el gato de la familia entra al cuarto donde ella se encuentra y sabe cuándo se va el animal».

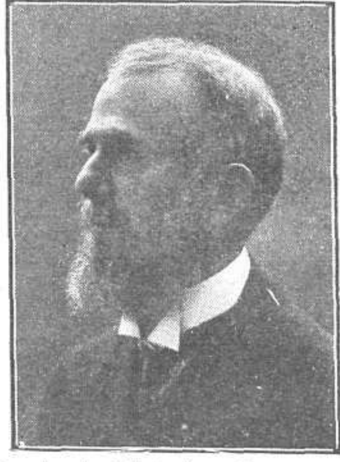
Médicos y psicólogos están debatiendo aún la exacta naturaleza y capacidad de los sentidos de Willete, y las pruebas científicas de su caso continúan. Pero puede afirmarse desde luego, que la niña tiene desarrollados los sentidos del olfato y del tacto en un grado extraordinario.

PENSAMIENTOS

¡Dichosos los que consagran su vida al bien universal! ¡Qué pequeños resultan a su lado los egoístas!

Los que hacen alarde de fortaleza con los débiles, siempre son cobardes con los fuertes.

Ingeniero Angel Cantoni



Ingeniero Angel Cantoni, cuyo deceso a causado penosa impresión en todos los círculos sociales donde el extinto gozaba de merecidas estimaciones por sus cualidades morales e intelectuales. Hasta el hogar del gobernador Cantoni, hijo del extinto, han llegado múltiples manifestaciones de pesar por la irreparable pérdida.

Especialidades de la Casa América



CONCERTOLA N.º 341 bis.

PRECIOSO GRAFOFONO de corneta interna; caja en nogal de Italia o con terminación a caoba, finamente lustrada, midiendo 41 ½ × 35 × 29 ½ centímetros. Puertitas modificadoras del sonido y tapa con cierre a resorte y cerradura. Motor suizo de una cuerda reforzada y regulador «Sin Fin». Brazo acústico último modelo 1923, con dispositivo para tocar toda clase de discos, **con o sin púa**, y membrana «América» extra sonora. Precio: con tres discos dobles, 200 púas y embalaje gratis.................. **$ 99.50**

Otros modelos desde $ **35.—** hasta $ **1.350.—**



Solicite Catálogo N.º 21 enviando $ 0.20 en estampillas.

¡NUNCA VISTO!

GUITARRA VALENCIANA

LEGITIMA

$ 39.-



Precio Réclame para dar a conocer su calidad insuperable. Precioso instrumento, construído con todo esmero en madera extra fina de Nogal de los Pirineos, cuádruple filete alrededor de la tapa armónica, boca típica **Valenciana**, voces inmejorables. Se remite con método para aprender sin maestro y embalaje gratis. Otros modelos de guitarras Nacionales, Españolas e Italianas desde

9.50 hasta $ **500**

Solicite catálogo ilustrado N.º 23 enviando $ 0.20 en estampillas.

Nuestras cuerdas armónicas darán doble valor a su guitarra

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado.

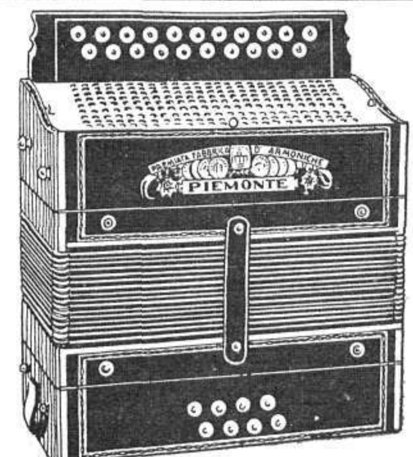
Encordado Tripa Romana, impermeables «Colorada» con bordonas de seda amarilla, a.................. $ **2.70**

Encordado Tripa Romana, impermeable «Amarilla», con bordonas de seda violeta, a.................. $ **3.60**

Encordado Tripa Romana, «Concertola», con bordonas seda violeta, a.... $ **4.20**

Por los tres encordados juntos cobranos solamente, pesos.................. **10.—**

Pidan catálogo N.º 30. Buena comisión a revendedores.



ACORDEONES FINOS

N.º 6012. — **Acordeón** de 8 bajos, voces fuertes y vibrantes, con método para aprender sin maestro, y embalaje gratis.................. $ **21.—**

N.º 6015. — **Acordeón PIEMONTE,** 8 bajos y 19 voces de acero. Con método para aprender sin maestro, y embalaje gratis.................. $ **30.—**

N.º 6017. — **Acordeón PIEMONTE,** 8 bajos y 21 voces de acero finísimo, modelo igual al dibujo. Con método para aprender sin maestro, y embalaje gratis $ **67.50**

Grandioso surtido en acordeones SEMITONADOS, a PIANO y CROMATICOS, exclusivamente articulos finos y modelos de STRADELLA. Solicite gran catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

Enlace



Señorita Anita M. Laura con el señor Manuel Fugassa. — Capital.



Señorita Anita Véspoli con el señor Eduardo B. Dartsguelongue. — Mar del Plata.



Señorita Aurora Minolli con el señor Alfredo Cuella. — Trenque Lauquen.

Señorita Carmen Moine con el señor Constantino Moro. — Ayacucho.

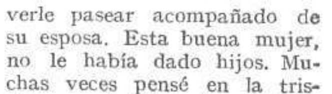
DESPEDIDA CON DISCURSOS

(C U E N T O   D E   O F I C I N A)



Porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las ajenas vidas.

CERVANTES.



Después que un hombre trabaja treinta años en una empresa, extrañará que no haya conseguido hacerse querer por ninguno de sus compañeros de tarea. Sin embargo, esto es lo más corriente, sobre todo, si ha ocupado durante ese tiempo el puesto directivo. Ningún subalterno perdona la intolerancia y el rigor que para con él se ejerce desde arriba, porque sabe que no siempre son los capacitados los que mandan.

¿Cuál es el enigma de la vida? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos? Hay hombres que nacen engalanados por la aristocracia del talento y llevan el destino de ser jefes. Los hay también que se elevan impulsados por influencias y amistades, y son los *camelots du roi* que defienden intereses de terceros para asegurar la propia comodidad. Y existen los intrépidos, *souffleurs* ceremoniosos y mendicantes, *nouveaux riches*, almas negras que desgraciadamente forman la caravana de los más.

Mr. Captain Scott llegaba a las puertas de la primer categoría, sin pasar adelante, no por el descomunal volumen de sus formas — sino debido al orgullo casi pedante que de intento ponía en sus actos y manifestaciones. Se avaluaba a peso de oro, y robustecía ese concepto, en la razón de que, cuantos le rodeaban, valían menos que él.

Mr. Captain Scott era físicamente la imagen más fiel del gordo Falstaff. Por lo restante, se distanciaban entre sí cual un polo del otro. Nunca le vimos alegre. Jamás, al dirigirse a uno de sus empleados, tuvo una frase bondadosa o irónica. Cada diez años acordaba un aumento de diez pesos. No hizo reir a nadie.

Aparte del *Good morning Sir*, *Good evening*, *Sir*, *y Good night*, *Sir*, no cambiábamos palabra con él, y sólo respondía a estos saludos si eran expresados en inglés. Hacía por escrito la mayor parte de sus comunicaciones, y su secretario, Turpin, se encargaba de impartir las órdenes y velar por su ejecución.

Mr. Captain Scott era el Superintendente, y por lo tanto, no debía intervenir en las oficinas del Contador Mr. Mac Murdo, donde yo era empleado. Pese a todo, le gustaba hacerlo, y Mr. Mac Murdo se veía obligado a mantener una eterna guardia contra él. Me confortaba verlos frente a frente. Era una gran lección de diplomacia, cuyo final sabíamos de memoria los pobres tinterillos. Las reparaciones se cargaban a nuestra cuenta.

Todas las oficinas estaban instaladas en el mismo caserón de madera, viejo e incómodo. Mr. Captain Scott debía recorrer una distancia de quince metros para trasladarse de su casa particular al despacho, distancia ocupada por un elegante jardincito, donde solíamos, en las mañanas de buen sol, verle pasear acompañado de su esposa. Esta buena mujer, no le había dado hijos. Muchas veces pensé en la tristeza de su vida, junto a ese hombre sin palabras, sin sonrisas, sin bondad. Sus abundantes y blancos cabellos contrastaban con su rosada tez, dando la impresión de una juventud perdida angustiosamente. Místress Scott evitaba tratar con nosotros, situación que suponíamos le habría impuesto su esposo. Cuidaba el jardín, y era fácil notar el amor que consagraba a sus plantas. No podía ser mala una mujer como ella. Sus labios siempre sonreían beatíficamente, y en sus ojos, una mansa pasividad reflejaba la dulzura de su alma. Era bella y simpática. No cabe duda: durante sus treinta años de residencia en esta ciudad, había asimilado la más espiritual gracia latina. Impresionaba. Pepe, el pequeño dactilógrafo de la oficina, manifestaba sin atreverse a declarar más, que era digna de ser querida como una madre.

▭ ▭

Mr. Captain Scott me despreciaba a raíz de un incidente. Los sábados, de acuerdo con la práctica inglesa, se nos dispensaba asueto por la tarde. Pepe y yo, gracias a nuestra buena estrella, debíamos tornar a la oficina. Mr. Mac Murdo estimulaba nuestras aptitudes. Siempre tenía algún trabajito agradable para nosotros. Generalmente la labor consistía en copiar a máquina estadísticas y contratos... Instalados en el mismo escritorio, uno frente a otro, poníamos a prueba la flexible velocidad de nuestros dedos. Libres de la custodia del jefe, se descansaba largos ratos, y chiste que va y viene, la goma de borrar cumplía muy a menudo su misión. Amenizábamos también las horas, paladeando algunas copas de Oporto — los despachantes se interesaban por nuestra salud — o leyendo versos. Pepe surgía a la vida de Don Juan, y su almita romántica se extasiaba escuchando las sentimentales becquerianas.

Una de esas tardes leía, a ruego de Pepe, el truculento poema de Espronceda: «El Diablo Mundo». Al notar la atención con que me escuchaba, y a fin de impresionarlo mayormente, di a mi voz un alto tono declamatorio. No bebíamos en *copa chica*, y el espíritu del primer vaso de Oporto ingerido revivía mi oratoria, fogueada en la gran campaña pro Impuesto Unico. Estaba ante *Un Hombre* y eché al diablo «El Diablo Mundo». Rugía como un león de feria. Y cuando Pepe no pudo abrir más la boca, se abrió la puerta, apareciendo ante nosotros una terrible cabeza enfurecida. Se me cortó la voz con un horrible gallo. Mr. Captain Scott parecía un león de veras. Avanzó hasta nosotros, me quitó el libro de la mano, sacudió la botella de Oporto, vol-



có el que contenían los vasos y después nos bombardeó:

—¡Son ustedes unos perfectos canallas! ¿Han confundido la oficina con un cabaret? ¿Se viene aquí para cantar y beber? ¿No les da asco beber? Como diez veces repitió esta última frase, sin encontrar otra. Su enorme persona se sacudía temblorosa de indignación.

No respondimos una palabra. Poniendo en movimiento las máquinas de escribir batimos un record de velocidad.

Mr. Captain Scott, al fin, decidió marcharse; antes de cerrar la puerta nos dijo alzando el puño:

—¡Ya sufrirán las consecuencias, borrachos!...

□ □

El lunes a primera hora recibió el contador una nota del superintendente, en la cual se hacía historia del hecho. Mr. Mac Murdo nos llamó a su despacho, y, protestando indignado, nos exigió la sincera narración de lo acontecido; sufría la intromisión de Mr. Scott, y le molestaba profundamente la nota, en la cual se exigía un *duro correctivo para esos malos dependientes*, a quienes, sólo él se creía autorizado a reprender. El desmentido categórico y rotundo que hicimos a las manifestaciones de la nota, nos obligó a un careo con Mr. Scott. Y cuando sostuvimos ante él que no bebíamos Oporto sino refrescos, y que no recitábamos versos, sino que dictábamos un contrato, creí que nos tragaba, y por las dudas me alejé unos pasos. La cosa no era para tomar a broma. Ya sabía yo que siete vacas flacas se habían tragado a siete vacas gordas, y que el pez grande se traga al pez chico. También pensé en Jonás, el más feliz de todos los tragados, pues volvió a ver la luz saliendo por la boca. Mr. Scott comprendió que perdía la partida y se encaró con Pepe, esperando hacerle confesar la verdad. Antes, quiso impresionarlo, y le habló con gravedad del horror de la mentira, etc., etc. Pero Pepe había sido monaguillo, y estaba acostumbrado a escuchar sermones sin tomarlos en serio. Nuevamente confirmó lo dicho con tal brío, que dudo volver a encontrar en mi vida un hombre que defienda *la verdad* más heroicamente.

Mr. Mac Murdo gozaba la derrota del superintendente, y en cuanto se produjo el primer silencio aventuró un:

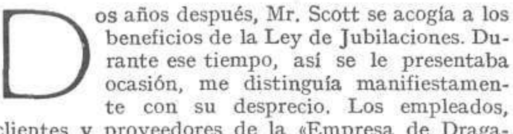
—Bueno, yastá, qué vamos hacer...

—Es vergonzoso — respondió Mr. Scott — comprobar el descaro de esta gente. ¡Cargan todos los vicios, muchachos malditos! Cantan, beben y son mentirosos; triste destino les espera. A usted, caballerito — se dirigía a mí — no crea que esto ha terminado ya. Es usted un pillo, y su perversidad no le permite comprender que arrastra en su caída a este muchacho inocente: y dirigiéndose a Pepe, continuó: — Huya de este mal amigo. No acepte sus convites. Beba agua, como yo, y su espíritu y su cuerpo estarán sanos y fuertes. Después nos indicó la puerta, y nos marchamos a la disparada.

A la tarde volvimos a ser llamados por el contador.

—Ahora mucho cuidado — nos dijo. — Mr. Scott tiene a ustedes mucha rabia. Cuidado entonces. Sino, *chau*...

El significado de la palabra *chau* en boca de Mr. Mac Murdo no exigía ser explicada mayormente. Pepe y yo comprendimos que no era tiempo de vacaciones, y comenzamos a trabajar bien, comportándonos honestamente...



Dos años después, Mr. Scott se acogía a los beneficios de la Ley de Jubilaciones. Durante ese tiempo, así se le presentaba ocasión, me distinguía manifiestamente con su desprecio. Los empleados, clientes y proveedores de la «Empresa de Dragados», no ignoraban esto. Era un refrán, en boca de todos, esa repulsión infantil y grotesca con que me hostilizaba de continuo. Como no soy hombre de fortuna, le tenía apego a mi puesto, y así llegó a triunfar mi paciencia.

Al tener noticia del retiro de Mr. Scott, no debo manifestar que experimenté júbilo; esto podría ofender al cielo. La ternura humana vierte su lágrima en la hora de las despedidas. Mr. Mac Murdo también olvidó por su parte, y me propuso organizar una colecta a fin de hacer un obsequio a Mr. Captain Scott. Al comunicarme su deseo, no había mucha firmeza en su voz. Era un simple acto de cortesía, del cual le bastaba dejar constancia. Hizo una lista de adhesiones, suscribiéndose con cinco pesos, y me dió encargo de hacerla circular entre los empleados y obreros. No pudo menos que sorprenderme el hecho de ser yo la persona electa por Mr. Mac Murdo para llevar a cabo el homenaje, sabiendo, como lo sabían todos, que Mr. Captain Scott me despreciaba. No era muy cómoda mi situación. Intimamente, a la sola idea de su alejamiento, sentía desvanecerse toda mala disposición por él. No soy hombre hecho para grandes pasiones, si bien soy capaz de prometer amor eterno a cuanta mujer quiera escucharme. Pepe y Querol me ayudaron con su consejo, y quince días después entregábamos a Mr. Scott un pergamino y una medalla de oro. En cuanto al pergamino, después que obtuve las firmas de los más altos empleados, seguí estampando con la zurda los nombres del personal restante. Era aquello un zafarrancho de líneas y borrones, indigno de figurar en el cuaderno de un colegial indisciplinado. Mr. Scott, era persona de buen gusto, incapaz de desacreditarse. Es de creer, por lo tanto, que no lo exhibirá nunca a la mirada ajena.

□ □

Mr. Mac Murdo quiso solemnizar el acto, y al efecto me pidió le redactara un pequeño discurso. A las 17, los representantes de los obreros llegaron a la contaduría, y media hora después, la comisión en pleno se hacía anunciar en casa de Mr. Scott. Este y su esposa nos recibieron sorprendidos, haciéndonos pasar al *hall-comedor*, donde Mr. Mac Murdo, sin mediar explicaciones, llevándose el papel muy junto a los ojos y con la diestra tendida hacia el Capitán, lo mismo que si estuviera reprendiendo a un empleado, leyó el discurso de la mejor manera que pudo.

Una claque bien organizada no tributa mejor aplauso. El superintendente y el contador se abrazaron, mientras místress Scott secaba las lágrimas que corrían por sus mejillas. Fué un momento de emoción. Mr. Scott se repuso pronto de él, y dirigiéndose a nosotros, dijo:

—¡Caramba!, yo no sabía nada de esto. ¿Por qué no me avisaron? ¿Cómo puedo agradecerles ahora? No tengo nada preparado...

Miraba en derredor cual si buscara alguna cosa. Místress acudió en su ayuda.

—¿Por qué no convidas con una copa de whisky? Sin esperar respuesta se dirigió al aparador, y, abriendo las puertas del mueble, descubrió a



nuestra mirada una cantidad de botellas de diversas etiquetas y formas. Un precioso concierto de licores...

El whisky no era malo y la sed mucha. Mr. Scott brindó por nosotros repetidas veces. Pepe y yo le contemplábamos como quién ve visiones. ¡Oh, Captain! ¡Oh, mi Captain!, el buen bebedor supo ocultarse bajo la mala capa.

□ □

Las fiestas no cesaron con esto. Mr. Scott quiso despedirse retribuyendo atención por atención, y, al efecto, nos comunicó que el día antes de partir invitaba a todo el personal a un lunch de despedida. En sociales de «The Standard», se había hecho crónica del agasajo dispensado al superintendente por el personal, y Mr. Mac Murdo también figuraba allí con todos los títulos. Esto le sirvió de aliento, y quiso repetir la prueba. Le volví a redactar un discurso *largo y bonito*. Durante la mañana del día fijado para la despedida final, permaneció en el despacho, ensayando sus aptitudes de orador. Deseaba lucirse y ver nuevamente su nombre impreso en el diario inglés. Con esta esperanza hubiera hecho cosas peores...

Después de la tarea, el personal de la «Empresa de Dragados» se reunió frente a la casa de Mr. Scott. Se nos hizo posar frente a una máquina fotográfica. En el deseo de inmortalizar el acto, se obtuvo un grupo digno de ilustrar una historia del infierno bolchevique.

Desde la calle, veíamos en el «hall» la mesa engalanada; sandwiches, masas, champán... (y a todo esto, el chasirrete sin poder explicarse el por qué de nuestra inquietud ante el objetivo). A pocos instantes de que desfalleciéramos, oímos que Mr. Scott daba la voz de: ¡adelante! Su esposa, con la dulzura de siempre, nos dió la bienvenida, invitándonos a rodear la mesa. Nuestra ansiedad desbordaba, y Místress Scott pareció comprenderlo con la mayor sencillez del mundo... Mr. Mac Murdo y el obsequiante ocuparon la cabecera. Fué un momento solemne. Las miradas iban del uno al otro, en medio de un completo silencio, mientras las bocas se engañaban deglutiendo el maná de la saliva...

— «Señores — dijo Mr. Captain Scott, «agregando a manera de rectifica- «ción — queridos compañeros: al «llegar la hora de la despedida «he querido reuniros a todos, «a fin de expresaros mi más «profundo agradecimiento «por lo mucho que os «debo. Soy pobre de «palabra, y no po- «dré significáros- «lo como sería mi «deseo, pero, vosotros «bien lo comprendéis, «y eso me consuela»... La emoción le ahogaba; no pudo continuar. Mr. Mac Murdo creyó llegado su momento. De haber leído a Homero:

No conviene
que en discursos el tiempo se consuma
y la lid se retarde; todavía
está sin acabar la grande empresa
a que venimos todos.

(La Ilíada. — Canto xix).

otra hubiera sido su determinación. Decididamente la fortuna le fué adversa, pues, al verle temblar en la diestra las dos hojitas blancas del preparado discurso, Mr. Scott advirtió al instante su propósito, y sin darle tiempo a musitar palabra, le rogó enternecido:

— ¡No hable Mr. Mac Murdo, mi mujer se emociona mucho! — y cruzándole el brazo por la espalda, se apartaron a un rincón, donde siguieron hablando. Místress Scott, comenzó a servir. Querol y Pepe la secundaron. Todas las manos se tendían a ellos. Después, cada cual obró por su cuenta. Masas y sandwiches desaparecían como por un tubo. Las mandíbulas entraban en calor, y el «champán frapé» las refrescaba. Fué una comilona de gente pobre. Se pedía o se arrebataba con desfachatez. La alegría era completa. El gasto estaba pago.

Cuando el contador y el superintendente se acercaron a la mesa, pudieron contemplar sesenta rostros satisfechos, sonriendo a las bandejas y botellas vacías. Mr. Scott revisó éstas últimas esperando encontrar un resto, a fin de brindar con Mr. Mac Murdo, pero fué en vano. Buscó luego en el aparador. Sobre la mesa sólo había veinte y dos botellas, y él decía haber comprado dos docenas. En total, Mr. Mac Murdo tuvo que conformarse con otro abrazo.

□ □

Al día siguiente, Querol nos llamó al archivo. Una vez reunidos, poniéndome una mano sobre el hombro y dirigiéndose a los demás, dijo:

— ¡Muchachos!, este desgraciado — lo decía por mí — es más papista que el papa. Si él se ocupó hasta lograr que se despidiera a Mr. Scott como correspondía hacerlo con un hombre bueno, o con un amigo noble, bien podemos nosotros obsequiarle con una copa de «champán» para que no nos abandone nunca...

— Champán de bolita, querés decir — agregó Pepe.

— Champán pura uva, muchachos.

Y volviéndose al estante que estaba a sus espaldas, separó unos libros, sacando dos botellas de «Pommery» que puso sobre la mesa.

— ¿Estás loco? — le pregunté. — ¿Quién las va a pagar?

— ¡Destapen, destapen! — gritó Querol, sublime de alegría — ¡menos averigua Dios y perdona!



LAZARO LIACHOVITZKY



Los aplaudidos artistas María Melato y Ernesto Sabbatini en el te de honor que les fué ofrecido en el Círculo Italiano por su bellísima actuación en el Teatro Colón.

Enlace Macguire-Mackey. Los novios y la corte de honor en la fiesta que se dió en el Savoy Hotel, a la que asistió la colectividad irlandesa.



A este lugar solitario
vienen, cual nuevas ondinas,
a bañarse estas tres chinas:
Carmen, Petrona y Rosario.

Las tres son chicas bonitas
que aman la higiene, el aseo,
y que muestran el deseo
de parecer señoritas.

Para ello, primeramente,
compraron, por *subscripción*,
una caja de jabón
REUTER, el más excelente,

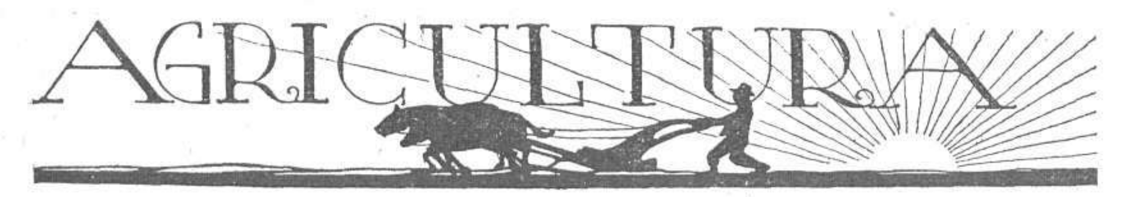
el jabón de calidad,
que quitándole rudeza
le da al cutis fortaleza,
matiz blanco y suavidad.

De Rosario



Miembros de la comisión de la Cruz Roja Argentina que inauguraron un consultorio médico gratuito, el que funcionará bajo la dirección del doctor Bárbaro.

La distinguida artista, señorita María Melato, rodeada por un núcleo de señoras que la acompañan durante su visita a la escuela Dante Alighieri.



LAS MALEZAS Y SU DESTRUCCION

Declarada ya la primavera a favor de la temperatura que se eleva y de las lluvias frecuentes, toda esa falange de hierbas parásitas de la vegetación cultivada, que llamamos «yuyos», «malezas», «zizanias», germinan, brotan, se desarrollan e invaden los sembrados y los plantíos en las chacras, quintas, huertas y jardines, en todas partes y en todo momento, disputando y robando a las plantas útiles el espacio, la humedad y los alimentos contenidos en el suelo.

Para combatir las malezas desde la iniciación de su desarrollo o durante el mismo, cuando no se pueda hacerlo a mano, de raíz, efectuando el deshierbe, el único medio más valedero y eficaz es la aplicación de las carpidas, las que no solamente destruyen las malezas sino que también rompen la costra que se forma en la superficie del suelo, después de las lluvias y principalmente en tierras arcillosas; con esta remoción de la superficie se airea más la tierra y se interrumpe la evaporación del agua, que desde las capas profundas del suelo se organiza y prosigue hasta las superficiales, formando así como una capa protectora más o menos espesa que impide a la tierra secarse; es esa misma capa que en el «dry farming», cultivo de secano, constituye la que llámase «sábana de polvo», que proteje al suelo de su evaporación, conservando la humedad de la misma a disposición de las plantas cultivadas; por esto mismo dice un antiguo adagio agrícola que: una carpida equivale a un riego.

La carpida a mano en un maizal.

Ahora, ¿cuándo deben hacerse las carpidas? Esta operación hay que hacerla lo más pronto posible, para no dar tiempo al yuyo de crecer e invadir el terreno, porque después, cuando está grande y arraigado, es más difícil sacarlo; en cambio, tiernito y pequeño se seca más fácil y rápidamente; y también hay que repetirlas tantas veces sea necesario para mantener siempre libre el terreno y el sembrado; pueden resultar dos o tres o más, según el cultivo de que se trate y según la limpieza natural del suelo; en tierras nuevas, la invasión de malezas no es tan grande; en chacras sucias, en cambio, la tierra está preñada de semillas de malezas, unas que salen temprano y otras más tarde; en cultivo de secano hay que repetirlas cada vez que llueve para almacenar el agua caída; esto no obstante, hay que advertir que no debe efectuarse esta operación con tiempo lluvioso y tierra mojada, sino con tiempo bueno y tierra oreada.


La carpida con tracción animal en los grandes cultivos.

Para todas las plantas cultivadas las carpidas son útiles, pero para algunas son indispesables; así, por ejemplo, para los cultivos de verano y siembras en línea: maíz, papas, algodón, porotos, etc., no se puede prescindir de las carpidas, pues el resultado de la cosecha, en lo que a rendimientos se refiere, depende en buena parte de esta operación, pues las malezas no solamente restan fertilidad al suelo, por los alimentos que le sacan, sino, y es lo que más se debe tener en cuenta, le quitan humedad, elemento éste que, aun en pleno verano, nunca sobra y siempre hace falta en la mayor cantidad.

Para efectuar las carpidas se emplean diversas clases de instrumentos; las azadas y los escardillos son los útiles primitivos, si se quiere, pero de la mayor eficacia, puesto que manejados por la mano del hombre ejecutan un trabajo prolijo y perfecto; para huertas, quintas y jardines, los carpidores del tipo Planet son indiscutiblemente muy adecuados, porque hacen un trabajo perfecto y más rápido que la azada; la rastra de dientes, de uno, dos o tres cuerpos, viene después por orden de importancia y por la cantidad de trabajo que con ella se efectúa; los cultivadores de tracción animal constituyen los instrumentos más perfectos, porque hacen, con sus dientes o azaditas, un trabajo muy bueno con la mayor rapidez, especialmente entre las filas de plantas cultivadas en líneas; y, en fin, la rastra de discos puede ser empleada con ventaja, sobre todo en terrenos no sembrados aún, pues con sus discos remueve y tritura los terrones con bastante perfección.

En terrenos no cultivados, como son los caminos y senderos de parques, jardines, donde no haya otra vegetación que la parasitaria, se puede proceder a su destrucción aplicando, por medio de regaderas o pulverizadores, líquidos o soluciones corrosivas, de sulfato de cobre al 8 por ciento, o sulfato de hierro al 15 por ciento; o una mezcla de sulfato de cobre, kilogramos 2 y nitrato de sodio 10, en 100 litros de agua; se necesitan por lo menos 10 hectolitros de solución para 1 hectárea; este procedimiento sólo puede emplearse en reducida escala, pues resulta caro y además hay algunas malezas, como el cardo, la enredadera y otras, que son refractarias o poco sensibles a la acción de los líquidos que hemos mencionado.

El mejor medio, pues, para combatir y destruir estos enemigos de la vegetación cultivada y útil es, en primer lugar, no sembrarlas con semillas sucias, y después, emplear los escardillos, las rastras y los carpidores, esto es: carpir, carpir y carpir.

HUGO MIATELLO
ING. AGRÓNOMO.



¡UN REGALO PARA Vd.!
N.° 516. — ANILLO de oro 18 Fix, pulido, liso, forma herradura, $ 11.00
N.° 509. — GEMELOS de oro 18 kilates FIX cincelados, el par....... $ 7.90
N.° 522. — AROS etruscos, imitación plata u oro viejo, el par... $ 4.00
A todo comprador le obsequiaremos con una preciosa alhaja del Pozo de la Suerte, en el que se han puesto miles y miles de regalos de gran valor, los que podrán sacar los mismos compradores. Para nuestros clientes del interior les mandaremos con su pedido el regalo extraido del pozo, el cual les causará una gran sorpresa.
N.° 523. — PIEDRA color u obscura, aplicac. plata vieja, el par.... $ 2.90
N.° 136. — PLATA 900, con iniciales grabadas o esmalte..... $ 5.00
N.° 139. — GEMELOS de plata 900 con iniciales que se deseen en esmalte, el par....... $ 5.00
N.° 506. — ORO 18 kilates sellado macizo, cincelado, con monograma, pesos........ 24.00
N.° 505. — ANILLO para caballero, oro 18 Fix, con 1 piedra quim.. $ 9.00
VENTAJOSA OFERTA PARA NOVIOS
UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/uno, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo $ 30.-
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates.......... $ 45.-
N.° 515. — ANILLO doble cintillo, de oro, con 14 brillantitos simili, a pesos.......... 12.00
N.° 510. — PLATA 900, para señorita, con el nombre en esmalte, varios modelos....... $ 3.90
De oro 18 kilates, macizo.... $ 16.00
GRAN MODA
PULSERA de moaré fino, placa de plata 900 con cualquier nombre en esmalte.... $ 5.00
La misma de oro 18 kilates, sellado, maziza................ $ 15.00
¡OCASION!
Esta pulsera con reloj enchapado en oro, máquina Suiza, Precio increíble....... $ 12.00
La misma ench. en oro 18 kilates................... $ 25.00
ESTE RELOJ
PRECIO INCREIBLE
$ 14
DE PLATA 800, 3 tapas, máquina Suiza, bien observada, y con cadena.
$ 14
Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.
Los giros postales dirigirlos a nombre de P SEITLER
N.° 520. — AROS de oro y químicas....... $ 12.00
La Suiza Americana
RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
N.° 521. — ENCHAPADO en oro 18 kilates y químicas....... $ 6.00
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

BIGAUD (F. C. P.). — Parte del público que asistió al acto de la colocación de la piedra fundamental en sitio donde se erigirá el templo de Nuestra Señora de Luján.


Niños del Colegio Avellaneda que celebraron su primera comunión en la parroquia de las Mercedes.

EL PAPEL

Acostumbramos pensar sobre el papel refiriéndonos solamente a, los periódicos, sacos, papel de envolver, papel de seda y cartón; pero bueno es recordar que el campo que cubre el papel es mucho más amplio.

El hule en el suelo de su cocina puede ser que antes haya sido papel; alguna de las alfombras que usted usa y que usted cree son de paño, son de papel; sus sillas de mimbre y su mesa puede que no sean de mimbre, y sí de papel; las cubiertas de los cojines en el pórtico, que parecen de paño, puede que sean hechas de papel. Y el papel procede de la madera.

Más de una tercera parte de la seda que se produce actualemnte está hecha de pulpa de madera.

Un abeto de Noruega es cortado y enviado a los Estados Unidos; aquí se corta en pedazos pequeños, después hecho en pulpa. Esta pulpa se mezcla con una substancia química que la hace tan espesa como la melaza, que es comprimida y puesta en una máquina hiladora, de la cual sale en forma de hilo.

A este hilo se le da color, se convierte en género y tenemos la suave seda artificial.

Los discos de su fonógrafo puede que hayan procedido de medera de Alaska, y la cuerda que ata sus paquetes probablemente fué una vez árbol en Maine o Wisconsin.

Se publican tantos periódicos que si fueran a desparramarse en la tierra, con sólo los de una semana habría suficiente para cubrir todo el territorio de la república.

¡EL GRAN KUMPF!

TRUMBULKUNF era hijo legítimo de la dulce Dorotea Hachthaler y del arrugado Wilhems Trumbulkumpf, y había nacido en plena Prusia a la edad de un día. Este último detalle era el solo punto de semejanza de Trumbulkumpf con el resto de la humanidad, por lo que nosotros no nos detenemos en subrayarlo.

En todo lo demás resultó extraño.

De hecho, cuando su padre le llevó a la puerta de la alcaldía de su localidad, el burgomaestre se hizo un lío con tener que escribir semejante nombre... ¿Trum... Trum?...

Lo intentó una primera vez, una segunda, y como cada vez acertara menos, cogió, al fin, la pluma del tintero.

— Hágame el favor de escribirlo usted, señor mío...

— Bien...

— ¿No le daría a usted lo mismo llamarse de otra manera?

— ¡Pero como ese es el apellido de mis antecesores! ...

— No se trata de sus antecesores, se trata de un registro... ¿No puede usted nombrarse como todo el mundo? ¿Es que hay quien se llame Trum... Trum?... ¿Trum... qué?

— Bulkumpf...

— ¡Bah! Con franqueza... Yo creo que bastará con inscribir la tercera parte del apellido...

Por tal circunstancia, el joven Optimate Trumbulkumpf se convirtió más brevemente en Kumpf.

□

LO que Kumpf se comió de salchicha hasta la época de su matrimonio, ningún carnicero sería capaz de decirlo.

La salchicha y la Filosofía eran las dos grandes pasiones de Kumpf, no dejando la una sino para dedicarse a la otra, y viceversa.

Por esto mismo habría llegado a ser su juicio de un peso decisivo para la reputación de los antiguos sedicentes glotones de Roma y Atenas. Al primer bocado hubiera podido decir la edad de la empanada, la naturaleza de la berza, si era macho o hembra, la madera de su barrica y hasta las opiniones políticas del salchichero.

Cuanto a la Filosofía, para él resultaba horadada como una espumadera.

Así como el luchador clava la rodilla en el pecho jadeante de su adversario, así Kumpf se aplastaba sobre sus libros, obligándoles a exteriorizar en provecho suyo toda su substanciosa medula.

Hace ya de eso cuarenta y nueve años, y hoy, cuando va por las calles de Koenigshofen, con su larga levita abierta al viento, los bolsillos abarrotados de libros y el sombrero de copa echado sobre las orejas, los estudiantes dejan sus vasos de cerveza, salen al umbral de los establecimientos y hacen el saludo militar al famoso señor doctor Kumpf, la gloria de la Universidad, el que al Sedán militar, al Sedán comercial, ha triunfalmente añadido el Sedán intelectual, aplastando como moscas sobre su gran puño a todos los filósofos franceses.

□

DESDE hace algún tiempo la digna madame Kumpf se muestra inquieta.

— ¡Kumpf, trabajas demasiado!

Y la verdad es que Kumpf trabaja ferozmente.

Kumpf, que habría digerido el tapón de un tonel de choucroute, Kumpf siente vértigos de estómago, lo mismo que un bávaro de *Unter der Linden*.

Kumpf, que hubiera hecho locuras en su juventud para oler solamente una salchicha al ojo, Kumpf deja ahora cuajarse en su plato la grasa del embutido.

¡Pero, piensen ustedes! Al final de su gigantesca carrera Kumpf acaba de abordar la cuestión colosal, primaria, la cuestión fundamental, que es la base de todo y que él se ha olvidado de tratar en su principio: ¿Dios existe?

Toda la humanidad ha dicho que sí, pero, alto: Kumpf dice que no.

Y él lo dice en un libro formidable, de una profundidad enorme, en el que ha amontonado con su cerebro alemán razonamientos irrebatibles.

En el mundo entero se siente ya esta bala de cañón. Las revistas racionalistas, apoyándose en la fuerza de la artillería, aconsejan a todas las iglesias que arríen su pabellón si no quieren ser destruídas como edificios apolillados. No obstante, Kumpf está inquieto... Kumpf no vacía, como antes, de un trago su vaso de vino... Hasta se ha visto al ilustre Kumpf sentado un día tras los pilluelos en las explicaciones del Instituto... En resumen: Kumpf vacila todavía en dar a la imprenta, impaciente, el famoso visto bueno, tras del cual no se puede retroceder.

□

UNA cosa hay que preocupa a Kumpf: la existencia del mundo.

Aparte tal detalle, él demostrará a ustedes claro como el día que Dios no existe, que la idea de una Era suprema es una ficción, nacida en un cerebro enfermo de tuberculosis histérica.

¡Pero... el mundo existe! Y no solamente el nuestro, sino todos los miles de mundos que gravitan desde hace miles de años con velocidades vertiginosas y armonías sublimes en el infinito de los espacios...

Por tanto, ¿quién ha hecho todo esto? ¿Quién?

Si es necesario un carpintero para hacer un buró, un relojero para un cronómetro, un sastre para un traje, un impresor para un libro, parece que deberá ser preciso un Dios para el Universo.

Y esta conclusión es la que preocupa a Kumpf espantosamente, porque si él llega prosaicamente, como todos los mortales, a reconocer que Dios existe, se le antoja que no será él, Kumpf, el que derribe la divinidad; él, al que los estudiantes saludan como la gloria ambulante de la filosofía, como el único Kumpf.

□

Monsieur y madame Kumpf a la mesa.

Kumpf, preocupado, mueve la ensalada frunciendo las cejas.

De repente se detiene y mira de frente a su mujer.

— Dime, Carlota... Si yo te dijera que esta ensalada se ha aliñado ella sola, que nadie la ha lavado, cortado y preparado, que la sal, la pimienta, el aceite, el vinagre, los ajos, los «tropezones» se han venido aquí por sí solos, sin que nadie los traiga, que los huevos se han cocido también solos, y mondado solos, y divididos en rajitas regulares solos...

La mujer no le deja concluir. Súbitamente espantada se levanta de la mesa, tira la servilleta, aparta la silla, se precipita en la cocina, donde la plácida Barbe come tranquilamente su queso de Múnster:

— Barbe — le dice — mi pobre Barbe.... Kumpf...

— ¿Qué pasa? — pregunta la criada alzando sus gruesos ojos azules.

— ¡Kumpf se ha vuelto loco!...

□

A consecuencia de esta escena íntima, Kumpf, el gran Kumpf, concluyó su magnífico libro de filosofía confesando, a su pesar, que Dios debe existir.

PIERRE L'ERMITE

SONETOS ROMANTICOS

GOLONDRINAS

Escaparemos de las sugestiones
del mundo falso, amada, y con sencilla
virtud, no iremos tras de lo que brilla,
sino hacia el fondo de los corazones.

Lejos del hervidero de pasiones
rastreras y de todo lo que humilla,
a nadie doblaremos la rodilla
sacrificando nuestras ilusiones.

Seremos fuertes contra todo evento,
sanos de corazón y pensamiento,
unidos siempre por el mismo anhelo.

De tal manera que a pesar de todo,
pasaremos volando por el lodo,
como dos golondrinas por el cielo!

PUREZA

Yo tengo sed de una caricia pura,
de un beso sin lujuria, hecho de ensueño,
que penetre en mi carne con ternura,
tan dulcemente como un casto sueño.

Huyan de mí los besos de locura,
los sabios besos de que he sido dueño,
y huya de mí esa sensual tortura
que azota al cuerpo con feroz empeño.

Quiero pureza, castidad, un alma
derramando su bálsamo de calma
sobre mi vida aguijoneada y triste,

y quiero una caricia sin pecado;
un beso casto que jamás me han dado,
¡una caricia que tal vez no existe!

LOPEZ DE MOLINA

VOY CAMINITO...

Voy caminito de tu corazón,
dulce refugio que en mi noche vi.
¡Qué larga y triste mi aproximación!...
¡Cuánta distancia me alejó de ti!...

Voy caminito de tu corazón,
¡y sabe el cielo cuándo llegaré!...
De su ternura, de su compasión,
última senda descubrir no sé.

Voy caminito de tu corazón,
y el pobre mío ya no puede más:
¡siempre está lejos, cálida fusión,
y hay un desierto si me vuelvo atrás!...

Voy caminito de tu corazón...

ALEJANDRO INZAURRAGA

EL TORNEO

Montado va el mancebo sobre gentil bridón...
La justa es de gran prez, en la caballería,
y está el palenque lleno de luz y bizarría,
y reina, allí, la amada de su fiel corazón.
Ya entonan los clarines su bélica canción;
ya gritan los farautes con ruda algarabía,
y en la estacada lucen su noble gallardía,
apuestos paladines de heráldico blasón.
Ya parten los corceles, ligeros cual centellas,
y al choque de mil lanzas que brillan como estrellas
murieron los guerreros, sin gloria y sin honor...
...También murió el mancebo... y al tiempo que [moría
vió que su amada prenda al vencedor reía...
¡Tales son en la vida las burlas del amor.

RUBIO POLO

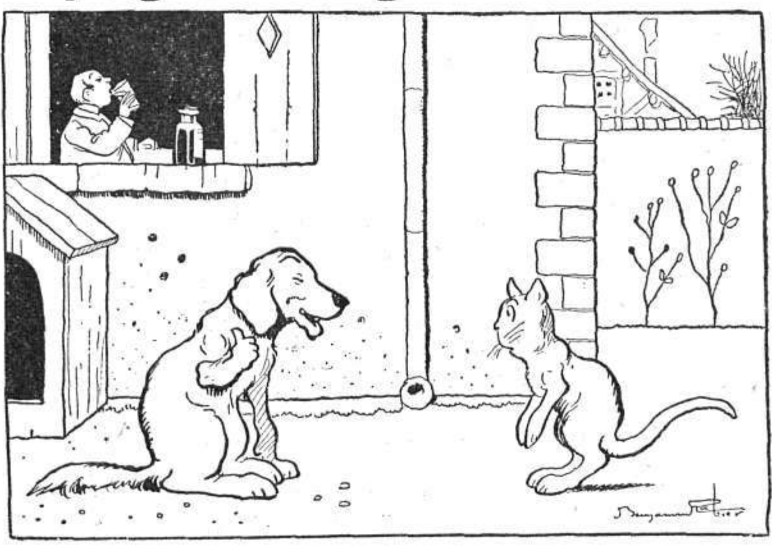
Bodas de oro



Los esposos señora Rosa Pastorini y señor Juan Cambiaso rodeados de su numerosa descendencia el día en que celebraron el 55.º aniversario de su enlace. — Capital.

Los esposos señor Isaías Sangiacomo y señora Teresa Casella acompañados por sus descendientes y por caracterizadas familias de la localidad el día en que conmemoraron sus bodas de oro.

Apaga el fuego con carbón



El Perro. — Mi amo apaga el fuego con carbón.
El Gato. — ¿Te burlas de mí?
El Perro. — En modo alguno. Apaga el fuego que le devora el estómago durante sus digestiones, tomando Carbón de Belloc.

El uso del Carbón de Belloc *en polvo o en* pastillas basta para curar en pocos días los desarreglos gástricos y las enfermedades intestinales, enteritis, diarreas, etc., incluso las más antiguas y rebeldes a todos los demás remedios. Produce una sensación agradable en el estómago, devuelve el apetito, acelera la digestión y hace desaparecer el estreñimiento.

Es de gran eficacia contra la pesadez del estómago antes de las comidas, las migrañas dependientes de malas digestiones, las acideces, los eructos, y todas las afecciones nerviosas del estómago y de los intestinos. Depósito general: **Maison FRERE, 19, rue Jacob, París.**



PERFUMERIA
J. & E. ATKINSON LTD.
LONDON

INSUPERABLES PRODUCTOS DE FAMA MUNDIAL RECONOCIDOS COMO LOS MEJORES PARA EL TOCADOR DE TODA DAMA ELEGANTE.

ROYAL BRIAR
ATKINSON
LOCIONES
EXTRACTOS
POLVOS
JABONES

LOTION
EXTRACTOS
LOCIONES



EAU DE COLOGNE
POLVOS
JABONES



INSOUCIANCE
ATKINSON
POLVOS
EXTRACTOS
JABONES
LOCIONES



CAPILLA DEL MONTE. — Grupo de caracterizados vecinos que integran la comisión directiva y de fiestas de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, y a cuyo cargo estuvo la organización de los festejos realizados en celebración del Día de la Raza.

HISPANOAMERICANISMO

(*Fragmento.*)

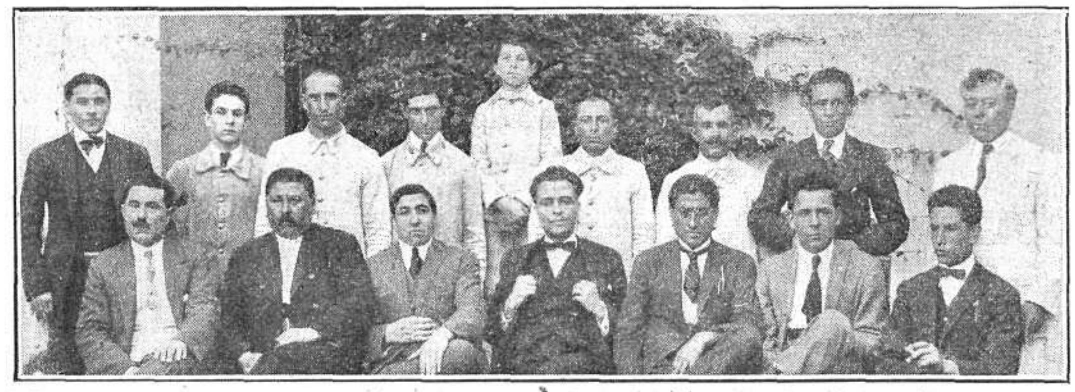
Bolívar, que era genio, comprendió que estos pueblos divididos irían a la ruina, pero no pudo consumar la unión, probablemente porque en sus planes se dió mucha importancia al factor político, como lo prueba el hecho de que invitó a los Estados Unidos a formar parte de la liga.

El movimiento en la actualidad es mucho más fuerte porque tiene un fondo étnico y no político, puesto que tiende a reunir los pueblos de una misma sangre y de un mismo idioma, o de idiomas afines como el portugués y el español, y deja fuera a los Estados Unidos, no por razones de odio, sino porque es natural que la gran república sajona forme su alianza espiritual, como de hecho lo ha venido verificando, con la gente de su misma habla con lo que tantas veces se ha llamado el «English Speaking World».

Así como está ya constituído de una manera clara y eficaz el «English Speaking World», nosotros queremos que se acabe de organizar en este continente la raza de habla española, no para que se enfrente a ninguna otra de la tierra, pero sí para que defienda sus tradiciones y sus potencialidades de progreso. — José Vasconcelos.

Ni el mejor caballo de carrera puede ganar cuando ha perdido la confianza en sí mismo. El valor es el incentivo que nos hace utilizar hasta la última parte de nuestra fuerza de reserva.

De Córdoba



BELL VILLE. — Personal del Correo y Telégrafo local que, a pesar de la vasta zona encargada a su servicio, se desempeña con toda corrección y esmero, siendo su labor justamente apreciada por todos los vecinos.

YO SOY...

De las entrañas de la tierra se extrae el material de que estoy hecho. Los metales son conjurados para darme una fuerza extraordinaria. Para hacerme, el hombre abate a los monarcas de las selvas majestuosas, y a las rocas tan antiguas como el mundo les arranca sus más ricos tesoros. Y de las tierras tropicales los navíos traen la goma acojinada sobre la cual camino.

A medida que he adquirido más facilidad para servir al hombre, éste me ha dado mayor belleza y más elevada dignidad. Todo cuanto el hombre les ha conquistado a la ciencia, a las Artes, lo ha derramado sobre mí con mano pródiga. Las mentes más preclaras de la tierra se hallan concentradas en mí, a fin de que mañana me aproxime yo más a la perfección.

Mi carrera ha sido corta, según como los hombres miden el tiempo, y, no obstante, he cambiado la historia de las naciones.

A la ciudad la he transportado al campo, y a éste lo he conducido a la ciudad.

He demolido grandes barreras y murallas y en su lugar he construído amistades.

A millones de seres los he libertado de la esclavitud de vivir en lugares remotos y les he brindado la libertad de las carreteras interminables.

He llevado la luz de la civilización a los rincones más obscuros del mundo. He activado y ampliado el progreso del comercio y de la industria.

En la alborada de mi vida fuí juguete de los ricos; pero con el transcurso del tiempo, me he transformado en una cosa muy útil que está al servicio de todos los hombres.

Soy un monumento viviente erigido en honor del progreso de un ideal.

Soy un símbolo de los tiempos modernos.

Soy el automóvil.

JOHN CHAPMAN HILDER.



ANDANTE

UNA, dos, tres... ¡Las nueve menos cuarto! ¡Y me dijo que pasaría por aquí antes de las ocho y media! ¿Se figurará esa Pepa de mis pecados que el esperarla es plato de gusto? Y en esta esquina... Y con este tiempo... Por arriba, la lluvia que cae; por abajo, el barro que le pega a usted los pies a la acera; por un lado, el transeunte torpe que le da un empellón; por otro, el distraído que le mete a usted el paraguas por los ojos.

Eso sí, el sitio es, en cambio, de lo más desacreditado de Madrid. ¡La entrada de la calle de Espoz y Mina! Esté usted aquí esperando a una mujer, expuesto a atrapar unos dolores reumáticos o una pulmonía, y cate usted que en el momento de llegar ella, llega también un amigo «latero» y preguntón, o se le acerca a usted una cualquiera, o se le arrima a usted un «gancho», ¡o se le presenta delante un acreedor!

Y para distraerse contemple usted esas joyas de Ansorena, esos alfileres, esos brazaletes, esas sortijas... ¡Insultos todos a la pobreza y anzuelos del vicio! Lhardy con su escaparate y Ansorena con el suyo, ¡cuántos estragos causan en la sociedad madrileña! Pero estoy filosofando, y éste es un delito del cual tiene la culpa Pepa... ¡Sí, Pepa!... ¡Y qué bien sentarían a Pepa esos brillantes! Vamos a ver, ¿por qué no he de tener yo dinero para comprar esas joyas? A ver, señor Martín Esteban, ¿por qué ha de ser usted millonario, y yo, Esteban Martín, simple escribiente de la Deuda?

Pues si esta ostentación es un insulto a la pobreza, esos zánganos de la esquina del Imperial, son un insulto a la cultura pública. ¿Hay mayor suplicio que estar esperando a una mujer y tener que contemplar esos chulos aburridos? ¡Vagos, más que vagos! No hay nada más cargante que la gente de coleta. Digo, ¿y cuándo se ponen a decir chicoleos a las que pasan? Sólo falta que Pepa venga por allí; porque le darán el quiebro, y la trastearán, y le pondrán varas, y... ¡yo mandaré a alguno de esos a la enfermería! Pepa si que me va a mandar a mi al Viaducto, por más que donde ella me quisiera llevar es a la Vicaría. La Vicaría... El Viaducto... ¡Ahora caigo en que estos dos nombres empiezan con las mismas letras! Hay en eso algo de providencial. La Providencia es también la que me hace reflexionar ahora. No me dejaré pescar por Pepa. Yo no me peino para modistillas de tres al cuarto. ¡Qué, si hasta galanteándolas se pone uno en ridículo! ¡Valiente papel estoy haciendo en esta esquina convertido en mozo de cordel o en pasmarote! Por supuesto, peor papel es el que hacen esos que pasan con su costurerilla a babor o su modistuela a estribor. Ellas parecen monas y ellos osos. ¡Vaya unas parejitas! No les falta más que el piamontés que las enseñe por dinero.

Y a todo la lluvia arrecia, y Pepa no viene, y yo no puedo aguardar más... ¡Eh, caballero, que se lleva usted mi paraguas enganchado en el suyo! No conozco un chisme más molesto que el paraguas, ni más inútil, ni más antipático, ni más prosaico, ni...

ALLEGRO

AHÍ está! ¡Y qué precipitadamente viene la pobre! ¡Qué sofocada, y qué impaciente, y qué... Ya era hora de que se dejase usted ver, señora mía. ¿Qué dices, que te ha detenido madama Agustina? ¡Me lo figuraba! Quisiera yo ser jefe de policía para detenerla a ella.

¿Te ríes? No te hubieras reído tanto hace un instante viéndome desesperado con tu tardanza... Pero no creas que todo ha sido enojo y fastidio, Pepilla mía. Pensando en ti se distrae uno. Hasta he poetizado... Mirando los brillantes esos del escaparate me he acordado de tus ojos, y de tu resaladísima boca, y de... ¡Vamos, que soy yo un joyero mucho más rico que Ansorena! ¡Pero mucho más! Ya quisieran las que vienen ahí a comprar aderezos estar, con todas sus alhajas, tan hermosas como tú con sólo un manojito de claveles en el pelo. ¡Nada, que Esteban Martín se ríe de Martín Esteban!

Por supuesto que si tú te empeñases me iría a sacar perlas del mismo fondo del mar; sí, señor. Y como tú quisieras, ¡hasta torearía! ¡Pues no que no! Ahí tienes esos toreros de la esquina de enfrente, tan guapos, y tan bien plantados, y tan rumbosos, y con tan buenas hechuras... Levanta tú el dedo y

sólo por darte gusto tomo la alternativa y formo mi cuadrilla con esos chicos. Pero ¿qué estoy hablando? ¡Si aquí la torera eres tú! Buenos quiebros me das, y bien me trasteas, y con buenas varas me castigas... Cuando quieras me das el gran volapie, ¿oyes? Pero sin cuartearte, ¿sabes? Y sin dar el paso atrás, ¿entiendes?

¡Ea, Pepilla! Vamos andando o nadando; porque estas aguas nos van a convertir a todos los españoles en peces... ¿Qué dices? ¿Que no estoy yo mal pez? Lo fuí, Pepa, lo fuí. Ahora he pasado a la categoría de pescado. ¡Hija mía, caí en tus redes! Después de andar suelto por ahí tanto tiempo, necesitaba que una modista como tú me sentase las costuras, *lo cual que* me las has sentado. Y por lo visto, a muchos les pasa lo que a mí. No tienes más que mirar las dos aceras... ¡Cuánta parejilla, eh! Da gusto verlas a ellas tan pizpiretas y a ellos tan enamorados... ¡Lengo puro! ¿Tú no sabes quién era Lengo? Pues Lengo fué un pintor que no sabía de la misa la media; se pasó la vida pintando pichones que se arrullan, palomas muy juntitas... Se conoce que jamás pasó a estas horas por la calle de Espoz y Mina.



Nosotros sí que nos arrullamos de veras, ¿verdad? Y mucho más cuando llueve...

Mira, mira... El aguacero aprieta, Pepilla; y es que lo he encargado yo adrede para ir los dos más juntos. Dame el brazo; eso es... ¡Ajajá! El paraguas nos cubre perfectamente.

¡Ay, qué venturoso
día de placer!

¡Viva Chueca! ¡Y viva el paraguas!

La verdad es que no hay un chisme más cómodo que éste, ni más útil, ni más simpático, ni más poético, ni... ¡Arrímate, Pepa!



MARIANO DE CAVIA

DIBUJOS DE R. ESCALADA



ESTACION VIALE. — Caracterizados miembros de la colectividad italiana rodeados por el numeroso conjunto de niños que tomaron parte en los festejos patrios realizados últimamente.

ORIGEN DE LA TARANTELA

Conocida y famosa es la enfermedad del baile que se desarrolló en Europa en la época antigua, siendo conocida con los nombres de baile de San Vito y San Juan, ambos abogados contra el mal.

En un principio se creyó que era obra del demonio, y el clero no descansaba de exorcizar atacados.

Poco después apareció la enfermedad en Italia, donde un sabio, Nicolás Perotti, afirmó que la enfermedad era producida por la picadura de la araña tarántula, que abunda en Apulia y al sur de la península itálica. Es curioso este primer paso dado para explicar la enfermedad racionalmente, desechando lo sobrenatural y fantástico. De ahí que se empezase a llamar a la enfermedad el tarantismo.

Era convicción general que el baile y la música hacían que el veneno de la tarántula se esparciese por todo el cuerpo, el cual se expelía al exterior por el sudor provocado por el violento ejercicio.

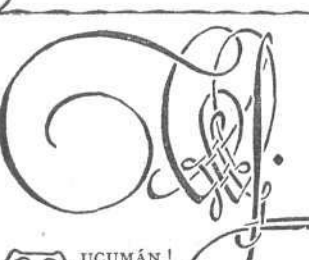
Después se fué observando que padecían de esta enfermedad muchos que no habían sido picados por araña alguna.

Muchas personas que iban a ver los frenéticos bailes de los atacados se contaminaban y caían enfermos con la misma dolencia.

No se conocía otro remedio que el baile; así es que los enfermos danzaban sin cesar hasta que caían extenuados, bañados en sudor.

Los músicos, que en muchos casos eran contratados por los municipios para ese único fin, no podían cesar de tocar un solo momento y formaban turnos que alternaban, pero el uno no podía terminar mientras el otro no hubiese empezado a hacer sonar las primeras notas.

Con el tiempo se fué observando que cierta clase de música producía mejores y más rápidos efectos que otra. La música viva y agitada era la más eficaz, y entonces se importó de Turquía una música muy alegre y saltona que pronto se hizo obligatoria para que a su son bailasen los enfermos de tarantismo, música a la que se dió el nombre de tarantela, nombre que aún se conserva. Esta enfermedad llegó al máximo de intensidad en Italia en el siglo XVII.



SENSACION *de* TUCUMAN

REGION DE LEYENDAS Y DE HISTORIA

TUCUMÁN! Nos lleva el tren hacia la ciudad histórica que viéramos, como en cinta de cine, al cruzar para Jujuy, ya noche.

En las notas de mi diario, escritas en el tren deslizándose frente al paisaje vario, rico en accidentes, en colores y en maravillosas perspectivas, leo estas líneas: «Vuelve el bosque nutrido, la selva, pero aquí, en la región de Salta, menos agria y más amable, que la de las tierras santiagüeñas. Todo más suave y limpio...»

«Más abajo acentúase, a veces, la llanura: a la derecha quedan las sierras bajas, iluminadas por el sol con tonos rosados en lo alto, tonos que se dulcifican y cambian, hasta azularse, con azul acariciador, de ensueño, hacia la base... Luego el matorral se aclara y enrarece en el término próximo, y surge a la izquierda el llano más claro, a ratos con tierras de maíz, a ratos con manchas de bosque bajo, que se espesa y ennegrece a lo lejos. En el fondo, la montaña de esta otra Argentina brava y dulce. Las gentes de campo, y de tráfico muchas, nada ruidosas, de hablar suave, musical. Pocos tipos de ciudad. Algún extranjero. Hacia la provincia de Tucumán la llanura se estrecha. Los pueblos parecennos más hechos.»

Y llegamos a la ciudad; no podría decir, como el poeta Parra del Riego:

> Una mañana de oro por las granjas rurales,
> Piteando el tren...

El tren, sí, piteaba; pero brillaban las lucecitas, en la obscuridad profunda de la noche, cuando cariñosos brazos de compatriotas y amigos nos acogían en la estación.

¡Tucumán! No sé por qué me atraía esta singular región intensamente americana; tierras de misterio, de leyenda y de historia, y de honda poesía. No ya el Tucumán que ahora se define como una provincia de la República Argentina, sino el otro, el de la amplia región indefinida y vagamente señalada, siglos y siglos, con ese nombre, fundido con la tierra, y que más bien parece como un efluvio o perfume de ella.

El Tucumán, recuerda Ricardo Rojas en elocuente conferencia universitaria, es nombre anterior a la nacionalidad argentina, anterior a la conquista española... a la expansión incaica: un nombre de origen misterioso y de sugestión legendaria... An-

tes de que Garay hubiera fundado a Buenos Aires, y aun antes de que Colón hubiera pisado las islas del magno descubrimiento, ya señalaba Tucumán la más vieja civilización del Aconquija.

El encanto que experimentáis — si queda en vuestro espíritu rastro del nómada — al hundiros en el paisaje de las regiones que recorréis, y al contemplar sus perspectivas, y rozar sus pueblos y sus gentes, se intensifica y enriquece con nuevos motivos de goce embriagador cuando las regiones recorridas alcanzan, por cualquier causa, o por obra de una tradición latente, valor humano y alta significación histórica. A la vida actual de la naturaleza perenne, en medio de la que os movéis, se suma la palpitación invisible de la historia con el aleteo del misterio que se esfuma siempre; y el ambiente parece, entonces, poblarse de extraños personajes incorpóreos, de vagas sombras, todo entre extraños fulgores invisibles como realidades físicas, pero de intensa luminosidad espiritual. Y todo eso flota en aquellas tierras de leyenda, de fábula y de historia.

TUCUMÁN AHORA

Tucumán región de leyenda, es hoy región de vida industrial, de agricultura industrializada — la caña de azúcar, — alrededor de un núcleo urbano de intensa cultura argentina, que mantienen y acarician espíritus finos y adornan gentes de porte y aire aristocrático. Todo a mi ver, o en mi sentir, muy argentino, pero de tierra adentro.

Esta Argentina, tan poco densa, con sus inmensos territorios conquistables aún, se forma con manchones diversos de fuerte originalidad distinta. Tucumán nada tiene que ver, ni en las líneas de sus risueñas perspectivas, ni en la riqueza de su flora, ni en la silueta de su ser social, ni en la fisonomía moral, con las regiones del litoral del Plata o del Paraná ni con los núcleos expansivos de Rosario o de Bahía Blanca, ciudades puertos. Otro mundo, otra Argentina esta de Tucumán y Salta. Que quizá espera, algún día, verter hacia el Pacífico, reanudando una historia llena de heroicas leyendas y de heroicas proezas de la raza hispana.

Tucumán ciudad, respira una vida muy suya, muy construída, obra, ahora, del aliento comercial; es centro de grandes vías que llegan de toda la Argentina y siguen hacia Bolivia, y es, además, centro de amplia y hermosa región cañera. Pero no es Tucumán, con su plaza de naranjos, la ciudad americana recién surgida en el oleaje inmigratorio y de aire todavía efímero e inseguro. No se advierte allí el campamento que se transforma: no. En Tucumán, al lado o por encima del mostrador del almacén y del Banco habla la historia y respírase el flúido misterioso del pasado, de la tradición viva. Tiene Tucumán excelentes vías, espléndidos comercios, movimiento bancario, confortables hoteles; círculos sociales atractivos donde se ve que la distinción tiene su asiento... pero, además, como capa geológica entreverada y rota, merced a la acción dislocante de las sacudidas históricas, muéstrase en Tucumán la huella imborrable de la época colonial y de algunos de los momentos decisivos de la evolución nacional. Allí está, solicitando la religiosa curiosidad del viajero, la casa histórica donde se juró el 9 de Julio de 1816 la independencia: regazo amable y modesto de la nación que viene, entonces, a la vida, provocando en la madre patria, con el desgarrón de la entraña, el santo dolor del alumbramiento; y la madre hoy contempla, con orgullo, de qué modo marcha la hija emancipada hacia la realización de sus destinos.

El tucumano culto os mostrará la amplia sala de la Biblioteca Sarmiento, foco luminoso, y la Universidad y la Granja experimental, centros de trabajo positivo.

LA UNIVERSIDAD, ALMA DE LA TIERRA

En mi rápido paso por Tucumán me fué imposible intimar con la Universidad; sólo pude rozar muy exteriormente con aquella casa de trabajo que conozco en parte por sus interesantísimas publicaciones y por la labor que realiza, en y sobre su medio, naturalmente dominada por hondas preocupaciones regionales de su industria y de su agricultura, y de la salud de su pueblo, del rural sobre todo, minado, en la entraña, por dos azotes verdaderos: el paludismo — el «chucho», como allí dicen, — y el alcoholismo. En aquella tierra de leyenda y de historia, poblada de recuerdos y de tradiciones estéticas — y ahora tierra de industria y de trabajo creador — una Universidad, con «raigambre internada, como dice el doctor Juan B. Terán (espíritu fino y elevado), en la tierra fuerte y viva de las necesidades», tiene una nobilísima función que realizar — por la región, para la nación y para la humanidad; — función realista e ideal, enderezada a dominar la tierra, por la transformación científica de la industria y merced al saneamiento del medio, natural y moral, a fin de levantar la triste condición misteriosa de las gentes rurales obreras, roídas por el chucho y por el alcohol, y a mantener vivas las labores del sabio, del historiador y del artista; ya que la región, llena de poesía, rica en sugestiones, ofrece al espíritu fuentes de inspiración inagotables.

La Universidad puede allí ser, como en pocas comarcas, alma, alma de tierra, palpitante y jugosa.

A D O L F O P O S A D A



— ¿Y usted ha servido ya?
— Ya lo creo... en el 25 de Infantería.

— ¿Por qué rompiste tu muñeca, Marucha?
— Se declaró en huelga de hambre y la tuve que obligar a comer...



Los señores Agustín Madueño y Carlos A. de la Vega, rodeados por un núcleo de electores y amigos que concurrieron a saludarlos el día en que fueron proclamados.



El piloto aviador Pedro Cippitelli y su mecánico Martín Marchetti, recibiendo el hermoso ramo de flores, con que fueron obsequiados por un grupo de señoritas.



El señor Cippitelli, primer hijo de esta provincia que obtiene el "brevet" de aviador.

GALLETITAS

BAGLEY

Sin ser una golosina son las preferidas de los niños, por su exquisita preparación y delicioso sabor.

Indicadísimas para tomar con el aromático

TE BAGLEY

GALLETITAS ANILLO BAGLEY
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES

Núcleo de niños que tomaron parte en la fiesta realizada a beneficio de la Escuela Profesional de Mujeres.

El nuevo rector de la Universidad, doctor Juan B. Terán, acompañado por el ex rector, doctor Pérez, y por un núcleo de profesores y alumnos que concurrieron al acto de la toma de posesión del alto cargo para el que fué designado.

LOS LIBROS

EL TEMULENTO

POR JOAQUÍN CASTELLANOS

Debemos confesar, primero, que el vocablo ése de «Temulento» nos parece feo como palabra, y menos adecuado al poema del doctor Castellanos que aquél con que fué designado durante tantos años. Los móviles del cambio son, sin duda, respetables; pero se nos ocurren insuficientes, pues hay positiva exageración en dar importancia excesiva a lo que los necios pueden decir de un poeta a causa del título de uno de sus poemas. «El Borracho» del doctor Castellanos seguirá siendo, a pesar del cambio de nombre, uno de los poemas más populares entre los más difundidos de los poetas argentinos. Sus excepcionales méritos no es menester señalarlos a nuestros lectores, pues seguramente todos han sabido apreciarlos. Esta nueva edición del poema famoso está enriquecida con una exposición del autor, que se leerá con interés por lo que tiene de personal, con lo cual queda dicho que lo verdaderamente interesante es la personalidad del doctor Castellanos, a quien la política no parece haberle compensado espiritualmente lo que la poesía le quitó al abandonarla. Siempre ha sido peligroso para los poetas dejarse seducir por la política, así se haya tratado de poeta tan excelso como Lamartine. Los triunfos de la política son mucho menos sólidos y durables que los de la poesía, y cuando se ha escrito un poema como el «Temulento», que para nosotros y creemos que para el público en general seguirá siendo el «Borracho», la poesía tiene derecho a más ofrendas. En cuanto a Matías Behety, el talentoso bohemio cuya dolorosa silueta aparece por entre las páginas de este libro como para reclamar el merecido homenaje de justicia que sería la publicación de sus versos, su recuerdo traerá a la memoria de algunos unos tiempos y unos hombres que parecen tan distantes sólo por lo mucho que ha cambiado la fisonomía literaria, por decirlo así, de Buenos Aires. Bien venida, pues, por todos respectos, esta nueva edición del poema del doctor Castellanos, que ya puede ser considerado como una de las obras clásicas de nuestra literatura.

LOS HABITANTES DEL HORIZONTE

POR HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

El autor de este libro de novelas cortas ha sido irremediablemente seducido por el mar y por sus hombres, bien que con más fuerza por éstos que por aquél. El mar es un amigo peligroso, porque cuando nos ha impuesto la tiranía de su amistad, es muy difícil librarse de ella. La literatura de ciertos países, y en particular la inglesa, le deben mucho al mar; entre nosotros rara vez ha sido considerado por literatos y poetas sino como pintoresco elemento decorativo o como sedativo para ciertas fiebres del espíritu. El señor Blomberg ha sentido la influencia del mar y de sus hombres en otra forma; ha comprendido perfectamente la influencia del mar — y los puertos no son sino como prolongaciones suyas — sobre el carácter de los hombres y ha sabido sacar de una ganga, frecuentemente grosera, algunas pepitas de oro, que están en sus libros de versos. Las tres novelas cortas que contiene este volumen tienen todas olor a mar, el olor vigorizador y animador del océano profundo, pero saturado de los acres y sucios relentes de los bajofondos del puerto. Hay quienes creen que la vida del mar, el trato con gentes de ésas que se pasan la existencia entre personas y cosas del mar, endurece el alma, mata toda sensibilidad. Es un error; lo que hay es que la sensibilidad de tales gentes es distinta en sus manifestaciones exteriores. Sería muy largo insistir en el asunto; agregaremos solamente que el señor Blomberg en estas tres novelas cortas, de un estilo nervioso cuya precisión hace a veces impresión de sequedad, relata tres dramas conmovedores, principalmente, porque nos revelan aquella diferencia de sensibilidad. Por lo demás, no hacen sino confirmar todo lo bueno que la crítica ha dicho del autor con motivo de la publicación de sus anteriores libros.

MIRRA

POR R. DE SAAVEDRA Z.

La autora de este libro de versos se ha ganado con su publicación sitio de preferencia entre las poetisas del país. De ordinario, las mujeres escriben versos inferiores a los de los hombres pertenecientes a la misma jerarquía intelectual, diremos. No es, seguramente, porque la mujer sea menos capaz de emoción poética que el hombre; pero parece indudable que la traducción de sus emociones en versos, resulta menos fácil para la mujer que para el hombre. La regla es general y por lo tanto tiene excepciones que la confirman, y una de esas excepciones es la autora de este libro. Sería menester que empleáramos más espacio del que disponemos para señalar los fundamentos de esta opinión nuestra, que es, no está demás decirlo, la de todos los que han escrito acerca de «Mirra». Como dice muy bien el prologuista, el conocido escritor español E. Marquina, «pocas veces se habrá logrado tan felizmente como en este libro pronunciación tan ingenua y natural de lo exquisito».

VELADA DE CUENTOS

POR ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

Alguien ha observado que la generalidad de los escritores de cuentos tienden con frecuencia a quitar toda poesía a sus personajes femeninos, tal vez por temor de caer en lo que el vulgo llama con cierto desdén sentimentalismo romántico, como si el ser sentimentales y románticas no fuera precisamente una de las más atrayentes cualidades de la mujer. El señor Giménez Pastor no sigue ese camino. Es poeta y, como tal, tiene por la mujer ese «respeto amoroso» que se da como cosa de los caballeros de la Edad Media, con lo cual se reconoce que los caballeros actuales son muy inferiores a aquéllos. En estos cuentos, son los personajes femeninos los que más nos han interesado, y no creemos errar al decir que la causa primordial de ese interés no es otra sino que el autor pone en ellos, cualesquiera que sean su condición y su conducta, ese «grano» de poesía que debe buscarse siempre en la mujer. Escritor elegante y correcto, dueño de una imaginación tan distante del desenfreno como de la inopia, el señor Giménez Pastor cuenta muy agradablemente sus cuentos, en los cuales no falta cierta filosofía amable, cuya enseñanza capital es la necesidad de amor y de bondad para que la vida no resulte apenas digna de ser vivida.

POEMAS HEROICOS

POR JUAN MANUEL COTTA

La poesía heroica, que no es otra que la poesía épica, no goza ahora mucho favor del público lector. Aquel entusiasmo de antaño por los poetas que cantaban, con poderoso estro, a la naturaleza, a la patria, etc., ha disminuído mucho, y sería curioso averiguar si esa disminución se debe a incapacidad de los poetas actuales para llegar a las alturas que sus predecesores, o a incapacidad del público para apreciar debidamente la poesía heroica que tiene, por lo demás, el grave inconveniente de ser casi siempre poesía de circunstancias. El señor Cotta, en los dos poemas heroicos que llenan este tomito, revela condiciones excepcionalmente favorables para el cultivo del género, siendo de notar, especialmente, que sus versos corresponden perfectamente, por su factura, a la ideología que los inspira. Como muestra de la facilidad con que el autor escribe sus versos, copiaremos los siguientes, que son los primeros del «Chasqui de Chacabuco»: Rumores sordos, compasadas marchas — voces que mandan en vibrante tono, — ruido de sables, repicar de cascos, — cajas que baten y clarines roncos. — Sobre la cuesta, el español, alzando — el trapo mezcla de coral y de oro, — mientras se agita, cual jirón del cielo — la enseña nuestra, del soldado al hombro.

La Salud de su Bebé

y su desarrollo dependen de la adecuada alimentación que le suministre.



Si Vd., señora, se siente sin fuerzas suficientes para criarlo debidamente, vigorice su organismo con AFRICANA EXTRACTO DOBLE, la deliciosa bebida tónica y reconstituyente, a la que millares de madres deben su bienestar y el de sus niños.

Habitúese a consumirla en las comidas o a cualquier hora del día.

Inapreciable también para los ancianos, convalecientes, jóvenes en período de crecimiento y débiles de constitución.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

Elaborada por la Cía. Cervecería Bieckert Lda.
San Juan, 3334 — Buenos Aires



La brillante reunión social con que el Círculo del Magisterio solemnizó el Día de la Raza.

La colonia ibérica festejó con un espléndido baile, dado en los salones del Club Español, el Día de la Raza.



El director y personal del periódico local "La Reforma", que celebraron el 25.º aniversario de la fundación de dicho prestigioso órgano de publicidad.

EL LENGUAJE DEL PARAGUAS

El paraguas, lo mismo que las flores, el pañuelo y el abanico, debe tener su lenguaje.

Ejemplo:

Si el paraguas se pone en un paragüero, puede indicar que va a cambiar de dueño...

Abrirlo bruscamente en la calle, indica poco respeto a los transeuntes, porque puede dejar a uno tuerto... o tuerta, si es dama.

Un hombre que camine al lado de una dama y reciba, como es natural, las gotas, es un caballero galante.

Cuando es el hombre quien lleva el paraguas y la mujer la que se moja, indica matrimonio.

Los que hablan a gritos hacen mucho ruido, pero pocas ventas.

Las grandes reformas del mundo, los triunfos de la raza humana, se han llevado a cabo, no por hombres que se conformaban con ir llevando una vida vulgar, sino por aquellos que estuvieron dominados por un ideal, por un propósito firme y elevado que vencía todos los obstáculos, como el torrente que baja de la montaña hace a un lado y derrumba todo aquello que se opone a su paso y que trata de impedirle su marcha hacia el océano.



¡¡¡ ENDERÉCESE !!!

Llene sus pulmones de aire, evite el peligro de enfermarse del pecho; no ande con los hombros agachados y el pecho oprimido. Enderécese; esto lo haría nuestra „ESPALDERA HERCULEX'', pues le obligaría a echar los hombros para atrás y sacar bien el pecho.

Aumenta la gracia y la hermosura del contorno en la mujer. Da al hombre un aspecto vigoroso y un aire marcial. Ayuda a la Naturaleza en su obra de formar y desarrollar correctamente al joven que crece.

El precio de la "ESPALDERA HERCULEX" es de $ 2.80 m/n.

Para el envío por encomienda postal, agregar $ 0.20 m/n.

Mande medida de pecho y contorno del hombro.

Cía. SANDEN (Sección Salud) **C. Pellegrini, 105-Bs. As.**





El Hérculex le curó a pesar de sus 78 años.

Martínez, 1.º de octubre de 1923.

Compañía doctor Sanden. — Buenos Aires.

Estimados señores:

Con satisfacción puedo decirles, que hasta la fecha me encuentro bien, después de más de 15 años que he sufrido de reumatismo con otras dolencias. Habiendo tomado diversos medicamentos........ .... «Baños Turcos», etc., etc. No creía que el HERCULEX tuviese tanta potencia, siendo que he nacido el año 1845 y la enfermedad era crónica; pero con el uso del HERCULEX, como digo más arriba, me encuentro bien, y lo recomiendo a todo el mundo.

Les autorizo para que hagan de la presente el uso que crean conveniente. Con el mayor agradecimiento, les saludo.

Firmado: **JOSE TAVANI.**

Aquí hay pocas palabras pero dicen mucho. Hay miles de personas que deben su salud al HERCULEX. Pida hoy mismo los libros **„Salud''** y **„Vigor''**; ellos describen cómo usted puede curarse en su propia casa, sin molestias y sin interrumpir sus ocupaciones. Son gratis y libre de porte. Toda consulta por correo o personalmente es completamente gratuita.

Cía. "SANDEN" - Carlos Pellegrini, 105 - Buenos Aires

HORAS DE OFICINA: de 9 a 18.



He aquí un objeto práctico y exquisitamente delicado que revela el buen gusto del obsequiante. Toda dama aceptará complacida el valioso presente de un bonito

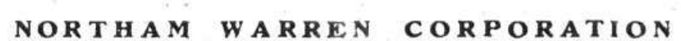


ESPECIAL PARA NAVIDAD

Es lo más fino, elegante y hermoso que puede Ud. imaginarse. En su interior, forrado en terciopelo de seda color rosa, están simétricamente distribuídos sus útiles. Su artística cubierta exterior, en selecto azul oscuro, no puede ser más atrayente. Además de ser regio como adorno, contiene todo lo necesario para transformar las uñas en hermosas, brillantes y rosadas según el *famoso* sistema CUTEX.

Los Estuches CUTEX de Navidad, en diversos tamaños, se venden en todas las perfumerías, farmacias y tiendas, a precios que varían entre $ **2.50** y **21.**— Si en su localidad no lo encuentra, envíe al concesionario en Buenos Aires el importe en giro postal o efectivo, en carta certificada, y a vuelta de correo recibirá su pedido.





New York, E. U. A.

Unico Concesionario: E. HERZFELD — MAIPU, 533.— Buenos Aires.

Captura de otro de los evadidos de la Penitenciaría



Gabriel Real y uno de los agentes de investigaciones que lo capturó. Nótese que el nuevamente preso oculta el rostro ante la cámara fotográfica.



Raúl Martínez o Américo Palmisano (a) "El Argentino", por cuyo asesinato fué condenado Real.

OTRO de los presidiarios evadidos de la Penitenciaría acaba de caer en las manos de la policía, y con él son siete los prófugos capturados. El llamado Gabriel Real, condenado a la pena de 25 años por homicidio, fué detenido por los tres empleados de investigaciones Pochelú, Romero y Villanueva, en el paraje conocido por Pueblo Nuevo, en Villa Soldati, en una casita de madera vieja, donde penetró el último, revólver en mano, sacándolo agarrado del brazo.



El delincuente, al ser conducido al Departamento Central de Policía, persiste en ocultar su faz ante el objetivo de nuestro repórter.

Muerte de un ladrón por un agente de policía



El agente Juan Garimoldi, que sostuvo un recio tiroteo con tres ladrones.

UN agente de policía, avisado por la hijita de una vecina, acude presuroso para registrar uno de los departamentos de la casa N.º 147 de la calle Bompland, en cuyo interior se presumía que se hallaban personas extrañas; y al abrir el vigilante la puerta, notó que alguien desde la parte de adentro hacía igual, e inmediatamente salieron tres individuos amenazando con sus pistolas al policía, que al pronto se apartó, para en seguida, reaccionando, perseguirlos y establecer un recio tiroteo con los ladrones, uno de los cuales cayó moribundo mientras los otros huían, sin que el agente fuera lesionado. Aunque varios agentes, atraídos por las detonaciones, acudieron en ayuda del primero, persiguiendo tenazmente a los malhechores, éstos consiguieron desaparecer después de haber descargado sus armas contra sus perseguidores.



Niña Haydee, a quien su madre, la encargada de la casa de departamentos de la calle Bompland, 147, mandó a avisar a la policía.



El ladrón Juan Pérez (a) El Ñato, que murió a consecuencia de un balazo inferido por el agente.

Drama pasional



Felipe Rosenezvege, protagonista del trágico suceso.

DESGRACIADAMENTE con una frecuencia alarmante, se producen fatales hechos en los que prevalece el despecho por amores no correspondidos. En este caso han actuado Felipe Rosenezvege, ruso, de 23 años de edad y Ana Nun, de 17 años. La joven no correspondió desde el primer momento a los galanteos de aquél, y esa negativa repetida en cuantas ocasiones se le presentaba, parece ser que indujeron a Rosenezvege a que después de descerrajarle 4 balazos que la hirieron gravemente, se suicidara con la misma arma.

Terrible mujer alcoholista

POCAS veces la crónica policial registra incidencias tan curiosas como la sucedida en el hogar de los esposos Pablo Scorbino y Rosa Pappa. La mujer, a quien recriminó el marido por haberla encontrado en completo estado de ebriedad, al volver de su trabajo, y después de una violenta discusión, se apodera de un revólver y a quemarropa le dispara cinco tiros, hiriéndolo con uno de ellos levemente en el costado izquierdo; siendo ella detenida por un agente y él internado para su curación en la estación sanitaria de V. Sarsfield.



Rosa Pappa, en la comisaría en donde se halla detenida.

Grave accidente automovilístico



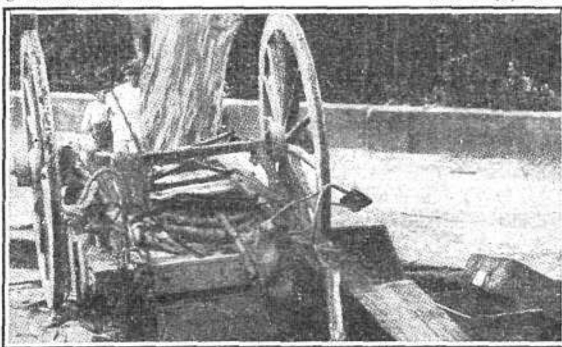
Antonio Mayor, gravemente herido.



José Enjo, herido de gravedad.



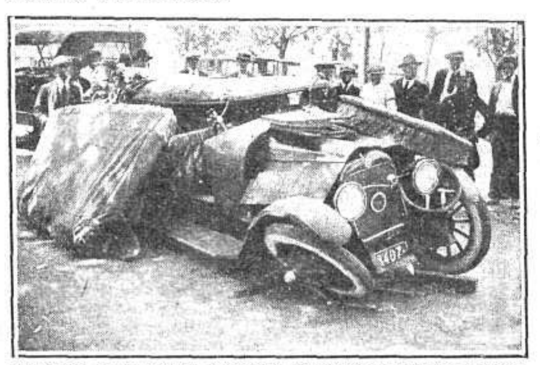
El chauffeur Daniel Abeijón, otro de los lesionados, conductor del auto núm. 8411.



El carro contra el cual chocaron sucesiva y violentamente los dos automóviles.



Angel Camargo, también con fuertes contusiones, conductor del coche núm. 8407.



Estado en que quedó el automóvil N.° 8407 después del terrible choque.



El coche N.° 8411, destrozado y volcado a consecuencia del accidente.

DESPUÉS de la intensa alegría que le proporcionara haberse sacado 25.000 $ a la lotería, el chauffeur Antonio Mayor quiso festejar su buena suerte, convidando a varios amigos a una excursión en automóvil hasta el Tigre, la que, en efecto, realizaron en dos coches; y si a la ida ya demostraron su imprudencia corriendo a excesiva velocidad, a la vuelta, luego de haber comido y bebido abundantemente en un restaurante del Tigre, los excursionistas emprendieron el regreso vertiginosamente, de tal modo, que, cerca del «tattersall» del Hipódromo Argentino, uno de ellos fué a estrellarse contra el carro, que iba en la misma dirección, volcándolo y saltando varios metros antes de pa-



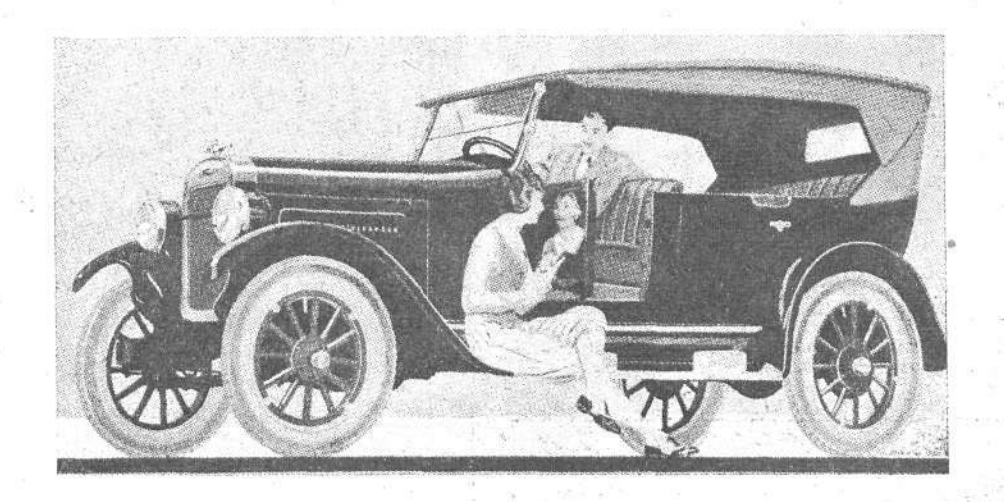
Juan Manoglio y Delfín Pérez, conductor y ayudante del carro, de cuyo pescante fueron lanzados varios metros.

rarse destrozado, en tanto que el otro automóvil, cuyo conductor no pudo refrenar sin duda a tiempo, también chocó contra el carro para acabar de averiarse contra el vehículo delantero, quedando los tres inservibles. A consecuencia de la colisión, todos los ocupantes de los coches saltaron de sus asientos, despedidos sobre la calzada, de donde en seguida fueron recogidos por la policía y llevados al hospital Juan A. Fernández, resultando todos heridos, algunos de gravedad, y los conductores del carro de verduras con ligeras contusiones a pesar del formidable golpe sufrido en la parte trasera del vehículo que conducían y que los lanzó a gran distancia, sin mayores consecuencias.

MERCEDES. — Alumnos del Colegio Provincial desfilando ante las autoridades escolares, el día en que se celebró la Fiesta de la Raza.

JUSTO DARAT. — Comisión de señoritas que tomaron parte en los diversos festejos, celebrados en conmemoración de la gloriosa fecha.

Alumnos del Colegio Nacional que conmemoraron el día de la Raza, organizando una hermosa fiesta escolar.



Un automóvil bueno — ahora mejor que nunca—

Más bonito, más grande y espacioso, más potente, más ampliamente dotado de accesorios y de mucho más valor intrínseco, el nuevo modelo grande Overland, llamado Red Bird, ha salido triunfante en toda la línea. La suma total de sus características y ventajas, lo hacen "lo más automóvil" en el mundo a su precio. De resaltante color carmín Mandalay, con capota khaki, y brillantes partes niqueladas, su acabado y presentación son de exquisitez intachables. El motor es más fuerte y potente. La carrocería es más grande y espaciosa. La silueta es más prolongada. Tiene mayor distancia entre ejes. La distancia de los elásticos es 136 pulgadas, usándose muelles Triplex patentados. Neumáticos Fisk Cord. Es un modelo cuyo valor intrínseco se aprecia a primera vista — un modelo de aceptación instantánea — un modelo que se ha hecho digno de una venta popular sin precedente.

El nuevo modelo grande



92 Red Bird

Merece ser examinado.

Véalo en nuestro Salón de Ventas: calle Moreno 745, o en el VI Salón del Automóvil.

Soc. Anón. HARDCASTLE

MORENO, 745. — BUENOS AIRES

Necrología

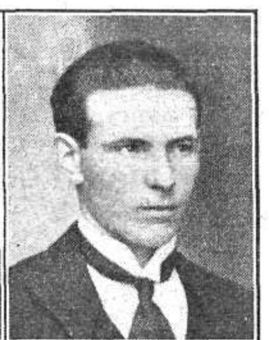

Señora Lola Carvajal Aubone de Lafuente. — Ciudad.


Señor Juan Saldubehere. — Las Heras.


Señor Pedro Albo. — 25 de Mayo.


Señor Mario Malnatti. — 25 de Mayo.


Señor Blas Barosela. — 25 de Mayo.


Señor Santos Florido. — 25 de Mayo.


Señor Juan B. Ferrero.—Carlos Pellegrini.


Señor Juan Antonio Lucero. — Cayasté.





AUDIONES FRANCESES

SIEMPRE VENDEMOS EL MEJOR ARTICULO AL MEJOR PRECIO

"Sif" $ 5.30 — R. 5 $ 6. 50 — "METAL" tipo militar $ 5.80

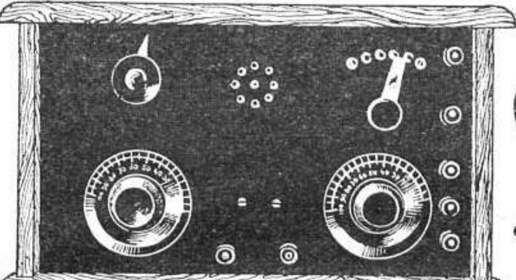
AUDIONES RADIOTRON

U. V. 199 ... $ 20.—	U. V. 201 ... $ 14.50	U. V. 202 ... $ 25.—
U. V. 200 ... „ 11.—	U. V. 201A ... „ 20.—	W. D. 11 ... „ 18.—

RECEPTORES "AERIOLA SENIOR" con su lámpara, lo ofrecemos como propaganda por .... $ **140**

Continúa siempre el éxito creciente de nuestros RECEPTORES PROPAGANDA desarmados (caja de roble y ebonita agujereada)........ $ **38**

El mismo, armado y garantido........ $ 60.—



ALCANCE 350 KILOMETROS

CAMDESSUS y C.ía

LAVALLE 658

UNION TELEFONICA 0687, Avenida

"LA CASA QUE CUMPLE"

Solicite nuestro interesante catálogo-revista "EL AUDION" N. 4

Señora:

¿Quiere que su rostro tenga el esplendor de la juventud?

Use constantemente el POLVO GRASOSO

Brissac.

y su hermosura será admirada por todos.

L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443/65
UNION TELEFONICA 2045, BELGRANO

En venta en todas las tiendas, perfumerias y farmacias.

GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
Serie D
548765
La Perfumería Higiénica Brissac

Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.

POLVO GRASOSO BRISSAC

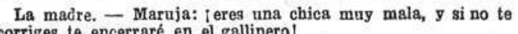
$ 1.40 la caja

VIDA SILENCIOSA

Hay que alejarse muchas horas de los festines del mundo, recogiéndose en el silencio para meditar en nuestras intimidades. Así el espíritu se anegará de dulzuras al sentirse renovado y la imaginación, con sus pompas, podrá reunir las ideas y concebir las imágenes para que oficiemos, como humildes artistas, las oraciones de luz, amor y belleza confortadoras. Si es en la velada fría del invierno, dejemos nuestros sentires en las páginas que esperan las elucubraciones; si es en la inexhausta estación de la frescura, vaguemos, con ensoñaciones y fantasías, por las calles solitarias, bajo las trémulas estrellas y la luna, aunque las realidades luego nos destrocen los castillos de quimera como hacen con las hojas mustias las ráfagas de Otoño... Y este amor exquisito ha de darnos inefable plenitud. Y la ilusión, que teje y desteje cuadros y panoramas, evocará las leyendas de las cosas tutelares, bajo un fondo de naturaleza: bajo cielos inmaculados, en un lugar campesino, aquellos suaves coloquios que fueron y esperaban la noche propicia para ser recordados con toda su majestad; con sus aromas y delicadezas; con sus risas, lloros y quejumbres, y con los suspiros — romances sin palabras — que quedaban libres, como pájaros cautivos ansiosos de inmensidad...

OSCAR ALBERTO IBAR





La madre. — Maruja: ¡eres una chica muy mala, y si no te corriges te encerraré en el gallinero!

— Enciérrame, si quieres; pero te advierto que no cuentes conmigo para poner huevos...



EN EL VERANO

Los que buscan casa. — ¿Hay aquí siempre tantos mosquitos?

El agente de alquileres. — ¿Cuáles mosquitos?


CHILECITO. — Profesores y alumnos de la Escuela Normal de esta ciudad que organizaron un atrayente pic nic celebrando el día del estudiante.

EL AUTOMOVILISMO EN LA NOCHE

Al caminar de noche en automóvil es conveniente inclinarse hacia el centro del camino. Esta es la mejor manera de evitar la posibilidad de atropellar a los peatones que atraviesan la calle o que van caminando a lo largo del camino.

No se procure dejar atrás a los demás automovilistas, a no ser que vayan caminando muy despacio o que se conozca muy bien el camino. Es posible que alguno de los que van por delante se vea obligado a dar vuelta hacia el lado por donde uno va, con el objeto de no pasar por un agujero o algún otro obstáculo, precisamente en el momento en que uno trata de pasar.

En los caminos carreteros no debe uno detenerse a recoger una llanta ni ningún otro artículo que se le haya caído a otro automóvil. Hay muchas maneras de hacer que uno se detenga para cogerlo después desprevenido.

Es muy recomendable llevar siempre en la bolsa un pequeño espejo para poder leer con su ayuda el indicador del tanque de la gasolina, el indicador del nivel del aceite y el motómetro. Colocando el espejo de manera que refleje la luz de las farolas puede iluminarse muy bien tanto el motómetro como las demás piezas colocadas en la parte delantera del automóvil. El indicador del tanque de gasolina puede iluminarse y leerse mediante la reflexión de la luz de la lámpara de atrás. Y si el automóvil está dotado de luces de torpedo, se verá que el espejo es muy conveniente para enviar un rayo de luz hasta el indicador del nivel del aceite.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR	
Trimestre........	$ 2.50	Trimestre.........	$ 3.00	Trimestre......	$ oro 2.00
Semestre.........	» 5.00	Semestre........	» 6.00	Semestre........	» » 4.00
Año...............	» 9.00	Año...............	» 11.00	Año..........	» » 8.00
Número suelto....	20 ctvs.	Número suelto...	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año....	40 »	Número atrasado del cte. año....	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

NOVELAS CORTAS

PRESENTADAS AL CONCURSO LITERARIO DE

CARAS Y CARETAS

TITULOS Y LEMAS

Sobre las huellas del indio manso. (Arauco).
El único culpable. (H. T.).
El rastro delator. (Nada hay inútil).
El Spad 220. (Verdad).
Historia de un coche de plaza. (H. G.).
La novela de una maestra de piano. (No siembres palabras...).
Las chicas en Mar del Plata. (Edlitan Amor).
La felicidad filosófica. (El entusiasmo es la primera virtud).
La hija del contrabandista. (Nahuel Huapí).
La senda hallada. (Semper ascendens).
El hermoso duquesito. (Lima).
El renegado. (Agnostos).
La paloma mensajera. (Santa Rita).
Un vago anhelo. (G. H.).
La muerte de cristal. (Harmodio).
Reactivos. (La máscara de hierro).
Mendrugón I.º. (Z. Z.).
Cadenas rotas. (Supongámonos).
La viña de don Esteban. (Hágase la luz).
Vorágine. (Un paso tras otro).
Un golpe de efecto. (Galán joven).
El delito de nacer. (E. V. B.).
El último cristiano. (Fabiola).
La sospecha. (Cálculo de probabilidades).
El laberinto. (Dios da pañuelo...).
La montaña suicida. (Las utopías de hoy...).
Nepomuceno. (F. G. M.).
Los encajes de la abuela. (Ayer, hcy y mañana).
Burguesía sentimental. (Jonás).
Tierra santa. (Ganarás el pan).
John fuma su pipa. (Por una sola vez).
El amor mutualista. (E.).
Penumbra. (Vox clamantis).
El consultorio del doctor Sangredo. (La exageración es la mentira de los hombres honrados).
El relámpago azul de su mirada. (Kardi).
La miniatura. (Rosina).
La casa que no se alquila. (Profano II).
Nerón bosteza. (M. R. G.).
La virtud inaguantable. (15-9-93).
Puesta de sol. (Un paisaje es un estado de alma).
Veraneo. (Dichosos los pueblos que no tienen historia).
Un malón. (Lo que no puede decirse).
Historia de una mentira. (Terencio).
Peregrinación. (F. Q.).
Las sobrinas del coronel. (Mal de muchos...).
¡No! (Cuando el dormido despierta).
El corazón de utopía. (En el principio de todo...).
El canal. (Fraternidad).
El músico del suburbio. (Era un aire suave).
A las luz de las estrellas. (El silencio es oro).
Nuez de agallas. (D. O. O.).
Deslumbramiento. (Júpiter o Eneas).
Una excelente operación. (Cuneiforme).
La ventana tapiada. (En el más humilde rincón).
Se doctoró Simplicio. (La agricultura necesita brazos).
«En la cruzada hay peligro». (Martín Fierro).
Dos apuestas. (Velada de invierno).
El árbol del fruto amargo. (La sabiduría antigua...).
La ilusión materialista. (I. M. P.).
La púrpura imperial (Evocaciones).
Locura inofensiva. (Pentágrama).
Chismes de pueblo. (Entre muchos la mataron).
Nieve en las cumbres. (Que todos pongan buena voluntad...).
Casacuberta. (Las dos máscaras).
La verdadera fe. (Trabajar es orar).
La emancipada. (Ni negarlo todo ni admitirlo todo).
Los evaporados. (El desnudo troglodita...).
Una noche en Tokío. (K.).
Luto riguroso. (La vida que nos parece tan corta...).
En las trincheras. (Ego sun dóminno...).
Los duraznos de la quinta. (Primitivismo).
Un viaje al estrecho de Magallanes. (Rapsodia).
Fuente amarga. (In utroque).
La clepsidra. (Cómo mueren las flores...).
En carne viva. (J. M. S.).
Un gobierno ejemplar. (Guerra en tiempo de paz).
La calumnia obligatoria. (Exposición de muñecas).
El crimen del Tigre. (La más noble conquista del hombre).
Buchardo. (...salta verso il mondo).
Abismo sin fondo. (Hay una subconciencia...).
El timonel. (R. V.).
Un minuto de olvido. (Entre la educación y la instrucción...).
Cartago victoriosa. (En el eterno devenir).
Por casualidad. (Un lector de diarios).
La caja de marfil. (De la edad de oro).
Morada de grandeza. (Con la rapidez del rayo).
El héroe grotesco. (Puede inferirse de aquí...).
Los treinta dineros. (¿Qué es la verdad?).
El boliche de Pitágoras. (O. W.).
Carlota. (Mme. Stael).
Tres cartas. (Sin lema).
El sombrero de Bolívar. (Anhelo fraternal).

EN EL NUMERO PROXIMO CONTINUARA LA LISTA DE LOS TRABAJOS RECIBIDOS

Ahora es el momento de aprovechar la gran abundancia de huevos

y conservarlos, para luego, de aquí pocos meses, venderlos o usarlos **con un beneficio** de 500 %. Con 3 latas de

"CONSEREVOS"

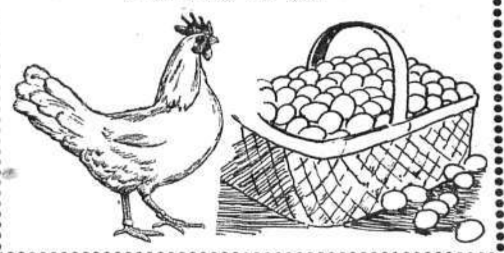
que cuesta solamente **$ 2.00** la lata, cualquier criatura puede conservar **1000** huevos perfectamente frescos por un año. "**CONSEREVOS**" es el gran descubrimiento del siglo.

Pídanos datos:

Grandes Almacenes FEENEY & Co.

Unica dirección: PERU Esq. VICTORIA, Buenos Aires.

N. B. Compradores del interior: deben agregar al importe del pedido el franqueo, o sea $ 0.20 por lata.





Un vestido nuevo



puede hacer usted misma y en pocos minutos, si tiñe sus vestidos viejos con

FLORIOL

COLORANTE IDEAL

EN TODOS LOS COLORES DE MODA

En las farmacias a
$ 0.80 la pastilla.

Defiéndase

contra sus dolencias tomando enseguida

DINAMOFERRIN
FLINDT

El **DINAMOFERRIN Flindt** es elaborado de acuerdo con los más modernos y probados principios científicos. Contiene Coca, Kola, Hierro, Fósforo, Arsénico y Estricnina en proporciones justas.



EL FRASCO, $ **3.20**
EN TODAS LAS FARMACIAS

ENSAYE USTED UN FRASCO

Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro: "Las enfermedades más comunes".

UNICO DEPOSITARIO:

DROGUERIA AMERICANA

Bmé. MITRE, 2176 BUENOS AIRES


AGUAS BUENAS (Pampa). — Núcleo de señoritas y jóvenes que tuvieron a su cargo la organización de los festejos con que se conmemoró en esta localidad el día de la Raza.

ODISEA DE LA BOYA N.° 48

Cinco años aproximadamente han transcurrido desde que la boya luminosa N.° 48, una de las muchas que delimitan y señalan los canales a los buques que entran o salen de nuestro puerto, desapareció inopinadamente.

Arrastrada por la fuerte correntada del río, navegando a la deriva, se perdió en el mar sin dejar rastro, ignorándose su paradero.

Un cablegrama oficial comunica ahora, que la citada boya ha sido hallada e identificada en la costa Occidental de Australia, cerca de Freemanthe, en perfecto estado de conservación y que las autoridades de aquel país han dado las órdenes pertinentes para que a la mayor brevedad sea devuelta a la Argentina.

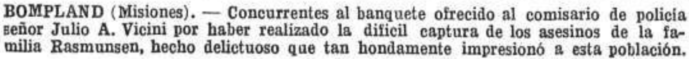
El rumbo que en su viaje ha seguido la boya, no es difícil de presumir: arrancada de su fondeadero en el estuario del Río de la Plata, la corriente fluvial y el viento la arrastraron hasta el Océano Atlántico, precisamente en el punto de confluencia de dos grandes corrientes marítimas, la cálida del Brasil que baja desde el Ecuador y la llamada de Falkland, de agua fría, procedente del polo antártico. En su choque las dos corrientes se unen y desvían de su ruta que era al largo de la costa para tomar rumbo al Este, por el paralelo 45 y llegar al continente africano, donde un brazo se desvía para el Norte bordeando el continente negro con el nombre de corriente de Bengala, y el otro brazo, cruzando frente al cabo de Buena Esperanza, penetra en el océano Indico y siempre por el mismo paralelo continúa su camino hasta bañar con sus aguas la costa Oeste de Australia.

Los vientos que predominan en esta altura son del Oeste, causa eficiente también para que nuestra boya siguiera una ruta tan bien determinada.

Las velocidades de las corrientes en las que navegó la boya son varias, pero en todo caso bastante pequeñas. Súmese a ello los contratiempos que la han debido hacer sufrir, vientos contrarios y temporales y entonces no nos extrañará que haya tardado cinco años en recorrer las 11.000 millas que aproximadamente separan el punto de su partida y aquél en que ha sido hallada.







BOMPLAND (Misiones). — Concurrentes al banquete ofrecido al comisario de policía señor Julio A. Vicini por haber realizado la difícil captura de los asesinos de la familia Rasmunsen, hecho delictuoso que tan hondamente impresionó a esta población.

El señor Pedro Rasmunsen y su familia, alevosamente asesinados por varios sujetos que, dada la actividad desplegada por la policía, han podido ser capturados.

APARECE OTRA CIUDAD LLAMADA FILADELFIA

Al nordeste del Mar Muerto se encuentra la antigua ciudad de Amman. Amman fué hace siglos el Estado árabe independiente de Ghassan bajo el protectorado de Roma. Esa histórica ciudad se llamó originalmente Rabboth Ammon. Hoy se encuentra en la región denominada Transjordania y, ayudada por Gran Bretaña, lucha por conservar su independencia. La dominación turca ha desaparecido y actualmente los naturales del país trabajan por hacer de éste una nación progresista.

Bajo la libertad recientemente adquirida, los habitantes de la Transjordania se muestran muy ambiciosos de adelantos. Han establecido escuelas de todo género. Han fundado un hospital, atendido por médicos árabes. La ciudad capital contará en breve con un diario importante y con luz eléctrica.

Una de las cosas más interesantes de la ciudad son las ruinas de un templo romano que fué orgullo de la antigua Filadelfia, según se llamó por aquella época a la población.




LOS AVIONES



En una de las provincias más hermosas de Andalucía, y en la falda de una colina que oye los susurros del Guadalquivir, se alza blanco cual los ampos de la nieve, rodeado de huertas pintorescas, un modesto pueblo de cuatrocientos vecinos. Dominando sus calles estrechas, tortuosas y limpias, destácase hacia el cielo, pretendiendo herirlo con la aguzada punta de su veleta, una esbelta torre de campanario, más blanca y más risueña si cabe que el pueblo entero. Por bajo del campanario vese una terraza o azotea de unos cuatro metros en cuadro que forma parte de la techumbre en que termina una casa modesta, colindante con la iglesia, y en cuyos balcones y ventanas lucen su gallardía tiestos repletos de claveles y nardos, de dalias y de magnolias. Aquella casa respira paz y simpatía por cada uno de sus huecos, y al pasar ante ella los habitantes del pueblo parecía que la saludaban con ese cariño mezclado de respeto que inspira una cosa sacrosanta y conocida, con esa alegría sencilla que produce a todo corazón noble la presencia de algo honrado sano y leal.

Pero cuando la simpatía subía de punto, trocándose poco menos que en admiración, era cuando el habitante salía de la morada; érase el habitante un hombre fornido, de fisonomía bonachona, que contrastaba algo con la mirada dura y penetrante de sus grandes ojos garzos; el rostro, curtido por el sol, y las manos asperotas y cubiertas de sedoso vello, indicaban bien a las claras que su vida no fué extendiéndose en muchos salones, y sus modales bruscos, aunque afectuosos, venían a corroborar el aserto que por el físico se había formulado. Su ropa era siempre la misma; un gran sombrero de canal, sotana no muy flamante, y gruesos zapatos con ancha y bruñida hebilla de acero.

Tal era don Salvador, el cura del pueblo.

En lo moral tenía una inteligencia despejada, un golpe de vista admirable para conocer al que tenía delante, y un corazón noble y generoso, siempre pronto a socorrer con gusto toda desgracia, a evitar a toda costa disgustos del porvenir a sus feligreses. Su ilustración se reducía a la obra inmortal que basta para ilustrar a un hombre, al *Quijote*. Cuando don Salvador encendía su quinqué en las noches de invierno, y saboreando aún la sucia y pegajosa colilla del pitillo de sobremesa agarraba el resobado ejemplar de la edición de París, anotada por Ochoa, no se cambiara por el propio emperador de la China; seguía ávidamente los colosales pasajes del gran libro, tantas veces recorridos, y siempre encontraba algún donaire nuevo o algún pensamiento hermoso, escondido para darle más realce bajo la florida al par que sobria forma del manco de Lepanto, del rey indiscutible de la literatura española.

Aquel corazón se identificaba con las aventuras sublimes en parte, ridículas en conjunto, que acometía el hidalgo manchego, y sintiendo allá en sus adentros toda la nobleza del carácter de Don Quijote, doliase profundamente de ver lo olvidadas que quedaban sus altas prendas ante los furores extravagantes de su locura, y era porque el buen cura andaluz ignoraba que en el mundo, que él creía ver retratado en sí propio, copiado en la cámara oscura de su pensamiento y de su conciencia limpia como la plata recién acuñada, que en el mundo real y efectivo los actos sublimes suelen caer en el

ridículo a que los impulsan los que, no teniendo corazón ni facultad para ejercitarlos, se complacen en señalar el flaco que todo acto humano tiene, a la manera que el rústico patán mira riendo con idiotez las gafas que lleva quien pasó su vida gastándose la vista en aras de la ciencia y de la ilustración.

Pero el caso era que él casi lo creía y que su desinterés, su nobleza y la sencillez nativa de su corazón le daban no pocos puntos de contacto con aquél, cuyas desdichadas aventuras le hacían reir frecuentemente y emocionarse a ratos, que no era el cura hombre para quien el arte sublime del sentimiento pasase inadvertido sin levantar en él la emoción suprema que hace erizarse el vello y retemblar el alma, y que experimentan cuantos tienen corazón de artista al hallarse frente a frente del arte verdadero.

En ocasión que leía, por milésima vez quizá, el pasaje aquel en que Ginesillo de Parapilla y los forzados apedrean a don Quijote, después de haberles dado éste la libertad, y cuando comparaba allá en sus adentros la nobleza del hidalgo, mal pagada con la ingratitud del forzado, oyó chisporroteo extraño en la calle, voces descompuestas, carreras y golpes. Entre las voces descolló una, potente y sonora: *¡al fuego!, ¡al fuego!* Don Salvador se levantó volcando atrás la silla y salió a la calle; vió como de una de las casas se alzaban grandes columnas de humo, entre las que aparecía de vez en cuando la lengüeta azul de una llamarada, y sintió en el silencio de la noche el crujir estridente y el rumor sordo con que se abrían los tabiques y se desmoronaban los techos. El alcalde, el aguacil y los guardias civiles custodiaban el edificio, cuya escalera amenazaba desprenderse de un momento a otro; afuera se oían alaridos de horror, porque en la casa quedaba un pobre viejo impedido a quien, en la precipitación y el egoísmo del que huye, olvidaron de sacar. Su hijo, zapatero librepensador, que había leído el *Zadig* de Voltaire y las biografías de los grandes maestros de la masonería española, contemplaba el cuadro con ademán desconsolado; al ver a don Salvador le gritó:

—¡A ver cómo lo salva su Dios de usted!

Don Salvador saltó hacia adelante y abalanzóse a la casa exclamando:

—¡Así!

Un guardia civil quiso detenerlo, pero el cura pasó como un rayo, pisó con planta segura los escalones próximos a hundirse, buscó entre las llamas, en lugares que desconocía, al viejo, y lo encontró por fin, medio muerto de miedo, pero ileso. Verlo, echarle mano, cargárselo al hombro y bajar con él fué todo uno. Hundióse la escalera arrastrando tras ella al héroe y al viejo; pero a poco apareció en la puerta de la casa el sacerdote con la sotana chamuscada y humeante por varios puntos, la expresiva fisonomía llena de sangre que brotaba de una herida en la cabeza y el viejo desmayado sobre el hombro, sosteniéndolo con robusta mano. El pueblo cayó de rodillas, los civiles se apartaron y un grito entusiasta y espontáneo partió de todas las bocas; el cura, apoyado en el cabo de la benemérita, entró en su casa en medio de las bendiciones de un pueblo agradecido.

Al día siguiente presentóse el zapatero, conmovido de verdad, a dar las gracias al hombre que salvó a su padre de una muerte cierta; pero llevado de sus ideas, basadas en la nada, añadió con voz campanuda:

—Don Salvador, yo doy las gracias al hombre, no al sacerdote.

El cura sonrió y explicóle, lo más claro que pudo, que él había hecho aquello llevado de su amor al prójimo, amor que estaba inculcado en la doctrina que profesaba, y por lo tanto era debido a ella; lo dejó hablar el zapatero con igual dignidad con que Napoleón escuchase hablar de táctica a un corneta, y al salir murmuró entre dientes, con la sonrisa del desdén en los labios:

—Al fin fanático.

Rasgos como el anterior acreditaron a *don* Salvador ante sus feligreses y motivaron aquel cariño, mezclado con respeto, que se le profesaba.

II

Cosa rara en los pueblos, don Salvador no se metió nunca en política y no asistió jamás al casino. Sus distracciones eran, en el invierno la caza de la perdiz y el *Quijote*, y en verano el libro consabido y el tiro a los aviones, que por aquel pueblo pasan en verdaderos enjambres.

Su amigo y compañero inseparable en esta última distracción era un capitán retirado por obra de los moros, que en la guerra de Africa le rompieron la pierna derecha de un balazo al tomar un pueblo incendiado en la batalla de Wad-Rass, después de haber llegado a mandar como capitán la compañía del regimiento de Albuera en que empezó la guerra como sargento. El capitán, que en la campaña fué una fiera, al volver al pueblo con su pata de palo se hizo manso como un cordero y vivía de lo que le daban su paga y sus cruces, con su mujer y sus hijos, contando, como buen militar, de cuando en cuando los hechos de sus campañas y teniendo como amigo inseparable al cura, a quien sentía no poder acompañar a matar perdices por la imposibilidad física en que se encontraba. Pero llegaba el verano, se doraban las mieses, se sentía ya lo tibio de la atmósfera, crecían las amapolas bajo los trigos y se iba endureciendo la tierra por falta de agua, y el capitán se animaba, sacaba de la alacena un larguísimo retaco de un cañón con abrazaderas de plata, lo limpiaba con cariño, con mimo, y me atrevería a decir que hasta con emoción, y cuando por las tardes subía a la azotea del cura con éste a tomar el fresco después de comer, decíale, frotándose las manos regocijado:

—Ya vendrán cerca, don Salvador; veremos quien mata y quien no; a ver si llegamos este año a los doscientos.

En una de estas tardes hablaba el capitán, retrepado en su sillón, de la epopeya de Africa, como él decía, y de las grandes figuras de don Leopoldo y de don Juan; de don Juan sobre todo: no dominaba el capitán retirado la historia antigua y no podía por tanto hacer comparaciones, pero de lo que conocía oyósele afirmar siempre, mirando al auditorio en son de reto, que Napoleón y Espartero fueron unos capitanes de cazadores comparados con el héroe de los Castillejos.

Aquella tarde sostenía como siempre sus convicciones, escuchado por don Salvador atentamente, cuando se inmutó de pronto, levantóse aprisa, con gravísimo riesgo de perder el equilibrio, se abalanzó a la barandilla de hierro y quedó fijo, inmóvil, anhelante. El cura lo miraba extrañado hasta que, siguiendo la mirada del veterano, distinguió en el azul del cielo un punto negro que avanzaba con rapidez prodigiosa.

— ¿Será? — preguntó entrecortado el héroe de Wad-Rass.

— Alguna golondrina — apuntó burlescamente don Salvador.

— No, no me engañé, por vida de los moros... es el primero... es el guía... ya está ahí... ya vienen los aviones.

El punto negro tomó forma y apareció un soberbio avión, que pasó raspando con la azotea, dejando oir el sonido vibrante y casi metálico de sus alas y su chillido estridente, fresco y agradable.

Y al ver colmadas sus infantiles ilusiones con la promesa de un verano de largo tiroteo, encandiláronseles los ojos a ambos amigotes, que no rompieron a bailar sin música porque el cura no había bailado en su vida y el capitán ya no podía físicamente efectuarlo.

* * *

COMENZARON a tirar en tardes subsiguientes ambos contrincantes con varia fortuna; el cura haciendo prodigios de vista y de puntería, y el veterano procurando enmendar con la agilidad del tronco la de la pierna que le faltaba; por fin, y para no cansar, en una tarde, pasado ya Santiago, el cura llegó a los cien aviones muertos; el capitán, desgraciadísimo aquel año, sólo llevaba setenta y siete. Aplazóse el tiro hasta el día siguiente por la causa poderosísima de ser de noche y volvióse el vencedor de los marroquíes a su casa con la idea firme y segura de no errar ni un avión en la tarde próxima.

A las seis de ella presentóse en busca del cura, apoyándose en su bastón con aire triunfal; entró en el comedor a tomar café con el párroco y dejó sobre la mesa dos repletas bolsas de municiones. Cuando empezó el sol a inclinarse demasiado hacia occidente, hizo el dueño de la casa que subiesen a la azotea la butaca de rejilla desde la que solía tirar el veterano, y mientras don Salvador cargaba lentamente, como quien tiene tiempo de sobra, su retaco de dos tiros, echóse aquel hacia afuera y poniéndose la mano sobre los ojos miró fijamente el horizonte, esperando columbrar el primer avión de la tarde.

Esta era serena, tibia, tranquila; brillaba el sol con fuerza deslumbradora sobre las huertas y las colinas; agitaba las hojas brillantes de los limoneros y de los olivos un airecillo tenue, casi imperceptible, que traía amalgamada la frescura de las ondas del Guadalquivir con la fragancia bravía de las adelfas y tarajes de sus orillas; el cielo, sin una nube, tenía un brillo fosforescente; los tejados de las casas despedían chorros de luz al dar los rayos del sol en lo pulimentado de las tejas, y los cuerpos echaban chiribitas por que el calor era de los buenos.

El cura arrojó la chaqueta sobre una silla, cargó su retaco lentamente, colocó los pistones flamantes en las chimeneas, bajó los pies de gato para aplastarlos, los subió luego al seguro, sonaron dos chasquidos secos, y dejando el arma en un rincón presentó la petaca a su compañero. No acabó éste de liar el cigarro porque pasaron como rayos dos o tres aviones, haciéndole dar un salto y montar inútilmente el arma; los pájaros se alejaron rapidísimamente, oyéndose cada vez más lejos sus chillidos estridentes. Ya dejó el capitán la petaca y esperó a los que vendrían detrás; apareció uno solo, lo encañonó, y en el momento en que frontero a la cabeza pasaba sonó un tiro y se alzó en el aire una blanquísima espiral de humo. El avión cayó rápida y verticalmente dentro de la azotea, es decir, lo que llaman los cazadores hecho un taco.

El capitán, satisfecho cargó su retaco; el cura se puso en guardia, cuando llegaron dos pajarracos de aquellos a la carrera, se oyeron dos detonaciones simultáneas y ambas víctimas cayeron en la calle, con gran algazara de algunos muchachos, que no estaban allí sino para atrapar lo que caía, llevárselo, freirlo y comérselo, así como suena.

Altísimo vino otro avión; el capitán le apuntó pero desistió del tiro, y apenas había bajado la escopeta cuando sonó un estampido y vió al ave que, girando rápidamente sobre su cuerpo, caía dentro de la azotea. Volvióse admirado y vió al cura que cargaba el arma sonriente.

— Buen tiro, don Salvador — dijo el veterano.

Siguió la tarde así, tiro tras tiro; tuvo suerte el capitán y consiguió alcanzar hasta noventa y nueve aviones, contando desde el principio del verano; el cura andaba desacertado aquella tarde y aunque hacía tiros buenos, la mayoría de las veces el avión, al sentir silbar cerca de él el plomo sin acertarle, daba una rápida vuelta sobre sí propio, y se alejaba chillando en señal de alarma o quién sabe si vituperando la puntería poco certera del tirador.

Declinaba ya el día y el sol, ocultándose tras las

lomas de occidente, hacía aparecer como ardiendo los olivos que los poblaban, cuando se presentó en la azotea el monago de la iglesia, que era un chiquillo negro como un zapato, bizco y listo como una ardilla.

— *On Sarvaó* — dijo parándose en el último peldaño, — ¿cuándo toco a la oración?

El cura, después de consultar su reloj de plata, contestó que aún era temprano; el chico, atraído por unos cuantos aviones muertos esparcidos por el suelo, no se iba.

— ¡Animalitos! — dijo de pronto el chiquillo con entonación compasiva; — van a llevarle *comía* a sus hijos y no *puén llegá;* — y, abriendo la boca de uno de ellos, sacó de la bolsa que formaba la sotabarba un puñado de moscas y de insectillos muertos.

Don Salvador miró al monago fijamente.

— El otro día en el campanario había dos *níos d'ellos*, y una de las madres la *ebieron* de matar *polque* no vino a la oración como yo la *vía toas* las tardes, y los gurripatillos se pasaron la tarde sacando los picos *ajuera* del alero y piando, *pío, pío*, pero la madre no vino y al día siguiente *tós* estaban muertos; se morirían de *jambre*.

— ¿Y el otro nido? — preguntó vivamente don Salvador.

— *Jería d'un* plomo vino la madre, y los hijos, que ya son grandes, con el piquillo *l'alisaban* las plumas y piaban *asina* como con rabia.

El cura, pensativo, dejó el retaco en un rincón y lió un cigarro meditabundo.

Entonces apareció en el azul del cielo uno de los aviones rezagados; dirigióse hacia el campanario con vuelo rápido; apuntó el capitán y disparó, al propio tiempo que le gritaba el cura:

— No le tire usted, que es la madre de los otros.

El pájaro se balanceó, hizo un esfuerzo gigantesco por llegar a su destino, pero cayó en un tejado lindero dando voletadas sobre las tejas.

— ¡Ciento! — bramó, más que dijo, el veterano.

El cura, entretanto, se quitaba aprisa los zapatos.

— ¿Qué va usted a hacer? — preguntáronle los otros.

— Nosotros — dijo don Salvador con su voz serena, grave y tranquila — estamos por mero entretenimiento privando de la vida a aves que no hacen el daño más remoto, antes al contrario, limpian los campos de insectos dañinos. Y no es ese sólo el daño que estamos realizando sin provecho alguno, sino que privamos del calor maternal y de la vida a centenares de pajarillos que empiezan a vivir. Colás lo ha dicho: llamaban a la madre y la madre no vino; ¡qué había de venir!; traspasada por los plomos de usted o por los míos, ¡con cuánta angustia caería la pobre avecilla que llevaba en su boca el pan de sus hijos! Esa que revolotea sobre las tejas no está herida de muerte, porque el tiro fué muy largo; voy por ella y veré si la curo; Colás me buscará moscas para alimentarla; nada, capitán, que me declaro protector de los animales; yo ya no tiro más aviones.

El acólito y el veterano quisieron evitar que saltase el cura al tejado; pero cuando acordaron ya estaba fuera, agarrándose bien al empinado declive y acercándose al bicho, que se revolcaba sobre las tejas sin poder alzar su vuelo gallardo.

— *¡Cudiao!* — gritaba Colás, — ¡yo iré!... *¡vengasté, pae* cura!

Llegó don Salvador tras breve rato de gimnasia al avión, lo recogió, lo guardó en el seno, y, volviendo atrás, hizo otra vez el camino y llegó cerca de la azotea; allí se limpió el sudor de un manotazo y al brusco movimiento venciósele el cuerpo, cayó sobre la superficie resbaladiza e inclinada, dió dos vueltas en la pendiente, llegó al alero, quiso agarrarse, no pudo, y cayó a la calle con los brazos en cruz, a plano, retumbando el golpe como un trueno distante.

Dió un rugido el capitan, quedó Colás con los ojos fuera de las órbitas y las manos en la cabeza; lanzaron un inmenso alarido los chiquillos que jugaban en la calle, y momento después, estaba allí el pueblo entero, convulso, conmovido, anonadado.

Entre tres vecinos intentaron levantar al caído, que indicó que no lo hicieran; aparecieron el capitán y el monago en la puerta de la casa; don Salvador quiso hablar; no pudo; los llamó con la vista, y al apretar la mano del retirado, un tinte lívido se esparció por su rostro, asomaron unas gotas de sangre a sus labios y un segundo después el cura del pueblo ya no existía.

Entonces estalló un sollozo inmenso y espantoso; el capitán, blanco como la nieve, temblaba como un azogado; Colás, tumbado boca abajo, lloraba a moco y baba, y las mujeres ponían el grito en el cielo, en aquel cielo desde donde quizá ya los bendecía el alma brava y generosa que dió animación a la masa inerte que ante sus espantados ojos se encontraba.

La única persona que aquella noche no lloró en el pueblo fué el zapatero librepensador, que con voz sonora y ademán enérgico dijo en el casino:

— Lo siento por el hombre, pero al fin... un cuervo menos.

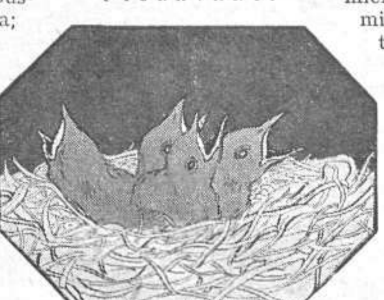
* * *

Ha llovido mucho desde que el buen cura andaluz reposa en el sueño eterno; su amigo el capitán, que no volvió a tirar un tiro, reposa también; el zapatero volteriano, convertido en socialista furibundo, como antes fué federal determinado, es hoy el amo del pueblo y ocupa en él el lugar que tuvo el cura don Salvador, y es que en este mundo el alma generosa que sucumbe pronto es olvidada, quizá por que no deja detrás lágrimas de sangre que lo recuerden con ira, porque la naturaleza humana siempre recuerda lo malo, pero en muchas ocasiones suele olvidar lo bueno.

Los aviones vuelan todos los veranos, y es fama que al pasar por encima de una modesta tumba del cementerio chillan de una manera extraña, con más fuerza, con más coraje, quizá con pena, como si temieran ver salir de entre los pensamientos que la bordan el certero retaco del cura de aldea, o quien sabe si llorando a quien perdió la vida por darles madre a unos gurripatos que no había visto jamás.

JUAN GUILLEN Y SOTELO

DIBUJOS DE FIORAVANTI





Comentarios.



—Me sorprende que citen a estas horas
lo de la tierra «libre» de mejoras.
Sería como hablar con acritud
de una persona «libre» de salud.

* * *

—De Molina se asegura
que es un hombre de talento
y que hará una gran figura.
—¿Repetirá la aventura
de los Molinas de viento?

* * *



Antes era un coplero macarrónico
a quien nadie leía.
Hoy es más peligroso todavía.
Hoy es poeta radiotelefónico.

* * *



Quería ser dichoso
y sin cesar luchó.
Luchó como un coloso
y, al cabo, se casó.
Tras de su casamiento,
decía:
—En realidad
sé que el aburrimiento
es la felicidad.

* * *

—El primer magistrado
está muy ocupado
Habla cuatro minutos con cualquiera
y sale a la carrera.
Regresa a su despacho velozmente
y se vuelve a marchar rápidamente.
—¿Y se entera de todo?
—No se entera.
De la ganadería
ya tratará otro día.
Tratará, de seguro,
de las intervenciones. No hay apuro.
—¡Qué existencia agitada!
—Tiene tanto que hacer que no hace nada.

* * *

—De veras, su flacura era alarmante.
Casi se le contaban las costillas.
Engordó y al instante,
siguió la moda nueva.
Hoy esa mujer lleva
corsé en las pantorrillas.

* * *



Los pies de Facundo son
unos pies inacabables.
Son los pies más formidables
de toda la población.
Sabido es que en la ciudad
los conoce todo el mundo.
No necesita Facundo
cédula de identidad.

* * *

Así piensa un artista novel:
—¿A quién debo admirar? A Noel.
¿Al premiarme, quién hace el papel
más brillante? Sin duda, Noel.
Si fracaso y me ahoga la hiel,
¿a quién debo culpar? A Noel.
¿Y a quién voy a arrancarle la piel?
A Noel, a Noel, a Noel.

* * *

Uno que a Marcó quería
suceder, esto decía:
—Si la envidia fuese sarna
¡cuántos sarnosos habría
en este mundo, Sagarna!

* * *



Aconseja un gastrónomo:
—Me irrita
ver que ante el rico, sin rubor, te postras.
No envidies nada. Displicente, imita
la paz inalterable de las ostras.
En su sueño de plomo
viven dichosas. Juzgan el pasado
igual que el porvenir. Y yo, asombrado,
las miro con respeto y me las como.

* * *

Corre el ministro de Agricultura
y uno murmura:
—Este hombre ofrece varios aspectos.
¿Quién dura más?
¿Los fuegos fatuos o los proyectos
de don Tomás?

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: El reloj, por **Alfredo Bufano.** Una historia que parece cuento, por **Francisco Solanes.** El precio de una dicha, por **Carolina Adelia Alió.** Un visitante ilustre, por **Federico Silva D'Herbil.** Babel, por **Alberto Pidemunt.** Vuelva Vd. mañana, por **Pedro Heredia.** Amor de fiera, por **V. Serrano Clavero.** Unos ojos bellísimos, por **José Muzilli.** La última serenata, por **Héctor Pedro Blomberg.** Tiende las orejas, por **Miguel de Unamuno.** El ladrón, por **J. Russell.** La utilidad del olvido, por **Frederic Bontel.** Japonesería, por **Roberto Bracco.** La pesca milagrosa, por **Erkmann Chatrian.** Las tres gotas de leche, por **Claude Farrere.** El chico travieso, por **Arcadio Avérchenko.** Personas desconocidas, novela policial de extraordinarias complicaciones, (continación), por **Arthur Somers Roche.** Hombres célebres: Flammarión, por **Eduardo del Saz.**